

ISSN 2591-3123

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 7 NRO 76 JUNIO 2022



ÁLVAREZ BENAVENTE ALVES FERREIRA APIKIAN ARMAS SÁNCHEZ
BONZO SUÁREZ BUGARÍN CASTRO ALFARO CRUZ DE ESPINOSA
DI LORENZO ECHEVERRÍA FERENTZ GARCÉS REDONDO GARCÍA
GÓMEZ ALAIS GONOROWSKY KIRIL ROSARIO LINN PELÁEZ CORDOVA
SALDÍVAR ROSAS SHERWOOD SPINOZA TORRES MARRUFFO
VALENCIA VELARDE VIGNERA VILLANUEVA PARAVICINO

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 7 NRO 76 – JUNIO 2022

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

PIXABAY FREEPIK

PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS
AUTORES, QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y
ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>NUNCA ESTUVE EN FLORENCIA</u>	<u>MARINA GÓMEZ</u>
<u>ALAIS</u>	<u>7</u>
<u>USTED</u>	<u>LUCIANA ELSA BONZO SUÁREZ 11</u>
<u>GIUSEPPE ADAMI, 57</u>	<u>CAROLINE CRUZ 14</u>
<u>NOIR EVANGÉLICO</u>	<u>JAVIER TORRES MARRUFFO 21</u>
<u>PEDAZOS</u>	<u>GUSTAVO VIGNERA 29</u>
<u>DESPEDIDA</u>	<u>RAÚL GARCÉS REDONDO 34</u>
<u>INUNDÁNDOSE EN LA MADRUGADA</u>	<u>ADÁN</u>
<u>ECHEVERRÍA</u>	<u>39</u>
<u>ECLIPSE TOTAL</u>	<u>GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE</u>
	<u>45</u>
<u>MAL TIEMPO</u>	<u>ANDRÉS APIKIAN 48</u>
<u>EL LOCO MATUSALÉN</u>	<u>FRANCOIS VILLANUEVA</u>
<u>PARAVICINO</u>	<u>58</u>
<u>EL DESIERTO</u>	<u>LEDIHER ARMAS SÁNCHEZ 64</u>
<u>NOTTREDAME</u>	<u>EDUARDO KIRIL ROSARIO 67</u>
<u>PARECE LO QUE NO ES</u>	<u>CARLOS ENRIQUE</u>
<u>SALDÍVAR ROSAS</u>	<u>72</u>
<u>HOMO NAUSEABUNDUS</u>	<u>FRANTZ FERENTZ 77</u>
<u>MI VIEJO AMIGO</u>	<u>NURIA DE ESPINOSA 84</u>
<u>EL NUEVO BIBLIOTECARIO</u>	<u>JOSÉ A. GARCÍA 90</u>
<u>UN OMBÚ</u>	<u>JOSÉ LUIS VELARDE 96</u>

<u>SE SOBA LISIADO</u>	<u>OSWALDO CASTRO ALFARO</u>
	<u>100</u>
<u>EL TIMBRE DE ELVIRA</u>	<u>ROLANDO JOSÉ DI</u>
	<u>LORENZO 107</u>
<u>JOHNNY FIFTY...</u>	<u>¡ANTIBALAS! BRENT SHERWOOD</u>
	<u>110</u>
<u>CORTOS ONÍRICOS</u>	<u>LUCIANO ANDRÉS VALENCIA</u>
	<u>121</u>
<u>LA SUEÑERA</u>	<u>RICARDO BUGARÍN 124</u>
<u>AMIGOS</u>	<u>PATRICIA LINN 126</u>
<u>UNA NAVIDAD SOÑADA</u>	<u>NATALIA ALVES</u>
	<u>FERREIRA 134</u>
<u>MIRADA INDISCRETA</u>	<u>CLARA GONOROWSKY 138</u>
<u>TURISTAS DEL TIEMPO</u>	<u>J.R. SPINOZA 142</u>
<u>JUVENTUD IMPRUDENTE</u>	<u>SHANNEL PELÁEZ</u>
	<u>CÓRDOVA 147</u>



NUNCA ESTUVE EN FLORENCIA

MARINA GÓMEZ ALAIS

N

unca estuve en Florencia, aunque una parte de mí, jura que sí. Como, así también, en Atenas, en Chichen Itzá o en Toledo.

Viajar es un arte trasformador en varios sentidos. Barajar las coordenadas, cruzar los planos y traducir a otro idioma la chatura de una estampa. Formar parte, estar insertos en una tridimensionalidad pasmosa. Allí mismo, pisando los adoquines irregulares, entrando a templos, sentados en bares de barrios bohemios, como figuritas troqueladas que se yerguen en un collage de ciudades, armando distintos escenarios con cada salto de página.

Por las dudas, por si el encantamiento se rompe; por si los días comienzan a pasar en cámara ligera; por si, en verdad, solo somos dibujos; impregnamos las retinas para fijar cada fragmento de esa estadía fugaz, porque deberá durar lo suficiente en la memoria —así sea un poco distorsionada o como una ensoñación—, para saborearla por el resto de nuestras vidas.

También, puede que —más veces de las que se confiesan— resulte sacrílego quitar de su altar a los planes inalcanzables, esos que asumen con prestancia su postergación. Bajarlos a la realidad de un viaje low cost, sería faltarles el respeto. Es demasiado duro ver cómo se lanzan en picada, desde el piso doscientos quince del rascacielos de las expectativas.

La desilusión del viajero llega cuando inmerso en la turba atolondrada, se deja llevar a empujones hacia esos sitios “que hay que ver”. Cuando es transportado como autómatas por cada atracción que otro decide sumar al recorrido. Cuando en una terraza, atraviesa un arcoíris de pieles transpiradas, luchando a los codazos por conseguir un espacio apretujado en primera fila. Cuando obtiene aquellos cinco minutos de vista celestial, nada más que para capturarla con su Nikon y abandonarla en el confinamiento de los archivos digitales, junto a mil paisajes más. Cuando el perfume que la ilusión le agregaba a cada imagen, se convierte en olor a sudor o a cloacas milenarias.

Antes, desde afuera, dueño de la supremacía, gigante omnisciente,

observaba una ciudad sitiada por los bordes de una placa; una vez inmerso en el itinerario, la humanidad se reduce al tamaño de un punto negro, diminuto, impersonal. Mimetizado con esa romería que algún turista frenó en una toma panorámica.

Y todo deja de tener sentido, otra vez.

Para qué moverse si, en definitiva, terminamos siempre estáticos, congelados en formato jpg o, girando como hámsters en sus rueditas, dentro de un video que repite hasta el infinito, la misma secuencia de movimientos.

No pertenecemos a esas tierras, nuestras suelas se gastan en caminos ajenos, los colores de las tejas se destiñen y arrastramos valijas pesadas, repletas de problemas que sacamos a pasear.

Hay tantos otros modos de viajar livianos. Hasta qué punto es necesario trasladar el cuerpo, para sentirse presente en un lugar.

Yo, la mayor parte del tiempo, me siento ausente. Una especie de estado de hibernación en el que, a veces, me suspende la rutina: el cuerpo en piloto automático y la mente a años luz.

Entonces, corresponde preguntarme adónde voy cuando no estoy.

Un buen punto de partida para comenzar a descifrar de qué se trata la travesía de la vida o cuántas veces se habrá escrito el día uno en mi bitácora de viaje.

Será que soltamos amarras cada vez que la mente abandona el cuerpo. Cada ocasión en la que nos percibimos lejanos, trotaremos por otras dimensiones. Las líneas del espacio y del tiempo, es probable que se crucen, se bifurquen, corran paralelas, nos atraviesen, nos atropellen, nos envuelvan.

En este mismo instante, mientras escribo esta palabra, transito vaya a saber qué senderos de la Acrópolis, pisando pedregullo con los pies descalzos; trepo, quizás, las escaleras empinadas de un teocalí, porque Huitzilopochtli tiene sed de mi sangre; rezo en silencio, arropada por mi hábito de Dominica, en un monasterio de clausura en Toledo. O poso desnuda y quieta en

Floencia, frente al genial Botticelli, esperando que haga nacer a Venus sobre el primer lienzo en toda la Toscana. Inmaculado, inmenso, ansioso por esa pincelada inicial, en la que también quedaré inmovilizada por toda la eternidad.

MARINA GÓMEZ ALAIS
Argentina

SE HA HUIDO.



De casa de su amo una negra como de 14 años de edad llamada Pascuala: tenia un vestido de zaraza obscuro con pintas amarillas, estatura proporcionada á su edad, y se ha llevado media docena de cucharas de plata. El que la traiga á la calle del 25 de Mayo frente al No. 55 recibira una gratificacion. e 3 2p

USTED

LUCIANA ELSA

BONZO SUÁREZ

Nadie hablaba, y el silencio era interrumpido por los cascos del caballo sobre los adoquines del centro de la ciudad. El conductor detuvo el carro frente a la oficina del periódico para que descendiera su esposa y arrancó. Ella iba a colocar un aviso solicitando información sobre el paradero de Pascuala a cambio de una jugosa recompensa. Después visitaría a su hermana.

El cochero se alejó unos metros y frenó de golpe. Usted se asomó por la ventanilla y lo vio parado, erguido, mirándolo a los ojos con furia. La actitud del negro le resultó incomprensible y de inmediato pensó que al llegar a su casa le impondría un castigo ejemplar, cuando este le espetó:

—Usted mató a Pascuala en el cobertizo, detrás del gallinero, y ¿aún así la busca? Me da asco, cínico.

>>Ella era mi niña. Todavía no había cumplido quince años, desgraciado, asesino.

Usted no reaccionó. No daba crédito de lo que escuchaba. La noche de la que hablaba su interlocutor volvió vaga a su memoria. Recordó haber bebido bastante mientras su esposa impresionaba a los invitados con las interpretaciones de Mozart. Aplausos, risas y un ambiente sofocante de humo y perfumes franceses, seguramente. Se vio caminando con su vaso de whisky, saliendo por la puerta de servicio. Allí estaba la chiquilla en camisón blanco. Algo le dijo al oído y ella agachó la cabeza. Usted metió una mano debajo de la ropa deslucida de Pascuala, palpó sus pechos, forcejearon y usted se tambaleó. Se derramó la bebida, en parte, sobre su pantalón y, en parte, sobre la criatura, que al fin logró zafarse de su garra.

La rodilla hinchada y amoratada le dolía desde entonces. Tal vez se cayó.

—Pascuala no desapareció, no. ¡Usted la mató! —gritó el cochero, que por primera vez le habló de ese modo.

—Pero... no puede ser.

Volvió a su casa llevando las riendas y al llegar encontró a unos policías haciendo pozos en su jardín. Intentó dar la vuelta, escaparse, pero lo atraparon.

En el calabozo del Cabildo usted temblaba de frío y miedo. Las nuevas autoridades eran radicales, no toleraban el maltrato a los esclavos, menos aún le perdonarían su crimen, si hasta entre ellos había un negro.

Al cochero lo volvió a ver en la plaza. Lo reconoció entre la multitud que aguardaba su ejecución. Una vez que le hubieron colocado la capucha y la soga alrededor del cuello pidió perdón. Sus últimas palabras fueron para Pascuala.

LUCIANA ELSA BONZO SUÁREZ

Argentina - Italia

Instagram: [Bonsuaescritora](#)



**GIUSEPPE
ADAMI. 57**
CAROLINE CRUZ

Doña María es el ser humano más tierno que he conocido. Lo que siento es tremenda gratitud por haberme encontrado con ella y por la influencia que dejó en mi vida, aunque su participación haya sido muy fugaz. Yo tenía alrededor de siete años cuando nos vimos por última vez y me acuerdo de muchos detalles de aquel encuentro, ya que se trataba del funeral de su yerno. A esa edad es así; uno no decide quién se queda o quién se va de su vida y la necesidad de cambiarnos de casa algunas veces en el transcurso de la niñez me desregaló algunas despedidas antes de tiempo y amistades partidas por la mitad. No fue distinto con aquella tranquila señora; una María más entre tantas.

Paradójicamente, aquella mujer afectuosa y de habla mansa estaba casada con Don Aulerindo quien era un viejo gruñón y, posiblemente, la persona más cascarrabias en la historia de la humanidad. Autoritario. Machista. Religioso y estricto con los designios que creía haber recibido directamente de Dios. Aurelindo no hablaba mucho y cuando lo hacía era siempre con otros hombres. A las mujeres, aquellas que no podía evitar, reservaba solamente desdén. Nos consideraba una clase inferior de humanos, independiente de nuestras edades: éramos todas incapaces de ejecutar la más simple de las acciones con eficacia. No nos percibía autónomas o dignas de subjetividad: estábamos todas condenadas a la eterna objetificación. Hombres como Don Aulerindo cargaban la convicción de que salimos de sus costillas para cumplir solamente un rol decorativo en este mundo. A nosotras solo nos resta la esperanza de que dicha clase de hombre ya esté en extinción.

La ironía reside en el hecho de que de esta unión no resultó “ningún hijo varón”, como solía decir él al quejarse, pero sí SEIS hijas.

Los niños, a modo general, recibíamos un trato aún más agresivo. Siempre ríspido, con mucho rechazo y sin ninguna gana de tenernos cerca.

“No me gusta que cafumben en mi vaso!”, gritaba. Yo ni siquiera sabía el significado de “cafumbar” para ser sincera. “Les dije un millón de veces que no me gusta cuando cafumban en mis vasos!” y golpeaba la mesa con sus manos pesadas, haciendo tanto ruido que me daban ganas de hacer pipi.

En mi cabeza, Don Aulerindo era el hombre más viejo del mundo. La piel arrugada denunciaba décadas. Muchas. El humor era de quien llevaba siglos en este mundo. Reclamaba por todo, todo el tiempo, y se enojaba por cualquier cosa. Me hacía cuestionar: ¿Don Aulerindo era solamente un viejo más ceñudo que el resto o todos nosotros seríamos como él en la vejez?

Siempre me resultó muy curioso cómo este matrimonio funcionaba. Ella, aparentemente, no parecía tener permiso para dar opiniones y no ponía resistencia ante los tratos secos y, muchas veces, duros. Una noche cualquiera, en una de esas conversaciones de adultos en las cuales los niños siempre paran la oreja, escuché a Aulerindo contar a mi padre cómo había conocido a Doña María y le explicaba, sin ningún atisbo de culpa, cómo el casamiento se concretizó: “fui allá y le eché el lazo”, fueron las palabras que salieron de su boca y me hicieron cuestionar la naturaleza de mi realidad... ¿habré escuchado bien?

María era una niña de tan solo trece años cuando el hombre llegó a la hacienda donde vivía y negoció algo con su padre. Don Aulerindo había enviudado recientemente y necesitaba una nueva mujer que pudiera hacerse cargo de sus hijos, casa y del hombre que él era. La niña, que no era nada tonta, arrancó. Salió corriendo porque no quería casarse a los trece años, menos aún con un hombre tan mayor que ella. Él, veintitrés años. más ágil, se montó en su caballo, agarró un trozo de cuerda y le echó un lazo.

Descreyente de su trágico destino, María nunca más se rebeló o intentó huir. En un nivel profundo de disociación conformada, se volvió en

aquel ser casi inmaculado.

Salieron del sertón de Bahia para formar otra familia en la periferia de São Paulo en los años 90. Allá armaron un mercado pequeño donde se vendía de todo. Panes y volatines compartían el local con gas y aceite de cocina. De un lado organizaron los dulces, las especias y abarrotes diversos. Del otro, productos de limpieza que vendían en botellas de plástico, encendedores y una cantidad absurda de papel. Era el escenario perfecto para un incendio que podía quemar todo el barrio, pero, paradójicamente, el lugar tenía una armonía caótica. De esta forma se ganaban el pan para criar a las hijas. Compraron un terreno y construyeron la casa donde vivían, más otras dos en la parte de atrás del patio. Una de las casas, mis padres arriendaron. La otra estaba ocupada por una de las hijas de la pareja, Carmen Lúcia, junto a su marido, Tío Pelado, que murió al principio de este texto, y sus dos hijos, Letícia y Leo. De manera algo extraña, pero bella a la vez, ellos se volvieron algo parecido a una extensión de nuestra familia. Existía un cuidado general. En la periferia es así, nos cuidamos entre todos para compensar la falta de estructura estatal. Nos cuidamos entre todos para evitar la violencia policial.

Letícia y Leonardo eran los dos pequeños y solo bastaron un par de meses para que desarrolláramos una relación muy cercana con ambos. Un intenso sentimiento de hermandad surgió porque la niñez es campo fértil para las amistades y fue fácil conectarnos. Los juegos de repente se tornaban altamente peligrosos y, de la nada, aquellos cuatro demonios simplemente abrazaban el caos. Me gusta decir que coqueteábamos con la muerte, con la inocencia de quien no la conocía. Sin pensar mucho en las consecuencias de nuestras acciones porque, al final, si sumáramos la edad de todos, no llegaríamos a los quince años. En una ocasión, por ejemplo, mi hermana Bruna probó el filo de las tijeras de Mickey que recién había ganado... en la nariz de Leonardo. Tan pronto la sangre empezó a salir, ella me miró y pidió: “Trae

confort, ¡por favor!” como si con papel pudiéramos coser la nariz del pobre niño de de nuevo. En otras ocasiones, ocupábamos los neumáticos de la bici como... condimento.

Colocábamos el objeto de modo que las ruedas apuntaran hacia el cielo. Hacíamos girar el neumático con la seguridad de alguien que está haciendo mierda, y mientras este giraba rápidamente, raspábamos las palomitas de maíz hasta que estuvieran lo suficientemente sucias para entonces... comerlas.

La familia sufrió un duro golpe con la rápida y repentina muerte del Tío Pelado. Marido, padre, yerno, y la persona más querida del barrio. El loco era tan querido que se hicieron homenajes en su memoria durante todo aquel año. Hasta hoy no sé cuál era su verdadero nombre y tampoco conozco el origen de su apodo “pelado”, ya que ostentaba un pelo afro bellísimo.

Las verdaderas circunstancias de su muerte igual las ignoro. Algunos sostienen que tuvo un choque térmico mientras entraba en el Billings después de haber comido mucho asado bajo el sol. Otros afirman que se ahogó, aunque supiera nadar. Sea como sea, la noticia de su muerte no tardó mucho en ser difundida y en cuestión de media hora, toda la gente ya sabía lo que había pasado y un luto generalizado se propagó. El día se tornó gris. La mujer del fallecido no hacía más que llorar... parecía dolerle tanto que se quedó completamente incapaz de poner en palabras lo que sentía. El llanto inundó los espacios vacíos y las exigencias sociales se volvieron necesidades superficiales delante de un lamento que necesitaba ser drenado; copioso y desordenado como se siente cuando la muerte nos hace una visita no anunciada.

Leo, el hijo menor, muy chico, por momentos parecía entender el estado de angustia colectiva, pero seguía protegido por el manto de la

inocencia e ignorancia que solo la poca edad nos da. Letícia, la mayor, de la misma edad que yo, no lloraba. Podía, pero no lo hizo. Quedó callada durante todo el funeral. Entendía que nunca más vería su padre y lo aceptó.

—Mira Caro... —me mostró su mano donde se podía ver un dibujo — dibujé a mi padre— pintaba las partes que se habían borrado por el sudor de su mano— Nunca más voy a lavar mis manos y papá va a estar conmigo para siempre...

No supe qué contestar. Quedamos las dos en silencio, dos niñas que recién habían empezado sus vidas, intentado procesar y entender la muerte con una seriedad que no nos representaba en absoluto.

El golpe más duro pareció sufrirlo el viejo. No escondía las lágrimas...

—La muerte es así... ¡Nada que hacer! —estaba mal, como si nunca hubiera visto a alguien morir antes—. ¡Nada que hacer! Está siempre cafumbando en nuestro cuello —un llanto profundo, de esos que salen de un lugar vacío en el pecho— ¡Cafumba, cafumba, cafumba y un día te ataca por la espalda!

Un grupo de señoras empezó a cantar, pero la voz grave de Don Aulerindo interrumpió el coro y él empezó a decir garabatos al fallecido:

—¡Maldito! Vas a pagarme por todo... —Parecía borracho, pero él no tomaba, Dios no lo permitía. Verbalizó su resentimiento del embarazo de la hija en su adolescencia, la ausencia de trabajo formal y hasta dijo cosas sobre el local donde decidieron comprar una casa.

—¡Yo sabía que tu no valías nada! Nunca serviste de nada... —Los demás compartían un silencio incómodo y solo se escuchaba la voz de Don Aulerindo. La viuda empezó a gritar aún más. Tío Pelado se veía triste; no lograba levantarse y defenderse de las palabras tan crueles que se aprovechaban de su sistema nervioso inexistente. Fue entonces cuando percibí

que la muerte nada tiene que ver con el muerto.

—¡Desgraciado! —dijo una y otra vez apuntando al ataúd. Pensaba alcanzar un nivel aún más terrible de enojo. Justo cuando iba a gritar otra ofensa, fue interrumpido:

—¡LERINDO! —exclamó Doña María mientras se acercaba al marido con una mirada amenazadora— ¡Basta! ¡Basta, hombre! ¡Basta! —Su voz era distinta— Mira a tus nietos que recién perdieron a su padre, si no lo haces por respeto a tu propia hija, ¡hazlo por ellos y deja de dar espectáculo!

El llanto cesó y hasta Tío Pelado, aunque estático y helado, reaccionó sonriendo ante la voz de la señora que tardó años en salir, pero que al final lo hizo decidida y agotada. La frase navegó por la pequeña sala, tocó las paredes y volvió subiendo por la espina dorsal de Aulerindo, quien susurró que lo sentía y se fue. Doña María siguió sus pasos. Nunca más nos vimos después de aquel día, pero me gusta imaginar que Seu Aulerindo, milagrosamente, dejó de gritar a los pequeños que cafumbaban en sus vasos y con la gente en su entorno y desde entonces, quien pone las reglas del juego es ella.

CAROLINE CRUZ
Brasil

Blog: <https://afrobolada.blog/>



NOIR EVANGÉLICO

JAVIER TORRES

MARRUFFO

Por mucho tiempo el pastor Saúl despertó con evidentes síntomas de su incurable tristeza. El día pactado para nuestra entrevista no fue la excepción. Esperó en cama hasta moderar sus inquietudes, salió de su habitación y se metió en la cocina. Recién a las siete de la noche logró saludar a Micaela, su hija de catorce años y a la hermana Hilda, una anciana suspicaz que lo ayuda en diversas labores.

Creí que había llegado muy temprano, llevaba considerables minutos en la sala, de repente escuché voces alborotadas acercarse. Como si hubieran recordado el motivo de una extraña presencia. El pastor Saúl estrechó mi mano exhibiendo afecto, pero sus pequeños ojos negros me escudriñaron. Es un hombre fornido, cabeza rapada, mediana estatura, parece más un sicario plantado que un ministro cristiano.

Se sentó a mi costado, en el antiguo sillón de madera, cruzó las piernas y me invitó a hacerle cualquier pregunta. Cuenta que su depresión es una cicatriz por la constante tentación a la que está sometido. Explica el asunto de una manera sencilla: lo persigue un antiguo demonio, igual que al padre Lankester Merrin en la película “El Exorcista”. Le pregunto si suele interpretar su vida a partir de ficciones y sonrío. Me dice que el arte es la búsqueda constante de una comunicación con Dios.

Le gustan las representaciones sobre la lucha entre el bien y el mal. Noté en las pálidas paredes de la sala varios cuadros metaforizando las batallas de los ángeles. También hay una puerta metálica que comunica ese espacio directamente con la iglesia. Entramos en el imponente salón donde brinda servicio dominical, avanzamos en medio de las rígidas bancas hasta la puerta posterior.

La cirugía se programó en el patio de la iglesia a petición de los padres. Me comenta que cuando la gente siente verdadero miedo busca la oscuridad como refugio. La hermana Hilda camina a través de los vientos

nocturnos, encarna una engañosa fragilidad, le trae unos gruesos cirios de color rojo y una vasija con alcohol. El pastor Saúl sumerge bisturí, tijeras y pinzas. Debe esperar unos minutos, pero es casi imposible, tiene la costumbre de renegar mientras soporta cualquier periodo de tiempo.

Fueron tres parejas de padres bastante jóvenes y cada una llevó un niño. O sea, éramos doce personas en el patio. La anciana nos pidió tomarnos de las manos y pronunció una oración encomendada al Señor Todopoderoso.

En cierto momento interrumpe su ensalmo y pide que coloquen a los niños al medio del círculo. Vi a esos inexpertos muchachos recostar a las criaturas sobre el pavimento, quedaron inertes. Ella nos miró, asintió con la cabeza y retomó la oración. Algunos cerraron sus ojos. El pastor Saúl alzó su mano, noté una tiza blanca, comenzó a hacer líneas en el torso de los menores. En ese instante las luces palparon, un zumbido pareció tapar nuestros oídos, al desaparecer percibimos unos agudos espasmos. El primer quejido hizo que los padres descubrieran los violentos temblores. Observaron a ese hombre llamado por gracia divina rasgar la piel de sus hijos. Desde el pecho hasta el principio del estómago.

Cuando sucedía la última operación estallaron los gritos, el pastor quebró sus paniqueados alaridos proyectando la voz: «¡Yo veía a satanás caer del cielo como un rayo!». Aquel niño, aún con las pinzas en su diafragma, intentó levantarse. Lo miró fijamente y pronunció, ¿por qué me persigues? Él hundió sus dedos y extrajo otra miniatura plateada.

2.

Aunque no lo quiera reconocer, al pastor Saúl le cuesta aceptar que en algún momento su vida se volvió una broma, un chiste de mal gusto. Varios años viene evitando el espejo, su rostro en el cuadro de la rutina. Muy dentro de sí, estoy convencido, se ríe de lo irónico: la tristeza es lo último que parece quedar de sí mismo.

Mientras Hilda termina de suturar las incisiones y cobrar los aportes, el pastor contempla la disposición del patio: una modesta cancha de fútbol, jardines con geranios morados y extensos muros de color azul. Los jóvenes cubren a sus hijos, caminan a casa a través de un barrio acostumbrado a contener secretos. En el momento que ya no pueden ver sus espaldas, ambos se apresuran hasta el cuarto de Micaela. La encuentran dormida y observan su sueño.

Las peculiares miniaturas extraídas tienen forma humana: una cabeza, dos brazos y dos piernas. Están escondidas en la oficina de la iglesia, yacen sobre un pañuelo blanco, limpias de sangre parecen figuras de plata. Estas tres últimas suman nueve a la reciente colección, el pastor las guarda en el único cajón de su escritorio que necesita llave. Maneja dos hipótesis, un masivo ritual satánico o una epidemia del infierno. Justo en este maldito barrio, dice, sabía que en los siguientes días más niños serían poseídos.

No suele recibir foráneos en este punto del recinto, tengo la obligación de sentirme halagado. Se levanta y se dirige hasta uno de los imponentes estantes de vidrio. Saca una añeja botella, la destapa, lo veo servir vino en pequeñas copas. Brindamos rodeados de una opaca soledad, como dos hombres escondidos de Dios.

Luego de tres sorbos las distancias parecieron reducirse, logré escuchar sus pensamientos. Ha decidido no recordar: en qué maldita hora se obsesionó con encajar en dinámicas subterráneas y entrar al sistema delictivo. Necesitaba dinero, pero no se acuerda si hay una razón exacta. ¿Por qué quiso regresar al barrio? Siempre le molestó que la gente confunda la maldad con la locura. El Señor no habla con palabras, hace brotar imágenes y lacera el espíritu. Solo los demonios susurran.

Estaba asentándose la ebriedad cuando escuchamos el estruendo de un disparo. Salimos precipitados de la oficina y entramos al salón de la iglesia. Saúl se adelantó hasta la puerta posterior, cruzó y se acercó a la terrible escena.

Observé su fornida silueta desplomarse en el suelo, gritó con ira, cubrió su rostro con las manos. Pude distinguir que al costado yacía la hermana Hilda, su cabeza destilaba un río de sangre.

Levantó a la anciana entre sus brazos, sostuvo su cuello vencido y se resguardaron dentro del salón para el servicio. Salió con la camisa empañada de líquidos magenta, me dijo que entre y no me mueva de ahí. Él tenía que ir al cuarto de Micaela. Oí sus pesados zapatos alejarse y poco a poco sentí una espesa neblina cubrir mis manos. A los minutos escuché otra estrepitosa bala, esta vez el sonido venía de la cancha de fútbol.

Abrieron la puerta y una silueta surgió en el marco, sentí angustia hasta que reconocí a Saúl. A primera vista no noté que había alguien detrás, apuntándole con una pistola. Como reflejo prendí la luz, reconocí el rostro, lo había visto varias veces en el noticiero, ¿dónde está mi hija? Repetía el pastor. Pedro Mesías alias Dupé lo miró con tranquilidad y dijo: —No has cumplido tu parte del trato—. Acto seguido, le dio un severo golpe con la culata del arma, me dirigió sus letales ojos plomos y sin parpadear disparó.

3.

La única solución para combatir su tristeza era dar compulsivas vueltas dentro de su habitación. Luego de unos meses creyó que el entorno se estaba viciando. Comenzó a hacer círculos en la sala, en el comedor, entre las habitaciones. Cuando la hermana Hilda y su hija lo miraron como si se hubiera vuelto loco decidió caminar por la iglesia.

Dios obra de manera misteriosa, dice, a pesar de los sucesos hace horas no aparece ese vórtice en su pecho. No lo está llamando esa inmensa oscuridad. Tampoco está la hermana Hilda ni Micaela. Abrió los ojos y notó que estábamos solos, mi pierna sangraba y yo miraba hacia las ventanas del salón. El pastor Saúl me dijo que arranque una manga de mi polo y haga un torniquete. Nos habían dejado encerrados.

Escuchamos copiosos pasos detrás de la puerta de metal, el peso de un cuerpo que era arrastrado. Dupé apareció en el fondo, una camisa y un pantalón hacían su disfraz. Alzó una mano para saludarnos y la otra seguía jalando el tobillo de Micaela. Ella continuaba dormida. Se acercó hasta el estrado y subió por unos pequeños escalones golpeando su cabeza. La colocó al costado del púlpito, dibujó formas a su alrededor y de un bolso sacó una esfera con siete cuernos. La colocó sobre su vientre.

«¡Voy a llamar a la policía, enfermo!».

—Qué bueno verlo, pastor.

«¿Qué mierda quieres?»

—Pensé que teníamos un trato.

«Estoy depositando tu porcentaje, imbécil».

—¿Por qué extrae los dispositivos?».

«¿De qué hablas?».

—Así no funcionan las cosas.

«¿A qué te refieres?».

—Y esto, ¿qué es?

Sacó los monigotes de su bolsillo.

«Te volviste loco».

—¡Se dio cuenta!

«No jodas, Pedro. Desátame y lárgate de mi casa».

—Claro, deme unos minutos. Vamos a tener que hacerlo a la antigua.

El pastor Saúl empezó a rugir de impotencia. Habla conmigo, Dupé. Te puedo ayudar.

—¿Quién eres?».

Soy periodista.

—¿Para qué sirves?»

Los monigotes están hechos con litio metal, ¿no? ¿Para qué quieres intoxicar niños? (Dupé disparó contra una banca a mi costado).

—Qué estupidez.

Explícame entonces.

—Necesitamos baterías para abrir una ventana.

¿Los monigotes abren portales?

—No, idiota, son conductores de energía.

Sí, suena muy poético, pero no vas a lograr ni mierda con eso.
(Disparó contra mi otra pierna).

El pastor Saúl se levantó decidido a embestir. Inmerso en una esfera de venganza corrió a través de la ráfaga de balas. Impulsó todo su peso, el arma cayó hacia un costado del estrado. Obnubilado, saltó encima del delincuente y pronunció una extraña oración, sus labios se movían frenéticos. No distinguí qué idioma era, pero Dupé empezó a convulsionar igual que los niños aquella noche. El pastor levantó su mano y la puso encima de su cara. Los músculos se inflaron hasta dislocar su mandíbula.

Mis piernas continuaban sangrando y escuchaba palabras ininteligibles. Estaba en medio de una guerra santa. Antes de perder la fe resonó la voz de Saúl: «Muéstrate, demonio». El esternón de Dupé volvió a sangrar, escuchamos otro quebranto de huesos. En ese baño de sangre emergió un ente.

No distingo si su rostro es de hombre o mujer. Son visibles algunas arrugas en su prominente nariz. Tiene facciones de pájaro, pero una silueta con forma humana, muy delgada, como un anciano con alas. Su torso está lleno de arrugas e insinúa un pequeño busto. De su cabeza brota una larga cabellera, una melena de plumas negras. Abrió la boca, un aro fulminante de luz blanca nos cegó.

El pastor Saúl entendió la epifanía. Me miró por unos segundos, no necesité imaginar sus pensamientos. Tras muchos años de sostener una silenciosa valentía, había decidido acabar con esa insistente tristeza.

JAVIER TORRES MARRUFFO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/javier.torresmarruffo/>

Instagram: <https://www.instagram.com/domini.canis/>



PEDAZOS

GUSTAVO VIGNERA

Era un domingo distinto, las dos mujeres conversaban alrededor de la mesa del comedor. Las llaves del departamento estaban sobre una fuente con frutas de plástico desteñidas por el sol. La tele emitía imágenes sin sonido. El control remoto las separaba como una barrera imaginaria.

—Al parecer la puerta del geriátrico había quedado abierta —le explicaba Mara a su prima que la escuchaba atenta con su boca abierta y sus ojos fuera de las órbitas.

—Sin duda, alguna de esas estúpidas enfermeras que solo vienen por su propina cuando llegan las visitas la haya dejado sin llave —fue la respuesta de Matilde corroborando el razonamiento que Mara trataba de infundirle con todo el odio y el resentimiento que puede expresar una persona que acaba de perder a un ser querido.

Matilde era el último ser vivo en la tierra que tenía un lazo sanguíneo con Mara, primas hermanas se podría decir, ¿amigas...? nunca fueron, era de esa clase de parientes que se ven solamente en los velorios y se ponen al día con todo el chusmerío que pudieron acumular por décadas. La madre de Matilde, la mayor, había muerto de viejita, sin el mínimo sufrimiento la pobre santa, pero a Dora, la madre de Mara la habían encontrado por partes y en pedazos. El lunes anterior, en un descampado cercano a la costanera, habían encontrado dentro de una bolsa de residuos, un pie y una mano. Ese día, la policía llamó a Mara para comunicarle el hallazgo. Ya hacía más de sesenta días que había desaparecido. Mara, al momento de hacer la denuncia había brindado mucha información de su madre y de su entorno, la hora que supuestamente se había escapado del geriátrico, qué enfermeras estaban de turno en el momento de la desaparición, la relación con su esposo, con qué ropas se habría fugado, y una detallada descripción de un collar de perlas y de su anillo de casada. El collar tenía un camafeo enorme de plata con la imagen de una joven princesa y el anillo, era un solitario con una piedra de zafiro muy

pequeño, pero muy valioso. Jorge, el marido de Mara, nunca se había llevado bien con su señora suegra, al punto que fue él quien tomó la áspera decisión de internarla en el geriátrico. Jorge odiaba a Dora. Mara no tuvo margen de negociación con Jorge. Dora estaba bastante *pirucha*, por no decir que estaba loca de remate. A pesar de eso, Mara nunca había estado convencida de que eso fuera lo mejor para su madre, pero de todas formas lo había aceptado. Sí... a regañadientes, pero lo había aceptado. El hecho de encerrar a Dora en contra de la voluntad de Mara, hizo que la convivencia de la pareja se convirtiese en algo inaguantable y Jorge, al poco tiempo, terminó abandonando el hogar y dejando sola a la pobre Mara, ahora mucho más sola que nunca. Matilde cebaba unos mates y comía entusiasmada las tortitas negras que había comprado en la panadería de la esquina. No podía creer lo que su prima le estaba contando.

—¿Qué mano han encontrado? Le pregunté al oficial —le describía a Matilde con lujo de detalles la cronología de los acontecimientos. El policía le había dicho que no tenía precisión de lo hallado, pero que, para colmo de males, con el estado de descomposición del cuerpo iba a ser muy difícil el reconocimiento, si no fuera por un estudio de ADN. Ese pie y esa mano podrían haber sido de cualquiera, pero si al menos le hubiera contestado que era la izquierda, la presencia del solitario con el zafiro podría develar a las claras que esos restos eran de Dora, su querida y adorada madre. El martes, volvió a llamar la policía, y le contó que había encontrado un brazo y una pierna dentro de otra bolsa de residuos en un basural cercano a la Tablada. Matilde estaba aterrada por la historia que estaba escuchando, pero no dejaba de chupar con fuerza el mate amargo con yerba, a esa altura, más que lavada. El miércoles, también habían llamado de la comisaría y le habían informado que, debajo del puente de la Noria, habían encontrado otra bolsa, esta vez con una cabeza y un torso lleno de vísceras desparramadas. En esta oportunidad, pudieron darle más detalles, al parecer la causal del deceso habría sido

estrangulamiento con un collar de perlas ya que un camafeo estaba hundido en la tráquea y las perlas estaban enterradas en la carne putrefacta del cuello de la occisa. Matilde se estaba descomponiendo de escuchar los detalles macabros de lo que al parecer era el corolario de la muerte en capítulos de su tía. Matilde, le pidió por favor que dejara de contarle por un instante, aunque su morbosidad era más fuerte que su estómago. Se dirigió al balcón, observó un rato a los pocos autos que circulaban por la avenida mientras tomaba un poco de aire. Volvió enseguida para que su prima hermana continuara con la narración de tan espeluznante hecho. Al parecer tanto ese jueves como el viernes también aparecieron restos en bolsas de residuos escondidos en distintas localidades del cono urbano. El sábado, bajo la autopista veinticinco de Mayo encontraron otras tantas extremidades, o mejor dicho piezas de ese rompecabezas humano. El que habría hecho ese desastre no era una persona normal, era una bestia, un monstruo, un ser repugnante lleno de odio que solo ambicionaba descargar su satánica malicia en una pobre anciana que por un error del destino o por la distracción de una enfermera se había escapado de un geriátrico.

—Quieren que vaya a la morgue mañana —le comentó Mara a Matilde.

—¿Vos me acompañarías? —le preguntó mientras su prima se quedaba atragantada con su último mordisco a una bola de fraile rellena de crema pastelera.

Matilde, no sabía cómo inventar excusas, por más que su prima se lo hubiese suplicado de rodillas, ella no era capaz de hacerle ese inmenso favor. A Mara no le gustó para nada la reacción de su prima, se molestó, se había dado cuenta de que realmente estaba sola, nadie en el mundo iba a querer acompañarla en ese terrible momento.

—¿Por qué no le pides a Jorge? Ya que es hombre. Que por una vez en la vida, se ponga los pantalones y te haga el favor de acompañarte... sigue

siendo tu marido, al fin y al cabo —arremetió la prima tratando de esquivarle el bulto a la situación.

Mara nunca lloraba, pero esta vez se le llenaron los ojos de lágrimas. Tomó el llavero que estaba sobre la frutera. El televisor seguía emitiendo imágenes sin sentido. Mara, subió el volumen con el control remoto. Se quedó un rato perpleja mirando a un locutor que gritaba enardecido presentando a desconocidos participantes de un concurso. Volvió su mirada a Matilde, se sonrió y le dijo:

—Jorge no me puede acompañar.

—¿Por qué? —preguntó indignada su prima.

Mara, inclinó su cabeza, resopló y repitió:

—Jorge, no me puede acompañar ya que él va a estar ahí... ¡Sí! va a estar ahí... adentro de una de esas bolsas.

Y con una carcajada que brotó de sus entrañas se colocó el solitario con la piedra de zafiro en su dedo anular izquierdo.

GUSTAVO VIGNERA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



DESPEDIDA

RAÚL GARCÉS REDONDO

-S erá una despedida diferente —me indicaron. Y vaya si lo fue. No negaré que me encontraba algo preocupada pues conozco de lo que son capaces mis amigas. Las había visto de juerga demasiadas veces como para tener motivos fundados que avalaran mi intranquilidad. Pero cuando me explicaron, una vez montada en el autocar y por lo tanto sin posibilidad alguna de escapatoria, que se trataba de la visita a una bodega con cata de vino incluida, respiré aliviada. Nada pues de absurdos disfraces ni *stripper* embadurnado en brillantina. Sería un fin de semana entre viñedos, aprendiendo a identificar los matices de cada tipo de caldo. Entraba dentro de lo posible que alguna, yo misma, abusara del delicioso néctar y terminara un tanto perjudicada, pero ¡qué diablos! era una despedida de soltera, al fin y al cabo. Además, si la degustación iba acompañada del pertinente maridaje, no había riesgo alguno pues como me recordaba mi padre cada vez que salía de fiesta: nunca hay que beber con el estómago vacío.

No se trataba de una de esas bodegas enormes que se levantan entre los campos verdes y ocres junto a la carretera. Se encontraba en los sótanos de una vivienda en una localidad conocida por su tradición vinícola. El chófer que nos acompañaba explicó cuando ya divisábamos la imponente torre mudéjar de la iglesia recortada en el cielo añil, que toda una red de túneles recorría el subsuelo de tal manera que se podía ir de un extremo a otro del pueblo sin necesidad de salir al exterior. Estos pasillos subterráneos servían de bodegas familiares desde tiempo inmemorial.

En cuanto bajamos los escalones, sentí como se me erizaba la piel a consecuencia del abrupto descenso de temperatura. Algo que agradecí pues el calor se negaba a darnos tregua pese a haber abandonado ya el verano. La galería apenas era iluminada por una hilera de bombillas que pendían temblorosas del techo. Detalle que me provocó cierta desilusión quizá porque esperaba una sucesión de teas encendidas a la manera de las películas sobre el

Medieval. Lo que sí encontramos eran cubas y toneles dispuestos, aquí y allá, soportando resignados el paso del tiempo.

Tras deambular por aquellos pasillos en penumbra, llegamos a una sala amplia donde nos aguardaba una mesa dispuesta para la cata. Sobre un castigado hule decorado con racimos de uvas descansaban varias botellas de vino acompañadas de platos de queso y embutido.

No acierto a recordar a quién se le ocurrió la idea, pero todas pensaron que sería divertido emular aquel cuento de Allan Poe, *El barril del amontillado* creo que se llama. Así, como en esta narración de terror gótico, me colocaron, entre risas, en una suerte de oquedad abierta en la roca. Seguidamente acercaron una carretilla de ladrillos, en la que no había reparado cuando llegamos y continuando con la broma, fueron colocándolos, uno sobre otro, hasta levantar un muro entre ellas y yo. Me sorprendió la habilidad de mis amigas con el manejo de la paleta y el cemento. Sin duda las había infravalorado.

En poco tiempo me vi privada por completo de luz y lo que es peor, de la posibilidad de moverme. Me encontraba literalmente emparedada. Podía oír sus risas del otro lado.

—Chicas, muy buena la broma —exclamé— pero sacadme ya. Me estoy empezando a agobiar.

Entonces, las carcajadas aumentaron en intensidad hasta tener la impresión de que se multiplicaban como si allí afuera hubiera más personas que el pequeño grupo de amigas que dejé minutos antes.

—En serio, tengo claustrofobia —insistí.

—¡Oh, pobrecita! —escuché tras la pared. Era la voz de Marta, mi vecina de pupitre desde el parvulario—. La novia está asustada. Qué poco te importó que yo lo estuviera cuando me encerraste en el armario del colegio durante todo el recreo.

No era capaz de entender lo que estaba sucediendo. ¿A qué venía

ahora esa anécdota de la infancia? Éramos unas crías ¡por el amor de Dios!

Entonces, otra voz, la de Susana, mi compañera de la facultad, intervino:

—¿Acaso no te lo estás pasando bien? Venga mujer, ánimo, hay que disfrutar. ¿No me decías eso cuando en aquella fiesta te encaprichaste de mi novio?

—¡Chicas! —grité— No sé qué tratáis de hacer, pero parad de una vez.

Pero mi petición solo hizo que regresara el estruendo de risas despiadadas.

Supliqué entre sollozos y cuando, exhausta, paré, del otro lado solo llegaba ahora el silencio, un silencio angustioso ¿Se habían marchado dejándome allí?

Instintivamente eché la mano al bolsillo trasero del pantalón, pero en seguida recordé que me habían quitado el móvil. Nada de distracciones, dijeron.

Tenía los músculos entumecidos de mantener la misma posición durante ni sé el tiempo. ¿Cómo terminaba el cuento de Poe? ¿Era finalmente liberado o acababa convertido en un cadáver con la mueca de horror eternizada en el rostro? Grité, grité con todas mis fuerzas hasta quedar afónica. Si como dijo aquel conductor todas las galerías estaban comunicadas, alguien debería oír mis gritos, razoné. Pero nadie me oyó. O si lo hicieron no les importó lo más mínimo.

Intento convencerme de que todo ha sido un mal sueño, una horrible pesadilla. Pero cuando creo conseguirlo, escucho esa voz que me devuelve bruscamente a esta fría oscuridad. Una voz que no sé bien si viene de fuera o de dentro de mi cabeza y que aparece para recordarme que todavía sigo aquí. Entonces reparo en que mis amigas jamás hablaron de despedida de soltera, tan solo mencionaron la palabra despedida. Y estallo en una carcajada

desquiciada que reverbera burlona entre estas húmedas paredes.

RAÚL GARCÉS REDONDO

España

Blog: [¿Tiene un minuto? | Microrrelatos](#)

Twitter: [@RaulGRMM](#)



INUNDÁNDOSE EN LA MADRUGADA

ADÁN ECHEVERRÍA

Acompañé a mi novia a rentar la casa de la calle 84 que se volvió la dirección que poníamos luego en los cuadernillos de poesía que publicamos. Estos cuadernillos fueron los primeros del taller. Los alumnos querían que yo igual publicara con ellos, pero les dije que no. Yo ya había sido publicado por la editorial Dante y por la Universidad Autónoma de Yucatán. No iba a publicar ahora en un cuadernillo. Igual les sugerí que cada uno de ellos hiciera un texto de presentación para el texto de otro compañero. A mí me tocó escribir el texto para los cuadernillos de Patricia e Ivi.

La casa de la calle 84 se volvió el sitio para los encuentros literarios, las charlas poéticas, el tallereo, la edición, la fiesta, y claro, para que mi novia y yo nos revolcáramos piel contra piel todo el tiempo que así lo deseáramos. Desde que la acompañé a rentar la casa, ella insistió en que la llevara a un cerrajero para que me sacara una copia de la llave. Así, yo podía ir y venir cuando quisiera, aún cuando ella estuviera en Santa Cruz Pinto, donde trabajaba como instructora Conafe.

Cómo le enojaba que yo dispusiera de la casa para las fiestas de cada fin de semana. Luego del taller yo decidía ir a la casa, no solo con ella, sino con varios de los integrantes, a beber de lo lindo. Sobre todo si nos tocaba salirnos de algún evento cultural.

La noche de Carolina, creo que se trató de alguna de las constantes premiaciones que le daban a mi novia por su trabajo poético. Había ganado ya varios concursos, y claro, los compas del taller literario, yo con ellos, teníamos que brindar de alegría. Carolina decidió irse con nosotros. Podía ser —en edad— madre de mi novia, bueno, yo le llevaba diez años a mi chica, y Carolina tenía edad para ser incluso mi madre. Ivi, Carolina, Yo, éramos los que más bebíamos. Paty siempre se cuidó con el alcohol, lo de ella eran las drogas duras, o —si no había más— pues algo de hierba, y el Ivi siempre andaba preparado porque Nelson era más aficionado a la mota que al alcohol.

Bonito grupo intelectual formábamos.

Así que entre brindis y brindis, todos nos pusimos alrededor de Carolina quien nos contaba sus derroteros como dictaminadora para el Fondo Editorial Tie...: He rechazado a un chingo de huevones y huevonas que creen que escribir prosa es hacer cuento. ¡Cuánto pendejo manda trabajos a la editorial! Yo solo me río, gano el dinero que me pagan por la chamba, y me pongo hasta la madre, como debe de ser. ¡Salud! decíamos a coro.

Cansado de todas las historias que se contaban sobre el monstruo irreal de la narrativa yucateca que era Carolina, decidí no dejar de preguntar por las leyendas que se contaban de ella. Mario González, cuando fue mi tutor suplente de novela, en el Fonca, porque Rafael se había puesto muy mal del cáncer y no acudió a la última reunión que tuvimos en Veracruz, nos contó, a Luis Valdez y a mí, que Carolina todas las mañanas tomaba el desayuno en el Fondo de Cultura... con Alí Ch....

“Es la niña consentida de Alí”, contaba el bocón de Mario, y añadió: “Pero esta pinche vieja está bien loca. Un día llegó para exigirle plata al viejo. El viejo se negó frente a mí. ‘Ya te dí’, le decía, pero la Carolina se puso fúrica; le tiró la cerveza encima al pobre viejo. Lo hubieran visto. El gran maestro de poesía bañado en cerveza por la loca yucateca. Alí solo se sonreía divertido. ‘Así es ella, la conozco hace tanto. Ya vendrá a disculparse. Pero no puedo darle dinero ahorita; así como anda sería mejor ponerle una pistola en la cabeza y dispararle. Solo quiere conseguir más’. Y el viejo se limpió el saco y la camisa.

Carolina volvió del baño y pidió otra cerveza. Cogió la mano derecha de Alí, y así, tomados de la mano, comieron juntos el desayuno. Yo no decía nada. Solo me la pasaba viéndolos. Ya tuve yo mi propio momento para ver una de las escenas de Carolina, la gran narradora. No se qué broncas tenía con su tipo, el caso es que me habló temprano. Cuando llegué a verla, estaban los dos bañados en sangre. El pendejo tenía un corte en la nuca y Carolina

cortados los dedos de la mano derecha. Le había puesto un botellazo al tipo, pero ahí estaban los dos esperándome”. Esas fueron algunas de las historias que nos había contado Mario, en aquella cantina de mala muerte del centro del puerto de Veracruz. Yo ahora tenía a Carolina de frente, en vivo. La historia de Carolina que el tutor suplente del Fonca me contara debió ser suficiente para no hacerle más caso a esta mujer, o mejor dicho, para no picarle en el lomo a esta gárgola, y en cambio heme acá chupando con ella.

Nos bebimos dos cartones de caguamas y un litro de ron con agua mineral. Fumamos bastante mota. Mi novia estaba hasta la madre de cansada, harta de todos nosotros, pero siempre fue muy centrada con respecto a la fiesta. Jamás saca a nadie de su casa, aunque ella no beba hasta quedar hasta las chancas, siempre permanece consciente. No fue mi caso.

Yo ya me había puesto hasta la madre. Las historias de Carolina daban vueltas en mi cabeza. Ella había vuelto a Mérida porque había huido, luego de que ayudó a su novio a violar a una chica de universidad. El tipo era un patansote que ella mantenía con el dinero que ganaba en la literatura. Decía que era músico. Pero solo creía servir para sacarles provecho a las mujeres, y Carolina se enteró de una de las mujeres que se enredó con él. Los vio juntos, bebiendo en una cantina, y se les sentó a la mesa. Los otros no supieron qué hacer.

Carolina estaba dispuesta a hacerles un escándalo brutal si aquella chica decidía levantarse para irse. “Quiero ver cómo te coge mi marido”, nos contó que le dijo a la chamaca. Y se fueron los tres al departamento. Carolina siempre ha podido con el alcohol, las drogas duras, las pastas, la coca, piedra, el cristal, los ácidos y los aceites, con todo lo que le provoque y para lo que le alcance. Se la llevaron al departamento, y cuando la chica ya parecía una muñeca de trapo por el alcohol y la droga, entre los dos la violaron. La dejaron ensangrentada y desmayada en una calle cercana a su casa. “Que la recoja el gobierno, o el departamento de limpia, pinche vieja”. Por supuesto que ellos

resultaron los principales sospechosos; la chica no murió, pero se había librado una orden de aprehensión.

Carolina reía con esa su risa bruja, de dientes podridos por la droga. Mi novia me vio ya incapaz de estar en pie, y me acompañó a la cama. Le pedí que me la chupara un poco para relajarme, y ella presta se puso de rodillas, pero yo estaba demasiado ebrio y me quedé dormido. Seguía oyendo las risas de la conversación. Patricia ya no estaba; a esa hora solo quedábamos Nelson, Ivi, mi novia, Carolina, y yo tirado en la cama. Se había acabado todo lo que se bebía. Carolina insistió en dar su tanda, y salieron a comprar clandestino. Los escuché cuando volvieron. Venía alebrestados, hechos un escándalo. Carolina se había robado un macetero del jardín de una casa, e hizo que Nelson cargara con una virgen de guadalupe hecha de yeso; también habían pateado cuanta reja pudieron tan solo para molestar. Carolina se acercó a la cama donde yo estaba durmiendo:

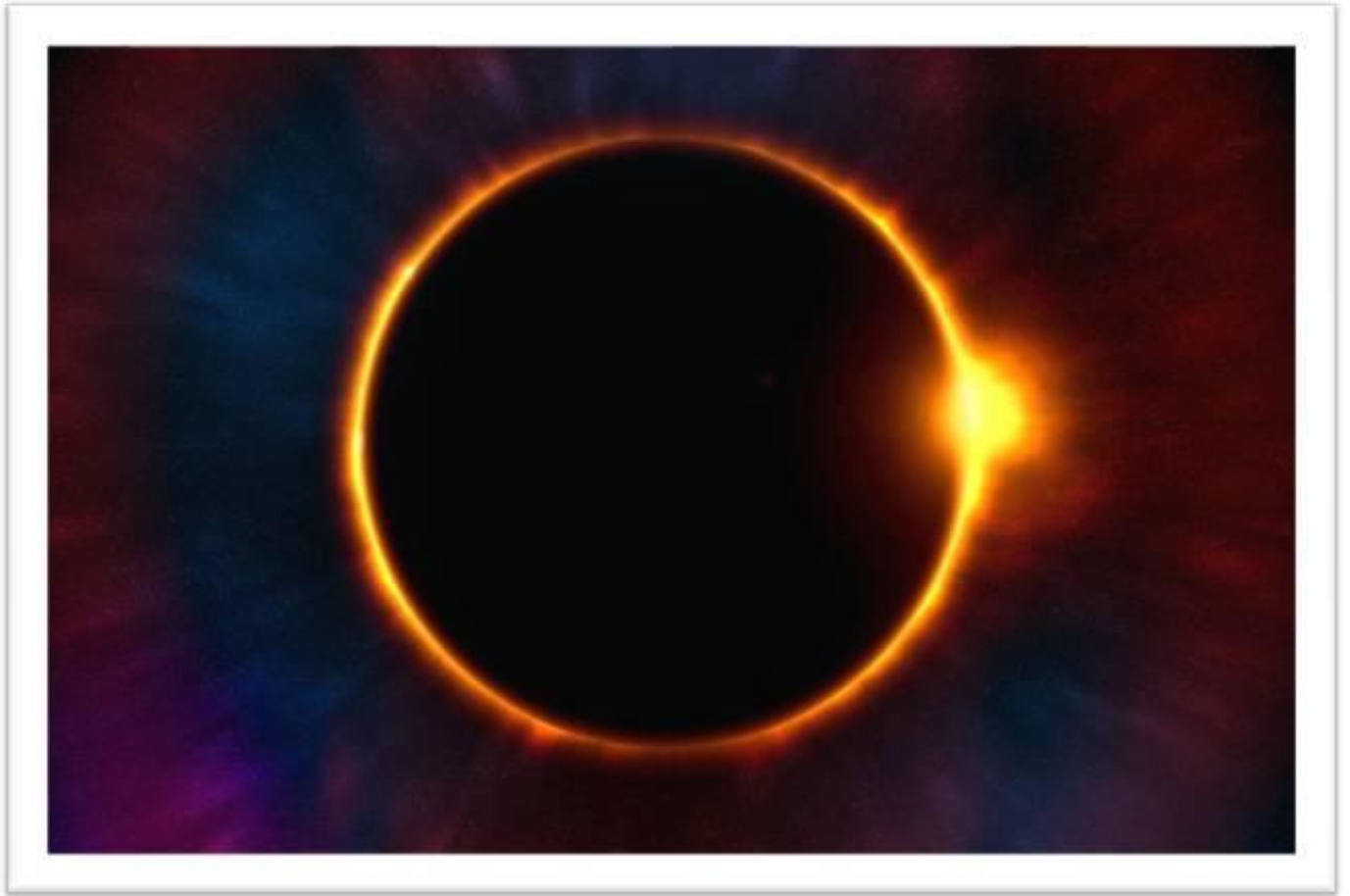
“Vas a ver cabrón. Te voy a coger por el culo para que no seas pendejo. Tienes a esta chamaca como tonta soportando borrachos, y tú, todo dormidote en la cama. Ningún marica me invita a chupar y se queda dormido. Al que se duerme, hay que cogérselo, esa es la regla”. Y se metió entre mis piernas. Yo estaba durmiendo boca abajo, así que me tomó por las caderas y me jaló hacia ella. Se balanceaba golpeándome con la pelvis, las nalgas y los huevos. “Ya déjame, coño”, pero ella estuvo jode que jode hasta que me levanté.

“Venga cabrón, venga a tomarse unos tragos con nosotros, que aún no amanece, y a usted ya se le quitó lo borracho”. Me acercó un vaso de plástico que contenía un líquido negro en su interior. Ron con coca cola, pensé; está bien, lo dulce me refrescará el hocico. Mi novia decía a modo de súplica, medio en serio medio en broma: No, no sean así; no te lo tomes, déjalo.

“Tú no te metas. Él tiene que ser un hombre cumplidor, ándale, a chupar, ¡salud!”, gritó Carolina, y sin contestar me empiné el vaso y de dos

tragos me lo bebí completo. ¡Putá madre!, casi me vomito de lo fuerte que estuvo el trago. ¡¿Qué mierda me diste, pinche pendeja?! Pero Carolina y los otros, incluida mi novia, ya estaban cagándose de la risa. “Te dije que me tocaba invitarte. Tenía que dar mi tanda, y lo único que encontramos abierto era una farmacia.”

ADÁN ECHEVERRÍA
México



ECLIPSE TOTAL

GERARDO ÁLVAREZ
BENAVENTE

Tomó una caña ligera y procedió a agujerearla a lo largo en varias oportunidades. Luego probó soplar por ella. La caña emitió un sonido opaco aún. Continuó perforándola mientras los demás, sentados alrededor de la fogata lo observaban atentamente sin pronunciar palabra.

El sol caía en el horizonte y un viento helado comenzaba a soplar por encima de la planicie árida. Los pocos pastos que quedaban se agitaron en una danza melancólica.

El hombre continuaba perfeccionando su instrumento. Volvió a soplar por él. Esta vez el sonido que emergió fue dulce y penetrante. Comenzó a formar una melodía, apoyando los dedos sobre los orificios, alternándolos para lograr las diferentes notas. Recordó una vieja música que había escuchado hacía mucho tiempo. Trató de reproducirla. La angustia asomó a su pecho y un afán incontenible de volver al pasado lo envolvió. Rápidamente se acercó a un viejo tronco hueco que estaba caído y empezó a golpearlo con desesperación. Los demás hombres y mujeres que allí estaban comprendieron lo que ocurría.

El hombre intentaba desesperadamente golpear el tronco con los pies mientras se acompañaba con la flauta tratando de recrear la música que su cerebro recordaba. De haber tenido más manos sin duda se habría construido más instrumentos, volviéndose una especie de hombre - orquesta. Pero no las tenía y además con la tecnología que existía no le serviría de nada.

Los demás se miraron entre sí con cierta resignación. Sabían que en poco tiempo él también se iría como se fueron los otros, los que no pudieron soportar la añoranza por la civilización perdida. Sabían que pronto deberían intervenir y alejarlo del grupo antes de que fuera demasiado tarde.

La flauta proseguía emitiendo su hermosa melodía mientras el pretendido tambor repiqueteaba bajo los pies del intérprete. Después se detuvo. La flauta cayó al suelo silenciosa. El hombre se cubrió la cara con las

manos y comenzó a llorar. Los otros hombres se pusieron de pie, despacio, lo rodearon y entre todos lo alzaron y lo condujeron a la choza. Allí lo recostaron sobre unos cueros que hacían las veces de cama y luego volvieron a formar la rueda cerca del fuego.

Era inevitable, todos en su interior estaban acongojados y resignados. Intentaban crear de nuevo una civilización de la nada, tratando de sentir que formaban parte de algo. Pero sabían que eso era imposible. Tarde o temprano todos iban entrando en un período de aletargamiento seguido por una euforia de crear o recrear algo de su vida anterior para caer luego en la angustia más enorme y después fallecer.

Es que la tan temida Tercera Guerra Mundial se había vuelto realidad. Solo ellos quedaban allí, estériles y tristes esperando el turno para irse.

GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE

Uruguay

Blog: miscuentos17.blogspot.com

Facebook: www.facebook.com/gerardo.alvarezbenavente/



MAL TIEMPO

ANDRÉS APIKIAN

*Cuando el espíritu se desvanece
Aparece la forma.
“Arte”, Charles Bukowski*

*Pero ¿cómo es posible que persista esto en tu memoria? ¿Qué ves aún en las tinieblas del
pasado y en el abismo del tiempo?
La tempestad (escena II)
William Shakespeare*

El timbre sonó a las tres en punto. El hombre alzó la vista de la anticuada portátil Dell, aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó de la silla playera. En aquella tarde lluviosa el aire parecía haberse vuelto más denso, y todo evento del mundo exterior transcurría en una especie de torpe cámara lenta. Se detuvo un momento frente a la ventana y vio que un perro cruzaba de una acera a la otra, buscando refugio bajo el alero de un almacén.

Los automóviles discurrían con lentitud a través de la encharcada avenida, que algunos peatones intentaban cruzar sin empaparse. El timbre volvió a sonar, obstinado. Sus largos chillidos daban cuenta de la impaciencia del dedo que lo presionaba.

—¡Voy! ¡Ya voy!

El hombre alcanzó la puerta, quitó el pasador y abrió. Se mantuvo aferrado al picaporte, sin comprender muy bien qué había cambiado en el rostro de la persona que tenía delante. Era consciente de que él, a lo largo de los años, había envejecido más de lo que esperaba (y deseaba). Sin embargo, la joven que se encontraba ante él parecía no haberlo hecho en lo absoluto.

Permaneció de pie en el umbral de la puerta durante algunos segundos, mirando por encima del hombro de la muchacha. Sobre el horizonte, nubarrones aún más oscuros amenazaban con aproximarse.

—¿Tanto te gusta el mal tiempo?

El hombre tardó en reaccionar. La chica no sabía a ciencia cierta si no la había oído o, en cambio, la estaba ignorando.

—Me distraje viendo algo. Vamos adentro.

Cedió el paso a la joven y, acto seguido, cerró la puerta con el talón. De inmediato regresó a la silla playera, que emitía un chirrido lastimero cada vez que alguien se dejaba caer en ella. Tomó el montón de hojas en blanco que descansaban sobre la mesa y las apartó. Uno podía tener buenas ideas, pero de nada servía si era incapaz de plasmarlas en ellas. La chica, sentada frente a él, lo observaba con curiosidad: la expresión de un entomólogo que acaba de descubrir un bicho nuevo.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él—. Tengo agua mineral y Coca-Cola.

La muchacha se encogió de hombros.

—Coca-Cola, supongo.

Dicho esto, el hombre se volvió a levantar. Sirvió la bebida en sendos vasos, que luego llevó hasta la mesa. El refresco tenía muy poca efervescencia, pero la chica lo bebió sin chistar. Por lo menos estaba frío. Entretanto, se dedicó a recorrer la habitación con la mirada. A un lado pendía un lienzo impreso, imitación del *Retrato de Giovanni Alnorfini y su esposa*, de Jan van Eyck. Jamás lo había visto antes. Le pareció extraño, quizás algo inquietante. Los rostros aparecían graves y solemnes, carentes de cualquier atisbo de alegría. Además, ambos iban descalzos. Las sandalias, de una forma un tanto curiosa, descansaban junto a un pequeño perro color castaño.

Su mirada se desvió del cuadro por un momento, clavándose casi de forma involuntaria en la fisonomía del hombre que tenía enfrente. Estaba viejo. No demasiado, pero sí lo suficiente como para generarle una incómoda extrañeza. Se había dejado la barba, estaba un poco enclenque y de su abdomen asomaba una incipiente barriga cervecera.

—¿Sigues escribiendo? —le preguntó sin pensarlo demasiado.

—Bueno, sigo intentándolo. Muchas veces el camino se me hace cuesta arriba —respondió él.

—¿Por qué?

—Porque no es lo mismo pensar en escribir que sentarse a hacerlo de una vez por todas. Además, tampoco soy muy imaginativo.

—No te creo. No existen los escritores sin imaginación.

—Por supuesto que existen. Tienes uno a medio metro.

Compartieron una sonrisa cómplice y, por lo menos durante un buen rato, pasaron por alto la perplejidad que ambos sentían pero que ninguno manifestaba.

Mientras el hombre hurgaba en un cajón de su escritorio, la chica volvió a centrar su atención en las reproducciones que adornaban la pared. Observaba ahora la *Flagelación de Cristo*, de Piero della Francesca. Este también la inquietaba, aunque no de la manera en que lo había hecho el anterior. Notó que la pintura se componía mediante una cantidad significativa de líneas rectas, lo cual enrarecía el efecto de la profundidad y desentonaba además con la estética de los personajes allí plasmados.

Hacia la derecha y casi en primer plano, tres hombres parecían tramar una conjura. Estaban apartados del resto; no deseaban que nadie husmeara en su confabulación. Cristo, ubicado más al fondo, es azotado con crueldad por dos soldados romanos. Otros dos sujetos observan de cerca la tortura: uno de pie, el otro sentado.

El cuadro de al lado le resultó aún más impactante: se trataba de *Juana de Arco en la hoguera*, de Jules Eugène Lenepveu. Aquel era, sin duda, el más crudo de la terna. Juana de Arco, vestida con una túnica blanca y amarrada con fuerza a una robusta estaca, eleva la mirada al cielo mientras sostiene el crucifijo que le alza un sacerdote, el cual apunta hacia arriba con el dedo índice de la otra mano: le da a entender así que implora el perdón de Dios.

La condenaban por hereje, aunque ninguno de sus acusadores fue capaz de fundamentar (al menos de manera razonable) las afirmaciones que la inculpaban. Juana de Arco murió quemada en la hoguera, rezando. Invocaba al

Arcángel Miguel y a Jesucristo mientras era consumida por las llamas. Una vez el cuerpo quedó reducido a cenizas, sus ejecutores las arrojaron al Río Sena. Tenía solo diecinueve años.

La joven reflexionó en silencio mientras sorbía el resto del refresco. El hombre, por su parte, estaba sentado frente a la portátil sin moverse ni pronunciar palabra alguna. Tenía la vista clavada en el suelo. Con un gesto distraído, tomó el vaso y apuró la bebida hasta acabarla. Parecía estar pensando muy profundamente en algo; algo que intentaba expresar sin saber cómo.

Ella lo examinaba con taimado desconcierto, sin saber muy bien qué decir. Se puso de pie, caminó hasta la ventana y allí aprovechó para arreglarse la falda. El agua impactaba contra el cristal en rítmicos golpeteos, y luego resbalaba hasta caer por el alféizar.

El vendaval inclinaba todos los árboles hacia un mismo lado, haciéndolos crepitar. Algunas palmeras lejanas torcían sus hojas de una manera que le resultó muy cómica, y que le trajo a la mente la imagen de una vieja esmirriada que ha sido sorprendida por un huracán al salir de la peluquería, arruinándole su cabellera recién peinada.

Algunos transeúntes corrían de aquí para allá con sus paraguas; a uno de ellos lo venció la fuerza del viento y la endeble estructura de aluminio se volvió hacia arriba, alzando al cielo sus numerosos brazos metálicos. El dueño, sin vacilar un instante, arrojó el maltrecho artefacto a un lado y corrió hasta hallar resguardo bajo un toldo.

La chica contemplaba la escena con una leve sonrisa en el rostro. Siempre había algo de jocosidad en la desgracia ajena. Como si el destino estuviese confirmándolo, observa casi al mismo tiempo cómo la hoja húmeda de un diario vuela hasta quedar adherida a la pantorrilla de una mujer que camina por la misma vereda. Esta, asqueada, agita la pierna hasta despegarla y enseguida la aleja de un puntapié. Evita por poco un gran charco de agua

lodoso, y pronto se aleja hasta desaparecer.

Un momento después, dos adolescentes pasan corriendo mientras ríen a carcajadas. Uno de ellos es preocupantemente delgado. La chica cree que, aún empapado hasta los huesos, el muchacho no sobrepasa los cuarenta y cinco kilos.

El hombre no advertía aún el interés de la joven por lo que esta veía a través de la ventana. Se gestaba en su mente una duda, tan extraña y confusa que ni siquiera se sentía capaz de hallar las palabras necesarias para formularla con exactitud. Una duda aberrante, que hacía correr por todo su cuerpo un escalofrío inexplicable.

No sin cierta inseguridad hizo el esfuerzo de comprender la naturaleza de su propio pensamiento, organizándolo como a las piezas de un complejo rompecabezas. No le preocupaba tanto la pregunta que tenía rondando en su cabeza desde que la joven cruzó su puerta, sino más bien la urgente necesidad de expresarla en voz alta. Temía que, de un momento para el otro, aquella amorfa e intimidante duda saliese de su boca en contra de su voluntad y se asentase en el mundo real, donde ya no sería capaz de dominarla.

La muchacha dio media vuelta y regresó a su silla. La lluvia había amainado un poco, pero el viento continuaba soplando con la misma tenacidad. Sacó un pequeño espejo de su cartera, lo abrió y verificó que su delineado permaneciese tal y como lo había trazado antes de salir. Se tocó cuidadosamente una pestaña y, al ver que todo estaba en orden, volvió a dejarlo en su sitio.

Al notar que su nerviosismo solo iba en aumento, el hombre decidió romper el silencio:

—Es una sorpresa volver a verte después de tanto tiempo.

La chica sonrió con ternura; una ternura dulce y reconfortante. El hombre temió desmayarse: era algo que creía no ver desde hace siglos y que, para su desgracia, apenas recordaba. Tuvo que aferrarse a los brazos de la silla

para no perder la compostura.

—También lo es para mí —declaró ella—. Siendo franca, incluso me ha costado reconocerte al entrar.

El hombre rió con la cabeza gacha. Sí, estaba viejo. Él lo sabía, y su espejo se lo confirmaba: el tiempo era inexorable.

—Supuse que eso ocurriría. Veo que tú, por el contrario, no has cambiado nada.

La muchacha puso un codo sobre la mesa y luego apoyó los nudillos contra su sien. Desde esta posición vislumbraba el cielo tormentoso y las innumerables gotas que impactaban en los cristales.

—Es cierto —dijo sin volverse. Era tan bella de perfil como de frente. El hombre creyó que, si la miraba mucho tiempo más, acabaría perdiendo el juicio—. Supongo que es el destino quien dispone el lugar de cada uno.

Él asentía lentamente, reflexionando el silencio. La duda permanecía allí, sirviendo de fondo al intrincado mosaico de sus cavilaciones. Era intensa como un río embravecido; tanto que estremecía su espíritu como lo hace el viento con los árboles que ve a través de la ventana. Lo abrumba más de lo que lo inquieta. Sabe que su formulación es sencilla, pero aun así no logra hallar las palabras adecuadas. Lo piensa un instante y se corrige: sí, sabe a la perfección qué palabras debe utilizar. Lo que no encuentra aún es el momento oportuno para pronunciarlas. Tampoco es algo que desee hacer, pero mantenerse callado solo empeorará su situación. Era, en cierto sentido, como la náusea que antecede al vómito: un impulso desagradable que solo conducirá al alivio si es ejecutado de una vez por todas.

El hombre se obligó a cambiar de tema. La tensión en su cuerpo era evidente; tan así que la silla crujía sin cesar bajo sus generosas posaderas. La chica estuvo a punto de lanzar una carcajada cuando lo vio intentar acomodarse en el asiento durante varios minutos sin éxito alguno; parecía como si alguien le hubiese colocado un hormiguero justo en el lugar donde él

pretendía sentarse.

Y es que el hombre, que se debatía entre el pánico y la incredulidad, no sabía ya cómo reanudar la conversación. Fue ella quien, tras apartar la mirada de lo que ocurría más allá de la ventana, le preguntó:

—¿Qué ha sido de tu vida en todos estos años?

El hombre resopló. Era imposible enumerarlo todo.

—Pregúntame lo contrario: qué no ha sido —sentenció. Su semblante se tornaba ahora taciturno—. Terminé mis estudios universitarios y comencé a trabajar. Trabajé demasiado, en tantos lugares que he perdido ya la cuenta. Hice de todo para poder subsistir. Luego me casé y tuve dos hijas. Cinco años después nuestro matrimonio se vino a pique y, al poco tiempo, recibí los papeles del divorcio. Nunca dejé de escribir. Cuando me empezó a ir lo suficientemente bien en lo que hacía, renuncié a mi trabajo y me dediqué a la escritura a tiempo completo. Publiqué varias novelas y compilaciones de cuentos. Recibí cuatro premios nacionales, tres regionales y uno internacional.

Hizo una pausa para reflexionar. Luego, prosiguió:

—Viajé bastante. Dormí en incontables sitios, desde hoteles cinco estrellas hasta paradores de mala muerte. Me metí en vicios que supe abandonar a tiempo; otros los arrastro hasta hoy en día. Tuve muchos amigos y aun más enemigos. Di charlas y conferencias, algunas de ellas multitudinarias. Disfruté de todo, a mi manera.

La chica lo observaba con atención. Sus ojos, negros como el azabache, refulgían al oírlo hablar. Quiso interrumpirlo en varias ocasiones, pero al final se contuvo.

El hombre, todavía cabizbajo, fue asaltado de pronto por una súbita intriga:

—¿Qué hizo que volvieras? ¿Por qué ahora, por qué hoy? —preguntó de repente.

La muchacha se lo pensó un buen rato. No creía ser capaz de

responder a todas sus interrogantes.

—No lo sé, simplemente vine —dijo—. Supuse que estarías escribiendo, y creí que mi presencia podría llegar a ser de utilidad en algún punto.

—Ni siquiera he comenzado. ¿Quién te hizo creer eso?

La chica se encogió de hombros.

—Solo estoy segura de que tengo la razón.

El hombre se veía cada vez más confundido, no solo porque sus dudas no habían sido respondidas, sino porque ahora se multiplicaban. Ingresó, casi de manera inconsciente, al procesador de textos de su computadora. Ella sonrió, como si hubiese adivinado aquel gesto sin ninguna dificultad. A él se le puso la piel de gallina. Creía haber agotado todas sus opciones.

—Cuéntame, entonces —comenzó a decir con voz temblorosa—, qué ha sido de la tuya.

—No ocurrió demasiado —respondió ella—. Recuerda que aún soy muy joven. He hecho más bien poco comparado contigo.

—Pero... ¿cuántos años tienes? —preguntó él, cada vez más alterado.

—Veinte recién cumplidos.

No podía ser posible. De ninguna manera.

Lo invadió una angustiosa sensación de irrealdad, y tuvo que obligarse a contener un grito. Cuando la conoció, él tenía apenas un año más que ella. Deseó que fuese una horrible broma, pero sus ojos le confirmaban lo contrario.

Entre oleadas de densa amargura, finalmente encontró las palabras adecuadas. O el valor de pronunciarlas. Ya no importaba. La pregunta conclusiva, aquella después de la cual no habría más nada que decir, salió de su boca sin prisa:

—¿Desde hace cuánto?

—Desde hace treinta y dos años.

El hombre se levantó de un salto. Pasó junto a ella y se quedó parado junto a la ventana, observando el diluvio en completo estupor. Al tiempo que ve a un anciano desplazándose con un gran paraguas amarillo, se pregunta cómo pudo haber sido tan tonto. Tuvo que haberlo sospechado desde un principio, cuando permitió pasar a aquella muchacha de rostro tan familiar que aparecía ante su puerta en un día de lluvia torrencial y que, sin embargo, se encontraba seca como el polvo, llevando nada más que lo puesto.

Rompe a llorar en silencio, y en algún punto se da cuenta de que ha anochecido y que la habitación, por tanto, está sumida en la penumbra. Enciende el interruptor y se queda apoyado en la pared, contemplando la casa vacía. Al cabo de un rato, vuelve a sentarse ante su portátil con el procesador de textos aún abierto. Observa la silla que está del otro lado de la mesa, y llega a la conclusión de que ya no la necesita.

Quizás la venda algún día. Quizás.

Con un nudo en la garganta y en el corazón, comienza a escribir: *“El timbre sonó a las tres en punto. El hombre alzó la vista de la anticuada portátil Dell, aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó de la silla playera. En aquella tarde lluviosa...”*

ANDRÉS APIKIAN
Uruguay

Página WEB: <https://antologiaderelatos-com.webnode.com.uy/>



EL LOCO MATUSALÉN

FRANCOIS VILLANUEVA
PARAVICINO

*Cuán débil es nuestra razón y cuán rápidamente se extravía cuando nos estremece un
hecho incomprensible.*
MAUPASSANT

De niño escuché la leyenda del Loco Matusalén. Decían que comía sapos, ratas muertas y culebras en las orillas del Río Hablador, que recorría zarrapastroso y nauseabundo a pie desde Chosica hasta el Rímac, que imprecaba a los niños que lo escupían o le tiraban piedras, que lloraba a moco tendido o se desternillaba de risa de un instante a otro, ya herido y desgarrado por los tormentos o disparates de su cerebro, ya acometido por aquellos demonios invisibles de su imaginación enferma.

Por las noches era peor: su apariencia era la de un ser luciferino. Toda su vestimenta —sucia, fétida y raída— se adornaba con harapos negros como si sufriera eterno luto por los siglos de los siglos, amén. Los vecinos temían que empezara a apedrear las ventanas, los jardines o las puertas de sus casas, o que atacase de modo violento a los niños, a los ancianos o a las mascotas. Nadie se creía a salvo de sus arrebatos y, también, de su penosa apariencia.

Los que lo conocieron antes de que perdiera el juicio afirman que cuando él era adolescente empezaron a notar que le fallaba el cocobolo. Le gustaba comprar revistas para adultos en los kioscos de los periódicos al menos una vez al mes, caminar por las calles con la cabeza agachada y susurrando entre dientes, los fines de semana se quedaba horas y horas en el techo de su casa viendo el transcurso de la luna, y sus familiares justificaban su encierro casi misántropo porque creían que estudiaba duro y parejo. «Es un muchacho muy aplicado y, también, muy extraño», decían ellos.

Sus compañeros de salón, ya jovencitos en la flor de la lozanía que amaban pelotear en sus ratos libres, afirmaban que a Matusalén no le gustaban los recreos ni tampoco salir de su casa a pasear o a visitarlos, y que en su asiento estudiantil con el ceño fruncido solo hablaba, cuando lo abordaban, de

platillos voladores, Iluminatis, reptilianos o del sistema de dominación mundial, y que, dada la seriedad y la gravedad de su rostro y sus gestos, sus amigos preferían no contradecirle o, peor aún, burlarse de sus ocurrencias a sus espaldas.

Aun así tenía fama de no tener un pelo de tonto, ya que siempre contestaba a las burlas con más burlas, con cierto tono de fronterizo simpático. Se jactaba de ser dotado fisiológicamente, de jalar su bronca, de dominar una lengua viperina, de haber desflorado a una chica de su cuadra, de leer libro tras libro hasta altas horas de la noche y, pese a ello, levantarse muy temprano para hacer ejercicio físico. Según él, era el chico perfecto, pero estaba loco de remate.

Si ir al colegio de lunes a viernes por obligación le salvó de ser un ermitaño, no ingresar a la universidad y estudiar de forma autodidacta le hundió en aquella condena antisocial que, a pesar de considerarse a sí mismo muy listo, tenía que cargar sobre sus hombros y, en especial, sobre su cerviz y su cráneo, sin tener la mínima idea de que aquello era un padecimiento vital o, también, un castigo divino.

Mientras más penetraba en aquel laberinto de frialdad y dolor inconsciente, cual si descendiera al infierno del centro de la Tierra, parecía tener menos opciones de salir ileso (como si eso ya fuese posible) y, así, se esfumaban las esperanzas de gozar en los días venideros del canto de los pájaros, del sonido de la garúa nocturna, de las caricias del viento y del calor tibio de una mañana esplendorosa; porque aquella «herida» que se autoinfligía, en aquel tiempo, al menos en nuestro país, jamás cicatrizaría, sino que le acompañaría de por vida y de forma crónica sin nunca restañar.

—Ma, creo que los Iluminati han colocado cámaras en la casa. Nos están grabando —le dijo una mañana Matusalén, en su lecho, a su madre, a eso del mediodía, cuando ella quiso despertarlo.

Aquella noche él no pegó los ojos, escuchó voces incriminadoras,

sufrió visiones espeluznantes, sintió los hedores más pútridos, creía que lo iban a matar y, pese a que era lo que más deseaba, no podía llorar o irse a quejar con sus seres queridos.

—Le han hecho brujería a tu hijo, está dañado —le contestó aquella tarde la curandera del barrio a la mamá de Matusalén.

Al anochecer, la curandera y sus ayudantes practicaron varios rituales, con velas, limones, huevos, rosarios, crucifijos y biblias, y le oraron, le cantaron y hasta trataron de exorcizarlo; pero Matusalén solo gritaba que no lo maten, que no quería morir. Y al día siguiente se fugó de la casa. Lo encontraron a la semana, todo sucio, apestoso y balbuceando incoherencias.

Solo su tío, que en esa época era militante de Cambio 90 y que vivía con él, entendió lo que Matusalén dijo de forma legible en la breve estancia que estuvo de vuelta en casa, pues habría de volver a desaparecer a la semana. Dijo que Matusalén descendió a los infiernos, vio a Satanás, conversó con Lucifer, trató con demonios y fantasmas, conoció a la Muerte, escuchó las maldades del mundo, respiró la corrupción de los hombres, sintió en carne propia los estragos del mal, descubrió el elixir del embrujo completo, observó la causa de la inspiración diabólica, se presentó ante otros enajenados como el nuevo de la secta, sufrió el odio de Dios y la maldición de por vida. «Mi sobrino está mal de la cabeza», le dijo el tío a su hermana, pero ella, simplemente, no sabía cómo actuar, ya que por aquellos años el cuidado de la salud mental en el país estaba por los suelos y se esparcía de forma abandonada. A los días, Matusalén volvió a perderse, y esta vez para siempre.

La fama de Matusalén se consolidó en casi un año y cobró auge el año de su muerte, que ocurrió en la prisión para enfermos mentales cuando se clavó un tenedor en la yugular que lo hizo agonizar largos minutos. Pero no fue aquel trágico incidente la causa de su aparición en las portadas de los diarios o en las pantallas de los noticieros, sino el estrangulamiento con que mató con sus propias manos a dos mellizas de cuatro años, quienes jugaban

solas en un parque infantil abandonado y que no tuvieron miedo de ese ser horripilante que unos minutos antes las miró aturdido a corta distancia, y que al final las atacó de forma vertiginosa.

Cuando las fuerzas del orden lo capturaron a las horas, un tanto alejado del escenario de los crímenes, él gritaba a voz en cuello: «Ya viene, ya llega, el Anticristo nos revolcará a todos». «Calla, loco de mierda», le increpaban sus captores. Le dieron una paliza fenomenal. Pese a que su locura estaba comprobada, lo encarcelaron de modo preliminar por nueve meses mientras duraban las investigaciones, y fue así como no soportándolo se mató con sus propias manos. Así era el Loco Matusalén, un orate callejero y temido que terminó convirtiéndose en homicida.

Lo cierto es que varios vecinos contaron, a un par de años de aquel trágico incidente, que el espectro lívido y tétrico del Loco Matusalén aparecía y asustaba a los niños que se quedaban jugando hasta tarde en ese parque infantil abandonado, y lo hacía agitando los columpios, o el subibaja, sin que corra el viento o que alguien estuviese cerca, o también cantando canciones de cuna de modo grotesco y murmurador, como si imitara aquellas voces demoníacas que lo acosaron en vida.

Hasta que un día, cuando jugaba solitario en el pasamanos, un pequeñín logró verlo: un espectro con harapos en el cuerpo, unas pelambres en los cabellos y la barba, los ojos infernales y la boca sin dientes, como la vez que cometió aquel doble homicidio. Ese ser espeluznante parecía morder algo, como si chirriara los dientes y susurrara blasfemias, como dice en la Biblia que lo hacen los infelices o los condenados. Por ello, él era un terror de pies a cabeza.

Aquel niño, al ver que ese fantasma levantaba las manos en forma de ataque, logró huir a gran velocidad como alma que lleva el diablo y, al llegar sudoroso y pálido a casa, le contó lo sucedido a su padre, quien reconoció al Loco Matusalén y, tomando cartas sobre el asunto, a los días hizo bendecir

aquel centro de diversión en ceremonia pública. El cura, al final de aquel acto, clavó una cruz y bendijo un par de capillitas en memoria de las difuntas.

Solo desde ya el alma del Loco Matusalén descansó en paz y no se volvió a sufrir avistamientos de su espectro dañado. Así es como pocos saben ahora del que en vida fuera el Loco Matusalén, y entre aquellos me encuentro yo, un narrador de cuentos dispuesto a perpetuar esta triste historia.

FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/123FrancoisVillanueva123>



EL DESIERTO

LEDIHER ARMAS
SÁNCHEZ

El desierto de Escaseca figura entre los más extremos del mundo. En tiempos de auge vivían en él, alrededor de ochenta familias. Aunque era bastante tedioso llegar a sus predios, gran cantidad de comerciantes acudían para vender los productos a precios exuberantes. Sobre todo, toneles de agua que acarreaban sobre camellos y elefantes que aprendían de memoria el trayecto.

El cambio climático incluyó a Troke y en especial a Escaseca, que fue continuamente asediada por tormentas de arenas y nubes de polvo. El precio del agua fue tornándose violento. Los comerciantes que se decidían a emprender el viaje eran cada vez menos. Volaban las noticias de asaltos en medio del desierto y sepulcros provocados por antojos del viento. Una tras otra, las familias fueron abandonando la ciudad, solo el alcalde y su esposa se atrevieron a permanecer en aquel inhóspito paraje. Era un desafío personal. Querían demostrar al mundo que en Escaseca era posible vivir y hacerlo a plenitud. Una mitad del caudal matrimonial la destinaron a la compra de agua y la otra para alimentos. Ahorrando al límite, fueron esperando la mejoría del clima. El vestido y el entretenimiento fueron desterrados del pensamiento y el lenguaje familiar.

Con esfuerzos sobrehumanos fueron capaces de construir una presa de muros de piedra. Elevadas cantidades de arena eran removidas de su reposo para desenterrar las rocas que se destinaron a la obra. Una inversión de tiempo, esfuerzo y vida para una utilidad prevista e incierta. Desear la lluvia no garantizaba la humedad de su ocurrencia. Sus cuerpos se consumieron a medida que se acrecentaba la espera. El amor a su tierra se traducía en lamentos mientras casas y plazas se deterioraban al aproximarse el último mes de los últimos dos años.

En vísperas del año nuevo, el cielo se tornó rojizo al punto de arder. La lluvia era inminente. El olor, como plato entrante les informó el advenimiento de un salpicado futuro. El alcalde y su esposa gritaban de alegría.

El jolgorio se impuso. Corrían despavoridos de un lado a otro. Revisaron detrás de la casa principal, del establo, de la carreta, la presa, y a cada paso descubrían que se trataba del mismo cielo encapotado. Un cielo cerrado en rojo. El mismo cielo preñado de lluvia a punto de parir que se contraía y gruñía de dolor por tanto chaparrón dentro. De momento un destello lo encandiló. Tras instantes de inmovilidad y aturdimiento, en el vértice de la enajenación, el alcalde movía la cabeza a ambos lados para escapar de la confusión. Al recobrar la vista quedó mudo. La inclemencia de sus días pasados le canjeaba la lluvia por la vida de su mujer, que yacía carbonizada a dos pasos de la presa. Entonces lloró dentro de la lluvia y maldijo a Dezeus y su sempiterna familia para todos los tiempos de la fe.

LEDIHER ARMAS SÁNCHEZ

Cuba

Página WEB: elblogdelediher.wordpress.com

Colaborador de la Web: uncuadernoenblanco.com

Facebook: [Lediher David](https://www.facebook.com/LediherDavid)

Twitter: [@Lediher3](https://twitter.com/Lediher3)

Instagram: [lediherdavid](https://www.instagram.com/lediherdavid)



NOTTREDAME

EDUARDO KIRIL ROSARIO

Recuerdo una luz crepuscular y una sombra, que era la mía; el cielo excomulgado de París y al diablo copulando con las llamas. Tantas veces me había preguntado qué sentido tiene un sueño compartido. Si somos algo más que piezas subalternas de ajedrez; creaciones vanidosas que se engañan mientras bailan una danza de palabras silenciosas.

Marionette, palabra con la que se denominaban en la Francia Medieval a las figuritas de madera o de yeso que simbolizaban la imagen de la Virgen María. Con dicho vocablo también se conocía a los clérigos que daban voz a los muñecos en las representaciones religiosas donde aparecía la Virgen.

El reloj se detuvo en la ventana. La aguja había caído. Y en una excitación de los sentidos hallé a aquel sacerdote parisino, que movía las manos y la boca, detrás de aquella efigie de madera. Ella era, parecía ser, un deseo latente y reprimido que anhelaba no ser un simple objeto, porque ella era, así lo creo, algo más que un simple objeto; era alguien y quería contar su propia historia.

Me preguntaba cómo había regresado... otra vez había encontrado a aquel exacto sacerdote jugando una partida de ajedrez. Enfrente estaba el otro, su reflejo. Reconocí sus hombros inclinados, sus ojos taciturnos, su agonía, y una timidez disimulada que hallaba una temible absolución en el deseo de agradar al semejante. Entre un hombre y la memoria de otro hombre no media otra razón que la del tiempo.

En aquel espacio cuadrifronte se movían lo real y lo inefable. Una guerra de opuestos que se encuentran en el único lugar que los separa. El tiempo suspendido en la partida; Un rey y una corona (con espinas), las torres de babel, todas iguales, los hombres que no miran hacia atrás, los sueños de marfil, que no se olvidan... también cuatro caballos sin jinete.

Más hoy es menester hablar de ella. No era la primera vez que yo veía a aquella dama singular corriendo por las naves de la iglesia. Sus pasos

silenciosos y precisos flotando sobre el suelo arlequinado. Moviéndose por todas direcciones, con total amplitud.

En tardes como esta me acuerdo de Marion. Ella fue, y sigue siendo aún, las tardes junto al Sena, las estatuas, el último crepúsculo, y el fuego, la primera ilusión, que siempre vuelve, y todo lo que alguna vez no tuve.

La noche se detuvo en las gargantas, unidas por el canto... y el espanto...y la reminiscencia permanente del sordo repicar de las campanas.

Ave Maria, gratia plena, Dominus Tecum Benedicta Tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris Tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae.

En aquel mismo lugar, en Lusitania, se había levantado un sacro templo, consagrándose al padre de los Dioses.

Ella era, me refiero a aquella dama sigilosa, sibilina, escurridiza, imposible de asir, como el agua que ganaba atormentada el contorno de las gárgolas de piedra. Solo pude murmurar una oración, cuando se fue, acaso una blasfemia... si pudiera encender tras esa sombra la tímida palabra que la nombra.

Marion es un nombre común, diminutivo del nombre de María. alguna vez creí, que de algún modo, toda mujer es dueña (y esclava) de ese nombre. Una dama es todas las damas que encierran los confines de su nombre.

Ella era, me refiero a Marion, un mujer sofisticada, como una vela fría y apagada, con el odio en la mirada de sus ojos. Varias veces abjuró de su destino y juró que vengaría cada afrenta, que castigaría con rigor, cada soberbia y también cada actitud sumisa. Una vez, si la memoria no me falla, la vi llorar enfrente del altar.

Estaba oscureciendo y entre sombras, el silencio eran un péndulo y un cuarto. Dos reyes y una dama. Si no podía saber a donde fue, trataría de entender de donde viene. Así, sin comprender por qué ni cómo, me sorprendí

llorando en cada risa, riendo en cada lágrima reseca. Viendo en cada rosa, cada piedra; y en la piedra la rosa y y cada herida. Entonces vi su rostro, su inconcebible rostro, erguido sobre un bosque disecado por las lunas que ocultaba entre sus manos; vi una trenza que enredaba una manzana, y a unos senos quemándose en las carnes de la hoguera, vi a una niña comandando a un gran ejército y a una joven, que no era más anciana que esa niña, gestando en su barriga a un hombre muerto. Vi a todas las mujeres del planeta unidas por un grito de dolor en cada nueva luz que se encendía.

Y aún después de aquel éxtasis callado, solamente aquella dama me envolvía. Oscura y luminosa. Altiva y arrogante, vagabunda. De qué me sirve saber que era custodio de sus ruinas y secretos; los de Ella, que le abría sus puertas a cualquiera. Y sin embargo a veces, todavía, creo perderme entre sus arcos ojivales, su gótica mirada y sus perfiles de curvas apuntadas, quemándome en las rosas de su pecho que se abrían sobre el juicio del deseo.

Ya todo daba vueltas. La vigilia y el sueño y la partida. Buscamos vanamente en el recuerdo una reconstrucción de lo ocurrido, acaso una mentira que en el tiempo se vuelva verdadera. Un cuento que tolere nuestro ser y nuestro parecer envenenado.

Corrí levemente la cortina. El coro se había ido, y quedó solo el humo que dejaron las miradas. Me recosté con cuidado en el colchón. La espalda aún me dolía. Me volví varias veces a la diestra, a la siniestra, hasta encontrar el lugar desde el que abrirle los ojos a mi sueño.

No he vuelto a ver a Marion, Tal vez no vuelva a sentir nunca la caricia profunda de sus uñas y ese nudo gordiano en la garganta. La veré, quien sabe, en la exacta mirada de otros ojos, que alberguen una lágrima reseca, que será todo el río y todo el Sena, las piezas y el tablero, las gárgolas de piedra y esa rosa, que siempre es solo una. Cuando pienso en ella, pienso en mí, y en aquella partida silenciosa.

Y pienso en nuestra dama.

Lo he vuelto a ser, intuyo, he contado una historia, que no es más que la sombra de otra historia. Y el recuerdo me devuelve a la mirada a aquel sacerdote parisino, el tope movimiento de sus manos y el relato que tejían las palabras de su boca. Quizás el creía, quizás el quería creer, que movía los hilos.

EDUARDO KIRIL ROSARIO

España

Facebook: <https://www.facebook.com/EduardoKiril/>



PARECE LO QUE NO ES

CARLOS ENRIQUE
SALDÍVAR ROSAS

Comienza de esta forma: me hallo en una noche de frenético placer, encima de una hermosa mujer de cabellos negros, ondeados, y piel trigueña. Su gesto es dulce; mis manos están sobre sus senos, pero siento que algo anda mal: ¡no la conozco! La dama me dice sonriente:

—¿Qué te pasa? Aterriza.

—No... No sé quién eres.

—¿Cómo no vas a saberlo, bebé?

Me arrodillo a su lado, sobre la cama de mi casa, sé que este es mi hogar donde vivo solo desde que... Tuve una familia: papá, mamá, un hermano menor. No puedo recordar mucho acerca de ellos. ¿Qué pasa? ¿Por qué giro la cabeza hacia la derecha y miro la pared color crema pensando que alguien me observa?

Lo presentí y tenía razón. La mujer desaparece.

Me recuesto. El sueño me envuelve, duermo.

Los sueños son felices, siempre es así. Aunque suelen ser un tanto exagerados, algo fantasiosos a veces, en otras ocasiones se pasan de la raya; puedo volar, como un ave, o aún mejor: como un superhéroe. Nadie puede detenerme. Tengo poderes.

Despierto. Me gustan los cómics. Tengo todos los que quiero aquí, no sé cómo he podido comprarme tantos en papel, ¡y poseo libros! Adoro leer en físico y en digital. Me encanta escribir y publicar. Soy un escritor conocido, estoy redactando mi primera novela. Será la historia de un autor de ficciones que en su vida nocturna crea historias fantásticas y de día se dedica a salvar a los inocentes de diversos males que los aquejan, aunque en los tiempos que corren, en este año 2026, en enero, ya hemos superado el crimen y la pandemia. Perú ha crecido en materia económica. El Gobierno ha hecho una excelente labor, no solo en mi país, las grandes mejoras se han dado a nivel mundial.

Sin embargo, a veces presiento que tanta fortuna no puede ser real; nos ubicamos lejos de la perfección, es cierto, no obstante, mi trabajo es concebir relatos de toda laya, cortos, largos, ficciones brevísimas, soy muy prolífico, y apenas tengo veintinueve años. Lo que me provoca dudas es la abundancia de dinero, para comprar películas originales, para tener todas las plataformas streaming en mi televisor, para poseer esta magnífica computadora en la cual pergeño todo lo que sale de mi imaginación y de la realidad, porque esto es la realidad, ¿no?

Ya no es necesario que salga mucho a la calle, a menos que sea para reunirme con mis camaradas literatos, a fin de beber unas cervezas, almorzar comida marina o cenar delicias chinas. Tales encuentros son esporádicos. Todas las redes sociales que existen se encuentran a mi disposición, allí tengo multitudes de seguidores y cada semana una bella muchacha me propone reunirnos. Lo hacemos en mi distrito, comemos algo, bebemos algo y terminamos entre mis sábanas. No recuerdo sus nombres. Es lo mejor. Soy joven para comprometerme, no deseo tener enamorada. No está en mis planes casarme y engendrar hijos. La presente es para mí la vida soñada, como si la hubiera diseñado y a veces me pregunto si no estaré dentro de un ensueño. Cuando dudo de las circunstancias, aparecen cosas alrededor, como un celular de última generación o zapatillas de una marca costosa.

Enseguida olvido que todo lo que me rodea luce muy raro.

—¿No lo sabes? No hay mucho tiempo para contártelo —me dice Agustín.

—¿Qué pasa? —respondo. Es mi mejor amigo, tiene esposa, dos hijas y es feliz. Por eso me sorprende oírlo tan alterado en su llamada a mi celular.

—Solo tengo un minuto o dos. No soy Agustín, solía ser uno de ellos, soy alguien que se arrepintió y ha tomado la «función» de tu amigo para que sientas confianza y me escuches.

—¿De qué me estás hablando?

—Hace un año los principales gobernantes del mundo le quitaron un descubrimiento de suma relevancia a los científicos. Fueron los capitalistas. Los hombres de ciencia estaban trabajando en la reconstrucción de la creación del universo en una máquina que hicieron en la Antártida. El experimento no salió como esperaban, distorsionaron el tiempo, el espacio y la dimensión que sostiene ambos elementos: la realidad.

—Basta de decir tonterías...

—¡Yo fui uno de esos científicos! Ahora intento contactarme con la mayor cantidad de personas posible para decirles lo que ocurre. Con aquellas que tienen algo especial dentro de sus percepciones, como tú, Enrique. Agustín no existe. Nada de lo que tienes contigo existe. Solo cuentas con tu cuerpo y ni eso te pertenece. Tu ser es de ellos, los políticos, los empresarios y los ricos. No trabajan. Tú lo haces para estos, hasta la muerte. Les das todos los bienes que desean mientras te sumergen en una falsa realidad. Solo tienes tu organismo que en este momento se halla girando una enorme rueda y te consumirás en menos de cinco años. Han dominado a varios líderes, a sus países, como el tuyo, que por ser pobre no tuvo oportunidad de defenderse. Sin embargo, todos los millonarios de tu nación sí consiguieron ser parte de la maraña y esclavizaron al resto...

La llamada se cortó.

De inmediato ingresó otra. Era Alicia, una escritora de veinticuatro años que ya había publicado dos novelas. Era preciosa, me encantaba hablar con ella. Un segundo...

Parece lo que no es.

No es lo que parece.

Alicia es todo lo que he deseado en la vida, ¿la conozco de hace tiempo en verdad?

Surgen remembranzas, sí, la conozco.

Hablamos dos horas. Luego corto, con la promesa de que nos

veremos el sábado.

El domingo es el lonche con mis papás y mi hermano en la bonita residencia de este.

Me pregunto por qué últimamente me siento tan cansado. Empiezo a recordar lo que me dijo Agustín... ¿Agustín? ¿Quién es? Mi mejor amigo se llama José, es mi editor y uno de los mejores poetas de nuestra generación.

Hay retazos en mi mente de lo que alguien me dijo; me siento raro, como atrapado en un cuento de ciencia ficción, de esos típicos, de libros, revistas. ¿Debería razonar este tema? ¿Darle vueltas en mi cabeza hasta hallarle una explicación al asunto? Ya sé, tengo una idea.

Escribiré sobre esto. Una ficción...

No. Estoy fatigado por las múltiples diversiones.

No hay nada extraño en mi vida.

Nada que discutir, pensar, dudar.

Hora de dormir.

Sóñaré que soy un cantante famoso.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Perú

Blogs: <https://el-muqui.blogspot.com/> - <http://babelicus.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas/>



HOMO NAUSEABUNDUS

© FRANTZ FERENTZ

Hacía mucho tiempo que Iñaki estaba molesto por los olores a tabaco que había en el portal. Él, un exfumador radical, odiaba a los fumadores. Los tenía por seres inferiores, una especie de subespecie humana que necesitaba el humo para estar en este plano de la realidad. Es cierto que, en general, su experiencia le indicaba que el fumador es un ser egoísta a quien no le importa si molesta o no.

—Al contrario —le comentaba su mujer irónica—, el fumador es la encarnación de la generosidad. ¿No ves que expulsan el humo por doquier para compartirlo? Y encima lo hacen gratis.

Iñaki estaba hartado. Quería averiguar a toda costa quiénes eran los fumadores de su condominio, de modo que empezó a hacer cálculos.

El edificio tenía tres pisos. Él vivía en el primero y se dio cuenta de que, según el momento, el olor a tabaco en los pasillos había tres fumadores habituales, uno por cada piso: bajo, primero y segundo.

En todo caso, Iñaki era un verdadero eremita, hacía propiamente vida monacal sin salir de casa, aunque sin canto gregoriano ni ayuno. Por eso, no se cruzaba casi con ningún vecino, pues teletrabajaba y era un pelín sociófobo.

Sin embargo, la travesía de los pasillos y las escaleras hasta alcanzar el portal lo enojaba profundamente a causa del hedor a tabaco, a pesar de que tan solo salía cuando no tenía más remedio, como cuando iba a hacer la compra.

Con todo, los vecinos de la puerta de al lado, un tipo de gente que evolutivamente estaba más cerca de los pitecántropos que del homo sapiens, fumaban marihuana. Y era marihuana de la buena, se notaba en el olor. Pero esa, curiosamente, no lo molestaba a Iñaki. Tal vez porque se trataba de una maría de alta calidad. Además, era un misterio por dónde se colocaba el aroma de la hierba en el piso de Iñaki cuando tenía todo completamente cerrado, pero ese es un misterio que no nos ocupa aquí.

En fin, sea como fuere, Iñaki consiguió desvelar quiénes eran los

vecinos fumadores, los tres, en apenas una semana. Coincidieron todos los factores que tenía que coincidir para que lo averiguase, pero, sobre todo, que aquella semana salió de su *cueva* cuatro veces más de lo habitual.

El primer fumador resultó ser Iván, vecino del bajo. Era un tipo de unos 40, con una barba larga. Si le hubiesen puesto un turbante, pasaría por un talibán (le venía, además, con el nombre: un tal-iván), casado con Isabel, una mujer recelosa de todo, hasta de sí misma, con ojos de comadreja. Iván era un tipo flaco, con mirada de hiena y naturaleza violenta. El matrimonio tenía una hija de unos ocho años que no parecía compartir la genética ni del padre ni de la madre.

Aquel día, Iñaki esperaba a su esposa dentro del portal para abrirle la puerta, cuando salió Iván. Salió fumando, en dirección a las escaleras que conducían al garaje, con su hija al lado.

Iñaki le dijo de buenas maneras:

—Oye, perdona, pero está prohibido fumar en los espacios comunes.

Ahí Iván se volvió, se encaró a Iñaki y le dijo escupiendo palabras:

—¡Métete en tus asuntos! ¿A ti qué te importa? ¡Vete a la mierda!

—Perdona, pero te lo he dicho de buenas maneras.

—Haré lo que me salga de los cojones —continuó Iván.

La niña terció:

—Papá, ¿por qué hablas así?

Iván se detuvo un instante, pero enseguida reaccionó. Él era el *micromacho* alfa de la tribu del Bajo F, un animal de peleas —de hecho tenía cicatrices por el cuerpo—, envidioso de sus vecinos que tenían mejores coches que él, pues el suyo tenía unos veinticinco años y no iba a dejar de actuar como sabía, así que siguió su camino lanzando insultos a Iñaki, mientras su hija le recriminaba aquella actitud, pero quién sabe si él la oía.

Al segundo fumador se lo encontró Iñaki volviendo de la tienda del chino de la esquina. Iba por delante de él. Se trataba de un hombre que rondaba los 60 años, que iba fumando minipuros. La sorpresa de Iñaki vino cuando vio que el hombre se metió en su portal. No lo conocía, no lo había visto nunca. Entró tras él, sin dejar de observar que el tipo seguía con el minipuro en la mano.

Iñaki se dirigió a él, siempre con buenas maneras:

—Disculpe, está prohibido fumar en espacios cerrados.

El hombre se volvió muy sorprendido, pero no se puso a largar improperios como Iván, cosa que Iñaki agradeció.

—No sabía... —dijo el hombre.

—Pues ya se lo digo yo. Es una ley estatal.

—Pero yo no fumo en los ascensores —prosiguió el hombre, con el minipuro en la mano.

—Ya...

—Oiga, ¿y usted vive aquí?

—Sí, desde hace más de diez años —explicó Iñaki.

—Pues yo hace dieciséis y nunca lo he visto a usted

Aquella excusa le sonó a Iñaki patética.

—Yo no fumo en los ascensores —volvió a decir el hombre.

—Pero lo hace en las escaleras y deja todo el olor.

—Bueno, yo... yo...

—Allá usted y su conciencia —sentenció Iñaki y dejó al hombre detrás mientras él subía las escaleras de vuelta a casa.

El tercer fumador... bueno, el tercer fumador no fue algo tan sencillo de explicar, pero sucedió durante aquella semana en que todo se iba a desvelar.

Iñaki vivía en el 1ºA, pero en el 1ºF vivía una anciana sola. Apenas se había cruzado con ella diez veces en los diez años que llevaba en aquella casa. Sin embargo, aquella semana especial hizo que Iñaki, al volver de la compra, viese a la mujer apoyada en la puerta de su casa, mirándola desesperadamente, con una mano apoyada en la pared y a punto de llorar. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, por eso solo pudo preguntarle:

—Perdone, ¿le pasa algo?

Ella se volvió hacia él. Tenía los ojos irritados. La anciana, muy menuda, dejaba ver que estaba muy angustiada.

—Se me han olvidado las llaves dentro... Ahora no puedo entrar.

—No se preocupe —le dijo Iñaki y le dio ganas de dar un abrazo a la anciana, porque él era así, un sentimental—. Esto se resuelve.

El primer pensamiento que se le ocurrió a Iñaki fue bajar al bajo F, explicar que la vecina de arriba había olvidado la llave y pedir al dueño que lo dejase trepar hasta el piso de encima accediendo desde el patio. Suponiendo que el vecino afectado estuviese de acuerdo, ¿tendría una escalera suficientemente alta para alcanzar la ventana? Además, ¿estaría la ventana abierta? Demasiadas variables, tendría que pensar en algo.

—¿Cerrajero? Tengo una emergencia.

Media hora después, la puerta de la casa de la anciana estaba abierta. El propio Iñaki pagó al cerrajero.

La anciana dejó notar en su cara un enorme alivio. En cuanto la puerta se abrió, Iñaki notó el repelente pestazo a humo de tabaco del interior. ¿La anciana fumaba?

Iñaki puso cara de asco, era algo instintivo que no podía evitar cada vez que le llegaba aquel hedor. La anciana lo notó y se sintió desasosegada. Caminó lentamente hacia el interior de la casa y se sentó en el sofá del salón, apesadumbrada, muy afectada.

El salón, como toda la casa, parecía un museo de una vivienda de un

siglo atrás, con muebles y porcelanas propios de un museo, cuadros de los que antaño se vendían casi en serie, como aquel del ciervo perseguido por ciervos que lo derribaban, y que Iñaki, de niño, había visto en tantas casas antiguas.

Iñaki se tomó la libertad de abrir la puerta de la terraza del salón para que se orease la estancia. Luego, sin querer, pronunció el pensamiento que le venía rondando la cabeza:

—Señora, no debería fumar tantísimo.

—¡Pero si yo no fumo! —se defendió ella.

Iñaki se la quedó mirando. Ella se tapó el rostro con las manos. Luego dijo:

—Es Manolo...

—¿Quién es Manolo?

—Mi difunto esposo.

La mujer se levantó con dificultad, con los ojos ya empapados en lágrimas. Se dirigió a la cómoda que tenía delante y tomó un marco con una foto que ofreció a Iñaki.

—Este es mi Manolo —explicó ella.

Manolo era, en aquella foto, un hombre ya anciano, bastante demacrado, con un cigarro en la boca, donde tres cuarto del mismo era ceniza a punto de caer.

—Esa foto es de tres meses antes de morir —siguió explicando ella—. Me pasé la vida pidiéndole que dejase de fumar, le puse ultimatums del tabaco o yo, pero él nunca dejó de fumar, se podría decir que murió con un pitillo en la boca, de cáncer de pulmón. Yo no tuve el coraje de abandonarlo, prejuicios religiosos, ya me entiende.

La mujer se estaba desahogando de toda una vida de frustraciones. Pero lo más asombroso estaba por llegar:

—Es posible que se ría de mí —dijo la mujer—, pensará que estoy loca, pero mi Manolo no se ha ido del todo. Ya sabe que hay difuntos que se

quedan por aquí, que no acaban de pasar al otro lado...

Hubo unos momentos de silencio. La anciana se estaba serenando gracias a contar a su vecino aquella carga vital.

—Y mi Manolo —prosiguió ella— sigue aquí, sigue fumando... pero como no tiene cuerpo, no tiene pulmones, se trae a casa todo el humo de los fumadores que hay alrededor...

Iñaki sintió lástima de la pobre mujer. Le sonrió con ternura.

—Si quiere, déjeme una copia de la llave de su casa, por si acaso.

Y luego le dio un beso en la frente, pese al olor a tabaco que desprendía.

Los movimientos antitabaco de Iñaki en la comunidad provocaron una protesta del grupo de presión vecinal pro tabaquismo, que consiguió el apoyo de muchos vecinos que veían en su actitud un ataque a su libertad personal de seguir haciendo lo que les salía de sus partes. Iñaki no era nadie para atentar contra la libertad, la que amparaba aquel simpático partido de extrema derecha que abogaba por terminar con las prohibiciones *bolcheviques* del gobierno de fumar donde a cada uno le apeteciese.

Iñaki leyó pasmado el mensaje en el grupo de mensajería de la comunidad, donde le pedían que diese explicaciones.

Sí, iba a hacerlo. Iba a disculparse. Empezó a teclear:

«Queridos convecinos: a la vista de la polémica causada por mi curiosidad por saber quién fuma en la comunidad, me atrevo a preguntarles: ¿Les molesta si yo no fumo? Gracias».

FRANTZ FERENTZ
España

Facebook: www.facebook.com/Frantz.Ferentz



MI VIEJO

AMIGO

NURIA DE ESPINOSA

La noche emergía fría y húmeda. Carla observaba en silencio a través del cristal de la ventana la hermosa luna en cabestrillo. El silencio parecía haberse suspendido en el tiempo, igual que la oscuridad nocturna que irradiaba una extraña bruma que envolvía parcialmente el cielo. Desvió la mirada y durante unos segundos quedó absorta en sus pensamientos. Sintió un escalofrío; suspiró y, [...] a continuación se recostó sobre la almohada. En los últimos días, la soledad y el gélido silencio, estaban siendo insoportables para Carla. Tiempo atrás ni siquiera hubiera sido capaz de pensar en ello, sin embargo, su alma se había resquebrajado; su corazón roto y ahora, más que nunca, estaba convencida de que su momento había llegado. Sus pensamientos la atormentaban de tal forma que era como si una daga rasgase su alma dañada. Perdida entre la madeja de voces que asaltaban su mente, sin darse cuenta mientras meditaba sus argumentos, se quedó dormida.

Al amanecer despertó cansada, como si un tranvía la hubiese atropellado, pero con una extraña y diáfana alegría que no había tenido en los últimos meses. Durante toda la noche había estado lloviendo y el día había amanecido gris y húmedo, sin embargo, a Carla no le importó. Como cada mañana durante el último año, se dispuso a dar su paseo matinal. Desde que su esposo había fallecido, solo hallaba consuelo en aquellos paseos y el pequeño descanso junto a su viejo amigo el roble, pues era lo único que le reconfortaba.

Cogió su mochila y metió en su interior un pequeño frasco, un cuaderno, la pluma que le había regalado Javier años atrás, su chubasquero y su libro “Mujercitas”. A continuación, tras ponerse las botas de agua, salió a caminar.

Andaba despacio, elevando el rostro, para que la humedad del aire acariciase sus mejillas. ¡Añoraba tanto a su amado esposo!

Al llegar a la plaza del pueblo, saludó a un par de vecinos que habían madrugado para comprar su hogaza de pan y que, al igual que ella, se habían

resistido a marcharse de su querido pueblo.

—Buenos días, Juana. Cómo llevamos hoy la artrosis.

—Buenos días, Carla. Esta humedad me está matando. Tengo la rodilla tan hinchada que parece a punto de explotar.

—Poco a poco, Juana, el invierno se está marchando. Cuídese mucho. Hasta la tarde.

—Adiós, adiós.

La observó unos segundos. Juana tenía tres hijos, pero todos habían marchado a la ciudad para trabajar y ahora, se encontraba sola con su marido enfermo. Que injusta que era la vida para algunas personas.

Compró un bollo de pan recién hecho y siguió su camino, sin poder evitar que la tristeza se apoderase de ella al cruzar por la plaza del pueblo antes tan concurrida. Se detuvo unos instantes y, [...] los recuerdos irrumpieron en su mente.

"Sonrió al sentir las voces de la gente, el sonido de las fichas del dominó sobre las mesas de la taberna; el tintineo de la bandeja que llevaba Luis, llena de birras y vasos de vino tinto; las mujeres sentadas en los bancos de la plaza tejían mientras conversaban, y los pequeños jugaban alrededor de la fuente y correteaban por las calles del pueblo. Recordaba con claridad el día que Jorgito, un niño muy travieso, daba un puntapié a su balón de reglamento y rompía de un balonazo el escaparate de la tienda de ultramarinos. Su madre tuvo que pagar el cristal, y, a Jorgito, le castigaron una semana sin balón".

"Sonrió al evocar cuánto le gustaba acompañar a su madre a los abrevaderos a lavar la ropa, tarea que las mujeres del pueblo efectuaban alegres canturreando y contándose los por menores de la cesta de la compra. La mayoría de los hombres del pueblo eran agricultores; labraban la tierra. Su padre no fue menos. Se levantaba cuando aún no despuntaba el día para arar la tierra, y recoger sus frutos"

—Cuántos recuerdos, —pensó Carla.

Siguió caminado hacía la campiña. Poco a poco las nubes se disipaban y empezaba a deslumbrar los primeros rayos de sol.

Miró al cielo feliz, una bandada de pájaros revoloteaba sobre la campiña. Cuando llegó junto a su viejo amigo el roble, la melancolía se apoderó de ella. Observó con tristeza el corazón que años atrás, Javier; su marido, había grabado en el tronco mientras le decía que la amaría hasta el fin de sus días.

¡Cuánta razón tenía! El cruel destino quiso que enfermara de pulmonía que terminó en pleura, y esta a su vez terminó con sus pulmones, falleciendo en tan solo un mes.

Apoyándose sobre su tronco y respirando el aire puro, Carla se sentó a los pies del roble. El sonido lejano del ladrido de un perro le hizo recordar sus años de niñez.

"Su perrita Lulú, a la que adoraba y que a diario le acompañaba a clase, esperándola siempre en la puerta del colegio hasta acabar su jornada escolar. Su amiga Isabel, lo unidas que habían estado hasta que se marchó a la ciudad"

¡Maldito progreso! Tenía toda la culpa del declive de su pueblo. Los jóvenes, poco a poco, fueron marchándose a la ciudad en busca de trabajo. Con el tiempo algunos de sus familiares tuvieron que trasladarse a la ciudad, al hacerse mayores.

Los años pasaron rápidamente y apenas veinte personas quedaban en el pueblo, incluida ella, que se casó con el médico del pueblo. La vida no le permitió tener hijos, y eso era lo que más echaba en falta: las risas de los niños mientras jugaban, el vaivén del ir y venir de la gente por las calles del pueblo. ¡Era injusto! casi todos se habían ido marchando, dejándola sola; hasta sus padres que habían fallecido años atrás.

Y después... Javier... Javier...

¡Te echo tanto de menos! —Murmuró entre dientes.

Sus recuerdos volvieron a esa fuente en la plaza del pueblo, rodeada de mujeres y niños jugando y cantando canciones:

“Al saltar la barca, me dijo el barquero...” “El patio de mi casa, es particular, cuando llueve se moja, como los demás...”.

Recuerdos imborrables que a diario le asediaban en su paseo hasta su viejo amigo el roble. Solo allí, se reconfortaba cuando le hablaba, sabiendo que no le escuchaba, ni podría responderle, pero incapaz de dejar que un solo día de lluvia o viento, impidiese que acudiese a su lado... con el paso del tiempo llegó a convertirse en un ritual: allí se le declaró Javier y seis meses después comenzó su vida junto a él. Y se había convencido de que debía encontrar su reposo eterno precisamente en el único lugar donde todo empezó y donde todo debía terminar, así lo sentía y así debía ser.

¿Por qué todos se fueron? ¿Por qué dejaron el pueblo que les vio nacer?, ¿Por qué? No podía evitar hacerse aquellas preguntas... ¿por qué?

No sabía si la soledad y el vacío de las calles del pueblo, habían ido mermando su alegría y cada día que pasaba su tristeza era mayor y el deseo de acompañar a su marido era más intenso. Si al menos hubiese tenido hijos, o un hermano, o hermana, todo sería distinto y no se sentiría tan sola. Últimamente no podía quitárselo de la cabeza, llevabas días planeándolo; sí... estaba segura, debía terminar sus días allí, junto a su viejo amigo; él que había visto el nacimiento de su amor; él que le escuchaba día tras día...

Abrió su mochila, arrancó del cuaderno una hoja de papel y escribió una pequeña nota de despedida, para sus vecinos. En ella les pedía perdón por su cobardía; por fallarles también dejando el pueblo que tanto amaba, pero les suplicaba su apoyo y que entendieran el vacío y amargura que llevaba en su interior y que no le permitía vivir en paz; y les anunciaba su deseo de que le dieran sepultura junto a su esposo.

Carla dejó la nota junto a su mochila, poniendo sobre ella una

pequeña piedra para evitar que alguna ráfaga de aire se la llevase. Sacó un pequeño frasco de la mochila y sonrió al mirarlo.

—Gracias Javier, hasta en esto me has ayudado—se dijo a sí misma, al recordar, que era uno de los medicamentos que Javier, guardaba bajo llave en su botiquín de emergencias clínicas. Cogió seis pastillas del frasco; en su etiqueta decía: “Morfina” y se las tragó con una sonrisa en el rostro, mientras miraba su viejo amigo el roble.

Acarició el corazón que Javier grabase años atrás. Unas lágrimas corrieron por sus mejillas. —Javier, te amo tanto— pronunció las palabras en un tono de voz tan bajo que más bien parecía un lamento. Apoyó la espalda sobre el tronco, suspiró y cerró los ojos. De pronto, una gran parte de las hojas del viejo roble cayeron sobre Carla, como si un fuerte vendaval sacudiese sus ramas con ímpetu. Pero Carla ya no podía verlo, ni oírlo, ni sentirlo, la oscuridad se había apoderado de ella.

NURIA DE ESPINOSA

España

Blog : <https://escritoranuriadeespinosa.blogspot.com>



EL NUEVO BIBLIOTECARIO

JOSÉ A. GARCÍA

Prácticamente desde el momento cero, desde su llegada, corrieron rumores sobre el nuevo bibliotecario. Aunque después de veinte años seguir diciéndole el nuevo bibliotecario pueda parecer un poco fuera de lugar, en la época en que llegó al pueblo nadie venía hasta aquí, al menos no para quedarse, cosa que él sí terminó haciendo.

Cinco años antes de su nombramiento murió el bibliotecario anterior y el cargo vacante quedó formalmente ocupado por una de las viudas de la cosecha que formaba parte de las Damas de la Beneficencia local. Un grupo de mujeres de avanzada edad, viudas todas por igual, con algo de dinero en el bolsillo y mucho tiempo a su disposición. Esta mujer hizo de la biblioteca su reino personal, uno en el que según cómo le cayera quien solicitara algún libro o algo de lo que allí se guardaba, decidía prestarlo o no. Fue ella quien se encargó de purgar el catálogo de la Biblioteca de toda la literatura que considerara perniciosa para la juventud del pueblo, y llenó luego los estantes vacíos con las ediciones completas de los libros de Corín Tellado, Poldy Bird y la colección Robín Hood. Cualquier cosa diferente que quisiera leerse había que buscarla en la Biblioteca Municipal, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, o comprarlo por correo a alguna librería de la capital y esperar a que el envío no se perdiera en el camino.

El primero de los cambios que se produjo cuando llegó el nuevo bibliotecario, con su nombramiento bajo el brazo, luego de que se escucharan durante horas los gritos de la mujer quejándose por el maltrato que ella, siendo una dama de prestigio en el pueblo, recibía por parte de un arribista que venía a matarse el hambre entre gente trabajadora, fue deshacerse de la mayor parte de los libros adquiridos en los últimos cinco años. La viuda expulsada de su reino fue quien comenzó con los rumores diciendo que había sido maltratada al no ser respondidas ninguna de sus imprecaciones y sugerencias dadas a viva voz mientras el nuevo bibliotecario sostenía la puerta abierta para que la mujer

saliera del lugar. Fue la primera, pero no la única.

¿Quién era el nuevo bibliotecario? Para empezar era nuevo, no era alguien del pueblo, como queda por demás claro, por lo que nadie le conocía —veinte años después seguía siendo más o menos igual—. Físicamente parecía un armario, alto como un jugador de básquet de casi dos metros, de espalda ancha como un boxeador, brazos marcados como los de un levantador de pesas y atravesados por viejas cicatrices que dejaba ver los días de calor y de manga corta, y unas manos enormes en las que cualquier libro parecía algo diminuto y se perdía entre sus dedos. Era además de pocas palabras, precisas, directas, que lo hacían parecer hosco y mal trazado.

Antes de que se cumpliera un año de su nombramiento, sus extrañas costumbres habían llamado la atención más de una vez. Vivía en el pequeño departamento de dos ambientes en la trastienda del edificio de la biblioteca, del que cada mañana, siempre puntual a las seis, sin importar el clima, la época del año o si era día festivo, salía a correr y daba cinco vueltas a la redonda del pueblo. No era una vuelta, no eran dos ni tres, sino cinco, siempre la misma cantidad y en la misma dirección —la contraria a las agujas del reloj—. Las curanderas del empacho, el mal de ojo, la culebrilla y otras cosas similares, decían que el círculo siempre es un símbolo peligroso, que había que cuidarse de ese hombre extraño, de corazón negro y mirada profunda; por eso recomendaban a las mujeres del pueblo llevar siempre una bolsita de alcanfor colgada del cuello, incluso si nunca se acercaban a la Biblioteca.

Antes de que se cumpliera su segundo año en el pueblo consiguió prácticamente todo lo que hasta ese momento le había sido negado a la Biblioteca. Desde la Intendencia enviaron un arquitecto, un maestro mayor de obras, varios obreros y fondos suficientes para reformar el edificio por completo. Cambiaron las chapas carcomidas por la humedad y llenas de goteras por una losa sobre la que se construyó un primer piso destinado a ser un salón para presentaciones y conferencias, se pintaron las paredes, se

cambiaron las aberturas, se colocó una escalinata de mármol en la entrada, y el viejo departamento de dos ambientes del bibliotecario se transformó en una casa de dos plantas con techo de tejas rojas y un extenso jardín privado —el Jardín del Bibliotecario—. Su contacto directo con la Intendencia puso de muy mal humor al delegado del pueblo, quien se creía el único capaz de llevar adelante ese tipo de gestiones, por lo que terminó tomándole tal inquina que se alió con las Damas de la Beneficencia para esparcir junto con ellas rumores sobre el nuevo bibliotecario.

Pero como no había sobre qué hablar se inventaba, se fantaseaba y se montaban calumnias descaradamente. Algún secreto debía de esconder ese hombre solitario y callado, y si no se sabía cuál podría ser ese secreto siempre se podía decir cualquier cosa esperando que alguna de ellas resultara más fuerte que la verdad y acaba imponiéndose como cierta.

El correo llegaba con mayor frecuencia trayendo cajas con nuevos libros, diarios de otras ciudades y revistas de divulgaciones varias. Los profesores de la escuela secundaria, “esos sabiondos que se creen mejores que el resto”, al decir de las Damas de la Beneficencia, estaban verdaderamente felices por los cambios en la Biblioteca. Pasaban por allí para renovar los viejos manuales de la década de 1950 que eran el único material con el que contaba la escuela y comenzaron a enviar a la Biblioteca a sus alumnos a estudiar.

Este detalle también fue utilizado para esparcir rumores sobre el nuevo bibliotecario, a quien al parecer le fascinaba sodomizar a los adolescentes entre las estanterías atestadas de libros con su imponente miembro. Pero eso no era lo peor, lo peor era que a pesar de lo que les sucedía allí dentro, los chicos de la escuela continuaban yendo a la Biblioteca; así que tal vez las cosas fueran un tanto diferente a lo que se decía y era al nuevo bibliotecario a quien le encantaba ser sodomizado por los adolescentes, lo que por otro lado salvaba la honra de los jóvenes del pueblo.

Sobre este rumor importaba poco que el poeta del pueblo, el primer

homosexual abiertamente declarado de la región, dijera que todo era mentira. Desde la llegada del nuevo bibliotecario no le quitaba los ojos imaginándose entre sus fuertes brazos, apretado por esas grandes manos. Por eso se prestó a realizar un curso sobre poesía figurativa no figurativa en el salón de la Biblioteca y pasaba horas enteras buscando temas con los que hablar con el nuevo bibliotecario, siempre con el mismo magro resultado. Llegó incluso a dedicarle su cuarto libro de poemas, *Amor entre libros*, si es cierto lo que se dice de que las siglas en la primera página, M.B.D.G.M., significan “mi bibliotecario de grandes manos”.

Él mismo, el poeta, al igual que cualquier otra persona que se acercara a la biblioteca, había visto al nuevo bibliotecario siempre sentado en su escritorio, anotando y escribiendo cosas y no permitiendo pasar a nadie del otro lado, donde se encontraban las estanterías con los libros; él, el nuevo bibliotecario, era el único que buscaba los títulos solicitados y los acercaba hasta el escritorio para ser usados en la sala de lectura o para que se los llevaran a las casas. Nunca nadie pasaba del otro lado, ni adolescente ni adulto, eso estaba terminantemente prohibido por el reglamento de la Biblioteca cuyo bibliotecario era el primero en cumplir y en hacer cumplir.

Por años continuaron circulando rumores. Que era un onanista descarado; que era sibarita en secreto; que era anarquista; que era ocultista; que era un antiguo guerrillero escondido de las autoridades y la justicia; que lo buscaba una exmujer abandonada; que lo buscaba la justicia por un crimen diferente al del rumor anterior; que tenía pedido de captura internacional; que lo buscaba la mafia —italiana, rusa, coreana, china, japonesa, filipina, al igual que los narcos mexicanos o colombianos—; que había sido excomulgado y por eso no iba a misa los domingos; que había robado reliquias de templos antiguos para venderlas en el mercado negro; que era un enfermo terminal de alguna enfermedad desconocida; que esa enfermedad podía ser contagiosa y por lo tanto podía infectarlos a todos; que estaba mal de la cabeza; que debía

mucha plata a gente a la que no hay que pedirle plata; que le gustaba apostar en la carrera de caballos; que regenteaba un prostíbulo en otro pueblo junto con el comisario; que era un espía de la Intendencia; que hablaba con los animales; que los espíritus se comunicaban con él las noche de luna llena, luna nueva o de tormenta. Una lista interminable, repetitiva y ridícula.

Cuando veinte años después de su aparición en el pueblo, llegó su jubilación, el nuevo bibliotecario se retiró y vine yo a ocupar su lugar. Ahora soy el nuevo bibliotecario, aunque cuando algún vecino viene a la biblioteca todavía resulta un tanto confuso entender a cuál de nosotros dos se refieren cuando hablan del nuevo bibliotecario, pero eso no es ni siquiera lo más extraño. En uno de los cajones del escritorio encontré una carpeta de archivo con más de ciento cincuenta folios escritos con una letra pequeña e imprecisa, no imprecisa como la letra de alguien que no está acostumbrado a escribir, sino imprecisa como la de una mano para la cual no están hechas nuestras plumas ni nuestras lapiceras. En esos folios se detallaba uno a uno cada rumor que circuló en el pueblo sobre el nuevo bibliotecario, identificaba a su posible autor y a quienes lo habían repetido y de cómo los rumores más viejos eran vueltos a utilizar una vez renovados y remozados.

Continuando mi lectura encontré que junto a los rumores que no parecían ser tenidos en cuenta había otros que no se repetían. Eran estos los más interesantes de todos porque resultaban ser los que más se acercaban a la realidad, tal vez por eso, por ser demasiado reales, no se consideraban tan atractivos como para que alguien quisiera repetirlos.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página WEB: www.proyectoazucar.com.ar



UN OMBÚ

JOSÉ LUIS VELARDE

El hombre rasca la costra empedernida en la rodilla derecha. Aparece pus ambarino. Extrae cuanto puede hasta marearse por el efluvio pestilente. Atisba la pampa desierta y encuentra más yermo el corazón vacío de tanto ir y venir sin rumbo.

Camina por una hendidura reseca del terreno para protegerse del viento helado de julio. El sol apenas asoma entre las nubes sempiternas. El horizonte ambiguo y gris no ofrece buenos puntos de referencia. La noche anterior maldijo no saber gran cosa de las estrellas.

La Cruz del Sur siempre fue más una canción de Carlos Barocela que mapa celestial. Le fastidian las piernas y se desploma en la tierra amarillenta. Mira aproximarse una yará de cabeza triangular. El bicho acomete sin que él intente alejarse. Musita a la par de la embestida... *y hay tanta adolescencia apresurada y tanta soledad arrepentida.*

Los colmillos de la víbora no penetran el tacón de la bota elegida y la mira escabullirse entre la arena como si fuera una letra más del nombre extraviado.

Muchas veces se preguntó si acompañaba a su mujer como personaje de una obra destinada al éxito instantáneo. El retrógrado actor que aparece en las telenovelas para sugerir a la esposa fastidiada que un viaje al corazón de la pampa puede armonizar las emociones descompuestas.

Se frota el cabello. Nota los ojos húmedos. Limpia lágrimas que se agotan al mismo tiempo que la luz vespertina; bien sabe que el espanto ya era cotidiano desde dos o tres meses antes de viajar a Santa Rosa.

Recuerda y descubre imágenes del camino silencioso.

La sonrisa tibia de ambos.

Socavones calcificados.

Una polaroid que nadie utilizó para inmortalizar la ruta seguida por la pareja con rostros disminuidos. Las manos resacas rehuyéndose. La distante

cercanía de los asientos contiguos. El desierto manifestándose cada instante a pesar de dos o tres lloviznas atestiguadas sin pronunciar palabras.

En Luján estuvo a punto de subir a un ómnibus que fuera a cualquier parte para abandonarla de una vez por todas. No lo hizo, pero la primera noche en Santa Rosa abordó una bicicleta que lo condujo al oeste. Al aproximarse a la laguna de Don Tomás recrea el catálogo turístico compartido al inicio del viaje. Muy cerca debe encontrarse el bote que abordaron en los planes hendidos antes de retratarse con sonrisas infinitas.

Serpentea para eludir los fantasmas entrevistados. Se distancia de los caminos pavimentados y se dirige al norte.

Mira una embarcación sacudida por el oleaje. Imágenes veladas y la luz de la luna en su cuarto menguante. La cena romántica en el hotel servida sin caballero para una esposa indiferente. La ciudad percibida en la segunda noche como una luz difusa hasta que el hombre solo puede atestiguar luciérnagas. La marcha cada vez más difícil y la indiferencia del regreso. El frío lo entumece como si fuera un maniquí de las vidrieras atestiguadas en Buenos Aires.

La bicicleta lo llevó muy lejos hasta caer de bruces por la rotura del cuadro. Piensa en los kilómetros extraviados por culpa de la rodilla azotada contra las piedras. Sigue la marcha. Raciona el agua de la cantimplora más por instinto que por prevenir la deshidratación.

Sabe que en otro momento pudo volver. Sonríe al descubrirse tan incongruente como el ombú que se levanta muy cerca sin frutos y sin leña.

Quisiera celebrar el descubrimiento con una fotografía.

Una instantánea condenada a emborronarse por el transcurrir de los años.

El frío le dificulta respirar.

Sabe que no puede encontrarse demasiado lejos de alguna ruta, quizá una estancia donde encontrar abrigo y cierra los ojos.

El cansancio, el sueño.

El hombre triste ni siquiera busca refugio bajo el follaje del árbol agitado por el viento hasta producir palabras intensas como silbidos que solo escuchan los fantasmas.

JOSÉ LUIS VELARDE

México

Página WEB: [Literatura Virtual](#)



SE SOBA LISIADO

OSWALDO CASTRO ALFARO

Nací en algún recodo del Amazonas, en un sitio alejado de la civilización pero cercano a la realidad mágica y fosforescente del río. Nuestro caserío escondido, terruño de gente trabajadora, inocente y seguidora de costumbres ancestrales, desapareció una tarde de agosto cuando el afluente que lo alimentaba incrementó su volumen y, sin dar la voz de alarma, se llevó casas, sembríos, animales y tres vecinos.

Recuerdo que dos días antes temblaba sin fiebre. La mirada perdida con la que acostumbraba recorrer el follaje distante, y por la que mi madre sostenía que estaba embrujado desde que nací, reconocía el movimiento extraño de las aguas. La noche anterior a la inundación el cielo había protestado como nunca y llovió sin tregua. Al amanecer cumplí quince años de edad y muy temprano supe que algo raro se avecinaba. Lo advertí y no me hicieron caso porque desde pequeño se acostumbraron a mi temperamento introvertido y pensaron que era una más de mis extravagancias. Se rieron y burlaron.

La tarde de la desgracia tuvimos tiempo de salvar algunas pertenencias y protegernos en lo alto del monte. Para el caserío, que no figuraba en las cartas geográficas y que, a decir de muchos, era un espejismo fantasmal en el derrotero de las embarcaciones, fue la destrucción total. Cuando regresamos solo quedaba el árbol principal de la explanada y los pilotes de las chozas arrancadas. En medio del desastre las piraguas amarradas al muelle artesanal se mecían como hojas en el aguacero. Recuperamos las nuestras y, con lo poco que rescatamos, remontamos el ramal desconocido. Después de varios días llegamos a Requena, donde una tía materna nos socorrió unos meses y finalmente recalamos en Iquitos.

Me forjé en medio del calor sofocante de la ciudad y aprendí el tráfico de frutas, pescados, plantas y raíces milagrosas. El aparente dislate de mi

naturaleza se convirtió en un regalo maravilloso para enderezar personas, calmar angustias y socorrer desvalidos. Mis manos, intuición natural y psicología callejera desarrollaron el don de sobar personas. Lo que fue considerado en el caserío inundado un gesto extravagante de mi personalidad se perfeccionó con el tiempo. La profundidad de mi mirada, en la que veían a los buecos nadando, y los extraños temblores que me castigaban al entrar en trance completaron la etiqueta de sobador de lisiados.

Los años sucesivos me permitieron hacer la maestría autodidacta en este arte y de a poco logré renombre y fortuna. No mencionaré las veces que enfermé al incorporar el sufrimiento ajeno ni contaré con detalles las cuatro veces que estuve a punto de morir por culpa de locos, cancerosos y atropellados. Si no morí en el desborde del río fue porque la vida me dio una segunda oportunidad para hacer el bien y torcer el destino de los sufridos.

2

En cambio, tú, criatura mal hecha, naciste en un barrio acomodado y de gente altanera, sobrada y que mira por encima del hombro. Para colmo de tu desdicha eres producto del amor incestuoso de dos hermanos. Lo lamento, pero contra la naturaleza no se juega y la debacle es el desenlace común.

Tu madre me ha contado que naciste morado, con la mirada pasmada. El paladar deformado que obstruye la garganta y la lengua desviada te impide articular palabras. Caminaste a los cinco años. Caminar es un decir, pues arrastras los pies y te es más cómodo gatear. Tu torso está girado groseramente sobre su eje, lateraliza el cuello hacia la derecha y eleva el mentón. Tus labios están desplazados como si bebieras de costado y los ojos miran hacia el techo, en un rictus de agonía perpetua. La frente abombada y los incisivos prominentes te dan aspecto de rata y te falta chillar para pensar que eres una mezcla abominable de hombre con roedor. La columna vertebral comprimida aplasta las vértebras y produce dolores intensos que te encogen en

posición fetal para pegar las rodillas al pecho y estirar los nervios. Por si fuera poco, tu mano izquierda toca permanentemente el hombro opuesto, tratando de coger la otra que se ha colocado en la axila desde el nacimiento.

Pero no todo es tan malo...

Eres capaz de comer piedras encebolladas para saciar el apetito desaforado que desgasta la economía de tus padres, evacuar el intestino media docena de veces al día y orinar como caballo. De alguna manera estas funciones biológicas, en medio de tu calvario, te mantienen vivo aunque no lo quieras.

3

Esto me lo confesaste, impía, cuando me visitaste en mi gabinete de Belén. No pronuncio tu nombre para no cometer sacrilegio. Revelaste que una amiga, en un viaje de recreo por Nanay, se torció el tobillo al desembarcar de la lancha y el patrón de la misma la llevó hasta mí, Yo, con una sesión de sobadas no solo le ajusté los tendones estirados sino le alineé el cuello, desapareciéndole el adormecimiento de las manos. Quedó maravillada y en un café lo relató. Escuchaste en silencio mi hazaña, madre indigna, y me contactaste. En la primera visita, para ver qué podía hacer por el fenómeno de hijo que trajiste al mundo, te arrodillaste pidiendo perdón y suplicaste clemencia por la atrocidad cometida. No está en mí juzgarte. He visto, conocido y tratado tantos ejemplos de la decadencia humana que uno más no me hace daño. Uno construye su infierno en esta vida y es acá donde la paga. Esta tarde voy a conocer a tu hijo y si crees en Dios, mujer abominable, empieza a rezar para que pueda ayudar al desgraciado que no tuvo la culpa de tu pecado y que por él lo estás matando en vida.

Lo que has descrito del pobre desgraciado, degenerada, es un cuento de hadas. Ante mí tengo el cúmulo de la aberración carnal. No me sorprende más de la cuenta sino que me pongo en el pellejo de esta criatura inocente.

Veo sus ojos elevados al techo y mi corazón se desboca con la angustia inmerecida que le has dado. Lo encaro para interpretar su sufrimiento y nuestras miradas se cruzan. Cierro mis párpados porque no soporto lo que me dice. Gimotea y las lágrimas que derrama son los cuchillos que me atraviesan la carne. Le acaricio los cabellos y una extraña sensación de apuro se apodera de mis dedos y experimento la correntada que recorre mis nervios. Lo suelto y pido que lo desnudes para enfrentar la maldita obra que has engendrado con la lujuria prohibida. Los dejo y me retiro a la habitación contigua para calmar mi desesperación y refrescarme la cara con agua de lluvia y pétalos de rosas. Frente a la imagen del Corazón de Jesús hincó las rodillas y rezo con devoción. Humildemente solicito al Altísimo sabiduría y coraje para lo que haré. Termino de encomendarme y bebo un trago largo y sostenido del brebaje de raíces que reservo para estas ocasiones. El calor en el pecho me anima y unto mis manos con una pomada de mi creación. Escucho tu voz cercana anunciando que el muchachito está listo y salgo para combatir los fantasmas venidos desde lejos.

4

La desnudez de tu hijo, madre descorazonada, es horrible. Estoy impactado por las heridas que adornan sus rodillas y pies. Son las condecoraciones infectadas del esfuerzo hecho para caminar o gatear. Las erupciones que lastiman su piel adquieren relevancia en espalda, hombros y pecho; gritan por esas demarcaciones irritadas y el escozor sangrante se resiste a dejarlo. Mi gabinete se impregna de olores desconocidos. No son solo los efluvios de las heridas sino también el ardor invisible que camina por el piso y paredes. En pocos segundos la maldad y resignación se dan la mano, parándose frente a mí con ojos interrogativos. Colocamos a tu hijo en la camilla. Las lesiones dérmicas son consecuencia de su deformidad corporal y no me detengo a curarlas. Mi objetivo es enderezar ese cuerpo alterado y colocar en su sitio aquello que está fuera de lugar. Te tomo del hombro, madre

irresponsable, y en una esquina de la habitación te advierto que el trabajo es complicado, excepcional, riesgoso y de resultados imprevistos. Sollozas y me autorizas a hacer cualquier acto heroico. Con la venia obtenida regreso y lo unto con pomadas, ungüentos y le derramo oraciones. El muchachito, como manso cordero, se deja llevar por mi arte. Empiezo a sobar el torso. Aflojo los músculos agarrotados para enderezar la columna. Las contracturas ceden lentamente y la fiebre se apodera de mí. Sudo profusamente y el cansancio me obliga a beber agua. Experimento desagradables sensaciones que me provocan náuseas y en mi piel curtida suben y bajan los pensamientos atormentados de la criatura. Se anudan, deshacen y rebelan para no dejarlo. Es una batalla encarnizada entre la mala genética y el infierno lleno de demonios que lo atrapan sin piedad. Retomo la sobadera y consigo que la mano izquierda caiga péndula sobre el abdomen. La derecha, que siempre ha estado en contacto con la axila, desciende pausadamente hasta quedar con el codo flexionado. A punto de desplomarme comprendo que incorporo las fallas de este malnacido. Necesito descansar, reagrupar energías y consolidar la fuerza mental.

5

Tú, madre maravillada y horrorizada, ves que el producto enfermo de tus entrañas adopta forma humana. Te persignas y lloras en silencio. Consigo sentarlo en la camilla. Estoy al límite de mis fuerzas y los temblores que me sacuden integran las anomalías de ese cuerpo imperfecto. Se me nubla la visión y falta poco para terminar la primera sesión. No sé cuántas más requerirá para salvarlo del oprobio y humillación. Al enderezar la columna vertebral escucho el chasquido de los huesos anquilosados, soltando los conductos nerviosos adormecidos por falta de movimiento. Las piernas se estiran y están en condiciones de adoptar la posición erguida. El muchachito sigue con la mirada clavada en el techo. El cuello se resiste a ceder ante el milagro de mis manos y tú, madre entusiasmada, pides que lo enderece. Estoy agotado, desfalleciendo.

A punto de desmayarme escucho tus ruegos. Sacudo la cabeza para estremecerme y tomar un segundo aire y, en contra de mis principios, obedezco tus súplicas.

Antes de la maniobra final miro los ojos del muchachito y comprendo que está harto de esto. Sabe, lo interpreto en su silencio, que es una curación transitoria, que mañana volverá a ser el fenómeno de siempre. Abrumado por tu petición, madre miserable, giro y sonrío cínicamente. Sé que puedo arreglar el futuro y que no hay vuelta atrás. Me abrazas y siento la taquicardia de tu corazón, madre esperanzada. Tu espíritu está desbordado de alegría. Regreso donde el muchachito, lloro con él y acepto la revelación de su mirada. No soy juez para decidir la vida de nadie, pero el sufrimiento desborda mi juicio. El monstruo escondido que reptaba en mí, esa abyecta criatura que trastoca mis valores, el mismo que una madrugada usó mis manos sanadoras para intentar ahorcarme porque le quité al más allá el cuerpo de Remigio, emerge. Me observa con ojos desafiantes y no rehúyo su presencia. Intentaré dejarlo en lo profundo de mi infierno, como ente agazapado, invisible en esta habitación.

Sé lo que debo hacer, madre maldita. ¿Quieres que tu descalabro baje la mirada? Nuestros destinos están superpuestos y maldigo tus ilusiones. Decido lo indeseado. Mis manos, guiadas por la maldición que surge desde mi deseo subterráneo, atrapan el cuello alterado de tu hijo sufrido y en la vuelta que daré para alinear su eje cervical, desconoceré mi fuerza y apagaré la vida miserable que le faltaba vivir.

OSWALDO CASTRO ALFARO
Perú

Facebook: [OswaldoCastro](https://www.facebook.com/OswaldoCastro)



EL TIMBRE DE ELVIRA

ROLANDO JOSÉ
DI LORENZO

Carlos y Guille, viejos amigos envueltos en recuerdos, charlaban en la vereda de la casa de Carlos

—¿Entonces sabes dónde vive? — preguntó Guille con expresión de intriga.

—Sí, sucede que mi sobrinita va al jardín con la nieta de esta mujer, todo fue una casualidad, pero cuando las cosas se tienen que dar...se dan

—¡Nieta de ella, me decís! —Guille, con cara de asombro miró a su amigo

—Si Guille, nieta, lo que pasa es que para vos no pasó el tiempo, no te casaste, no tuviste hijos... —Resaltaba Carlos y siguió— Y no queda lejos la casa, un poco apartada del centro, veni, vamos en mi auto, llegamos enseguida.

—¿Te parece? ¿No será fulero encontrarnos? —La expresión de Guille era casi de miedo

—Mirá, tranquilizate, yo me encargo, toco el timbre y cuando salga vemos lo que hacemos, vos quedate a mi lado, yo lo manejo —Con autoridad, Carlos lo llevó del brazo hasta el auto y prácticamente lo metió adentro. Guille iba callado, pensando, recordando y de repente lo miró a su amigo

—¿Y qué explicación le vas a dar cuando salga?

—Guille, ¿ves esta bolsita? mi sobrina la trajo confundida del de infantes y ahora se la vamos a devolver... Lo que te dije hoy, cuando las cosas se dan...se dan —respondió con una gran sonrisa.

Al fondo de la avenida principal, bastante lejos del centro, doblaron a la izquierda y allí comenzaba el barrio, muy lindo, de casitas todas iguales, con un pequeño jardín al frente y calles asfaltadas, pasaron la plaza, que tenía dos o tres árboles y tomaron la calle 125. Casi en una esquina, Carlos estacionó sonriente.

—Aquí es —Se bajó con total determinación y toco timbre, Guille entonces se puso casi detrás de su amigo. No salía nadie y Carlos siguió insistiendo con el timbre, hasta que se abrió la puerta y apareció una señora

mayor, apoyada en un bastón, el cabello no estaba teñido y mostraba una cabeza blanca con el pelo muy corto. Levantó la vista y detrás de los anteojos Guille los vio, eran aquellos ojos, los que tenía en su memoria...los que veía siempre en sus recuerdos. Pero no se movió, rápidamente sacó su celular y fingió que recibía una llamada o un mensaje, Entonces Carlos se dio cuenta de la situación, improvisó una historia y le dijo a la mujer:

—Discúlpeme señora, pero me parece que me equivoque, ¿aquí no vive Jorge Fernández?

—No señor y por lo que conozco no creo que sean en esta cuadra — La mujer hizo una hermosa sonrisa y miró a los dos, Guille se dio cuenta y siguió mirando su celular, ambos se dieron vuelta y subieron al auto, marchándose rápidamente del lugar.

—Decime Guille, ¿era o no era Elvira? Porque te quedaste como si hubieras visto un fantasma

—Es... es que solo quedaron sus ojos —respondió con la vista sumergida en el pasado. Cuando el auto desapareció en la esquina, la hija de Elvira salió a la puerta para ver quién había llegado, Elvira la miró y tiernamente le dijo:

—¿Podes creer?, era Guille...

—¿Guille...aquel Guille? —Preguntó asombrada su hija

—Sí... pero solo le quedaron los ojos.

ROLANDO JOSÉ DI LORENZO

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/rolandojose.dilorenzo>



JOHNNY FIFTY... ! ANTIBALAS!

BRENT SHERWOOD (*)

Burks alzó la vista, considerando la probable estatura del hombre parado ante su escritorio. Metro noventa y cinco, por lo menos. Y prefirió no entrar a estimar el peso de aquella carcasa humana.

—No esperaba este honor, comisario. Creí que bastaría con el cabo de guardia.

La voz, que partía de un rostro de mandíbula cuadrada y boca inexpresiva, aunque, advirtió la aguda mirada de Burks, algo curvada hacia abajo en las comisuras, sonaba baja y controlada, si bien el comisario sentía que, ante el influjo de la ira, o tal vez la emoción, podría elevarse a tonos insospechados, a juzgar por aquel amplio tórax.

—Por el momento —repuso—, me reservaré lo de “el honor es todo mío”... No lo comprendo —. Meneó ligeramente la cabeza—. ¿Cinco tipos..., en esas condiciones..., y usted solo...? ¿Cuál fue el motivo de la bronca, dígame?

—Ninguna bronca. Arresto ciudadano.

—¡Bueno, bueno! Tenemos aquí a un colaborador de la ley y el orden. Me siento reconfortado. Pero, dígame, señor... Johnny Fifty, ¿cuáles son los cargos?

—Los pesqué pintarrajeando una pared. Daños a la propiedad privada.

La palma del comisario Burke restalló contra la superficie del escritorio, con riesgo de volcar el tintero y haciendo vacilar al pequeño calendario de mesa, que marcaba el quinto día de noviembre del Año de Gracia de 1954.

—*¡Pintarrajeando una pared!* ¿Y por eso me los manda a todos al hospital?

—Podría cundir la práctica entre esta gente. ¿Y cómo quedaría nuestra bella ciudad? No, comisario, no se puede tolerar. Se resistieron al arresto, y...

—encogió unos hombros que le habría envidiado un delantero del “New York Giants”.

La entrada de un agente interrumpió la réplica de Burks.

—Las fichas, señor comisario.

Su superior se engolfó por un instante en la lectura de los folios que recibiera. Al llegar al tercero levantó la mirada, una mirada ceñuda, hacia el rostro del detenido.

—No sé si estará, enterado, Johnny, pero acaba de meterse en un soberbio lío. ¡Uno de ellos era nada menos que Marty Benvenuto! ¿No le suena ese apellido, Johnny?

—Ajá. Oí hablar del tío. No muy bien, por cierto.

El comisario estaba cada vez más desorientado. ¿Quién era este individuo, que parecía estar al tanto de la identidad de uno de los mayores “capi mafiosi” de Nueva York..., y no daba muestras de impresionarse ante su mención? Para colmo, aquella talla..., aquella imponente estructura muscular, que su grueso saco de tweed no lograba disimular..., aquellas tremendas manos... Un lejano recuerdo se agitó en el fondo de su mente. Iwo Jima..., su pelotón. ¿No tuvo él a su mando un soldado que se convirtió en el campeón de boxeo del regimiento? Hubo una vez en que aquel joven coloso derrotó sucesivamente a tres grandotes..., en tres rounds consecutivos de medio minuto cada uno. ¡Difícil de olvidar! Pero aquel era moreno, y este de ahora lucía una cabellera más blanca que la de Alan Ladd, aunque sus ojos eran de un pardo intenso, casi negro. Y los años transcurridos podrían engañarlo, claro. Pero, aun así..., el aspecto general...

—¿Sabe algo? —dijo—. Hace un tiempo, en Iwo Jima, conocí a alguien que se le parecía bastante, Johnny. Pero aquel era italiano, o por lo menos descendiente. Sin embargo...

—De italiano no tengo un pelo —repuso el gigante—. *Brutta gente!*... Perdón, comisario. Si su curiosidad está satisfecha, ¿podría retirarme?

—¿Y si alguna de sus víctimas estira la pata, qué?

—Resistieron el arresto. La ley me apoya.

Burks no supo bien cómo, pero minutos después se encontraba solo en el despacho. Una mosca orbitó en torno a su cráneo y terminó por posarse justo en la pequeña zona desprovista de cabello que era la humillación perpetua del comisario.

Pegó una fuerte palmada en el sector violado, sin otro resultado que el vuelo burlón del irreverente insecto.

“Lo peor de todo”, se dijo, metiéndose una pastilla analgésica en la boca y apurando un trago de agua, “es que este maldito Johnny me acaba de obsequiar un nuevo dolor de cabeza. ¿Qué demonios me oculta? ¿Quién es en realidad? ¿Qué se propone?

Johnny Fifty, en camino al cuarto de hotel que ocupaba en aquel barrio de Brooklyn, pasó frente al quiosco de periódicos, atiborrado, como siempre, de *comic books* y revistas “pulp” varias. Sonrió al ver al infaltable Timmy Kolinski, de diez años y medio, enfrascado en la lectura de la revista que el dueño del puesto le prestaba cotidianamente.

—¡“Cuentos de Brujas”! —tocó la cabeza del rapaz, diminuta bajo su palma—. ¿Tu mamá sabe que lees eso?

—¡No, Johnny! ¡Y por favor, no se lo vayas a decir! ¡Porque me daría un sopapo!

—¿Y no tendría razón? ¿Por qué lees esas historietas truculentas, Timmy? ¿Qué encuentras en ellas?

El chico enarboló la revista como si fuese un estandarte, y alzó la voz en su defensa.

—¡Son estupendas! ¡Emocionantes! ¡Me dan escalofríos, Johnny! Y hay unos dibujantes que son unos genios..., como Powell, o Joe Certa, o...

Johnny le dio unas palmaditas en la nuca.

—Está bien, diviértete si es tu gusto—. Alzó un dedo—. Pero no

olvides lo que te digo siempre: pórtate bien en todo, no te juntes con mala gente, no disgustes a tus padres. No te denunciaré si solo lees revistas. ¡Pero nunca imites a los malos que salen ahí!

El quiosquero, un italiano rollizo llamado Battista Martinelli, bajo y moreno, le sonrió con afecto y simpatía detrás de los oscuros *baffi d'italiano*.

—Usted es bueno con los *bambini*, Johnny. Me gusta eso. Tengo siete, ¿lo sabía?

—¿Cómo no, si me lo cuentas todos los días, Battista? Carlo, Mina, Luigi, Ugo, Renzo, Riccardo... y la “piccola” Antonella. ¿O no fui padrino de bautismo de ella?

El italiano se puso serio y envolvió a su enorme y rubio interlocutor en una mirada reverente.

—Lo... quiero mucho a usted, Johnny. Y le agradezco su amistad, ya sabe, porque, según todo el mundo dice..., usted odia a los italianos y todo lo que a nosotros se refiere, *e non ostante, con me..., lei è amico, amico*.

El otro le puso las manos en los hombros, teniendo la precaución de no hacer trastabillar al hombrecito.

—Hay italianos buenos... y malos.

Y eso fue todo.

La gorda faz de Onorio Benvenuto, el “Capo”, se convulsionó hasta sus papadas por efectos de la cólera que lo invadía.

—¿Mi sobrino en la cárcel? ¿Con la quijada rota y una costilla hundida? ¡Tráiganme al que lo hizo! ¡Y lo quiero vivo! ¿Me han entendido, *mascalzoni*? Pero ese estúpido muchacho..., ¡metiéndose otra vez en problemas! ¡*Dio mio*, qué vida complicada esta! ¡No se puede estar *in pace* ni un solo día, *porca miseria*!

Reinó un silencio aterrado en su derredor. Cuando el jefe insertaba esas expresiones de su lengua materna..., era para preocuparse. En cualquier momento les podría mostrar su desaprobación en forma de plomo caliente.

—No..., no se preocupe, jefe. ¡Se lo traemos enseguida, descuide! —
musitó Lefty Sebrinsky, su segundo, el más osado de la pandilla.

Y salieron de caza. Bien pertrechados, como correspondía.

Los ojos del “capo” se entornaron amenazadoramente entre los hinchados párpados, al enfrentar al hombre que estaba ante él. No parecía inquieto, y tampoco se advertían señales en las anatomías de los que lo trajeran, denotando alguna renuencia de parte suya para acompañarlos al sanctasanctórum del jefe. Por lo visto, había venido de buen grado. Eso no hacía sino agravar la ofensa, se dijo Benvenuto, irritándose más y más por momentos, pero disimulándolo lo mejor posible. No quería alarmarlo; todavía no.

—¿Qué es lo que quiere, Benvenuto?

No había animosidad en la pregunta, y eso sorprendió al “capo”

—Se metió con mi sobrino, Johnny. No me gustó nada.

—Violaba la ley. Como buen tío —y las comisuras de la ancha boca de Johnny subieron un poco—, debería agradecerme que lo ayude a encaminar al chico por la senda del bien. Porque me imagino que lo querrá hecho un perfecto ciudadano, ¿no es así?

Benvenuto estuvo a punto de dar una de sus letales órdenes a su gente, pero algo lo detuvo. Estaba intrigado, no había necesidad de negarlo. Este fulano tenía... algo especial. Merecía la pena descubrirlo. ¡Quién sabe! Algo había oído decir en el ambiente sobre el tal Johnny Fifty, aunque él no había tenido oportunidad de tenerlo enfrente hasta ese momento... El hecho era que no se sabía bien de qué lado estaba. Vivía entre gente de la peor calaña, en un barrio poco recomendable; pero no se le había probado ningún delito, ni los soplones tenían nada que contar de él. Era un hombre más bien... misterioso. Tal vez..., hasta lo pudiera reclutar en sus filas. Todo era posible, pensó.

Apuntó hacia Johnny con el puro que estaba fumando, cuyo humo

veló por un instante el fulgor de los anillos que decoraban sus gruesos dedos.

—Te podría mostrar mi... gratitud de varias maneras —dijo—. Tal vez tú y yo podamos llegar a un entendimiento, y olvidaré lo ocurrido con ese atolondrado *brigante* de mi sobrino. ¿Qué opinas de eso?

Johnny se acomodó en la silla que había frente al escritorio, ante el mudo estupor de los esbirros, helados por aquella osadía. Que, para colmo, pareció no provocar reacción alguna de parte del “capo”. Evidentemente, aquel Johnny era un caso aparte.

—Usted y yo jamás nos diremos ni “buenos días” —soltó, fríamente.

Se levantó y salió, sin que nadie levantase un dedo para detenerlo.

En la intimidad de su pieza, tendido sobre la cama y mirando al techo poblado de desportilladuras, Johnny meditaba.

—¿Por qué demonios ese maldito Burks tuvo que recordarme Iwo Jima? ¡Qué distinta era la vida entonces! Yo era razonablemente feliz, aun metido en aquella guerra, porque pensaba que alguien tenía que frenar a los “Japos”. Era una buena causa. Y mis compañeros eran buenos muchachos, también. Cuando no estábamos matando, nos divertíamos bastante. Aquellos “matches” de boxeo... Todo amigable, sin rencores.

Hasta que los soldados comenzaron a morir. Y no por obra del enemigo, sino de los medicamentos adulterados que les habían enviado. Demoró un poco en enterarse, pero al final lo supo, por conducto de aquel mismo Burks, entonces su teniente.

—¡Condenados “mafiosi”! ¡Arderán en el infierno! ¡Sobre todo la familia Cinquanta, los peores! ¡Traficar con la vida de estos chicos! ¡Como si no bastara con las balas del bando contrario! ¡No se puede concebir un acto tan criminal! ¿Qué tienen en la cabeza esos italianos del infierno? ¿No los acogimos en nuestra tierra, cuando escaparon de la primera guerra y de la hambruna? ¿No les dimos asilo? ¡Y así nos pagan!

Burks no solía soltar parrafadas tan largas; era más bien lacónico.

¡Pero estaba furioso! Y no era para menos... Al principio, Gianni no podía creerlo... Debía haber un error... ¡Su propia *famiglia*, su mismo *babbo*! ¡Criminales y asesinos! De ahí provenía entonces esa fortuna, la misma que le había permitido vivir una infancia y una adolescencia regaladas, con todos sus caprichos contemplados. Ahora entendía por qué su padre había insistido que se enrolara en el ejército con nombre supuesto, esgrimiendo algunas ambiguas razones para ello. ¡Ahora lo *sabía*! Y la “mamma”..., que había desaparecido de golpe, cuando él no había cumplido seis años, sin que le dieran más que explicaciones vagas... Todo eso cambió su vida para siempre.

Benvenuto ya estaba provocado, justo como él había querido. Era cuestión de tiempo para que enviase a sus cohortes para borrarlo del mapa. Entonces tendría algo para acusarlo ante la ley. Pero antes debía conversar con el “Chueco” Labruna.

El esmirriado hombrecito de cara de rata caminaba con su desgarrado andar habitual y su aire furtivo, de vuelta al miserable alojamiento que albergaba sus días y sus noches, cuando no estaba rindiendo sus servicios al “capo” Benvenuto.

De pronto, una mano tan grande como la pala de un remo se posó en su hombro, deteniéndolo. Se estremeció ante la sola idea de lo que podía hacer en su cuerpo aquella zarpa, si añadiese alguna violencia a su presión.

—Hola, “Chueco”.

Conocía esa voz, baja y profunda, medida y calma. Sabía a quién pertenecía, y no ignoraba que lo mejor era acatar cuanto le dictase.

—Tenemos un trato, ¿verdad? ¿Cumpliste con tu parte?

Temblando como si lo sacudiera un vendaval, intentó excusarse.

—¡P-pero Johnny! ¡Lo que usted me pide que haga sería mi muerte segura! ¡No puedo..., no me obligue, por favor! ¡Cualquier otra cosa, sí, pero esto...!

La mano se cerró un poco más sobre su hombro, arrancándole un

débil gemido. La otra, la derecha, más terrible aún, le puso frente a los ojos una lata de cerveza. Y el metal de aquel envase se dobló y se aplastó, en silenciosa claudicación... ¡entre un índice y un pulgar!

El “Chueco” Labruna sintió que las rodillas se le licuaban ante el pensamiento de los estragos que aquella mano le causaría a su cuello de gallina.

—Está bien, Johnny. Lo que usted diga.

La ira vengativa del “capo” Benvenuto estaba bien madura. Tenía un sobrino que se había vuelto un inútil total, a más de un orgullo pisoteado. ¡Nadie le hacía eso a él y vivía para contarlo! Tal era su odio, que por una vez fue él mismo a la cabeza de su hueste a cobrarse aquella deuda. Diez burdeles fuera de servicio, veinte garitos deshabilitados..., y ahora sabía que el tal Johnny había estado detrás de ese desastre.

¡No podía dejarlo vivo!

Y al fin se produjo el encuentro. Parecía que tendría un final lógico.

—¡Ni un paso más, Johnny Fifty! —farfulló, empuñando su automática plateada.

El hombre se detuvo en medio del callejón oscuro. Pero no dio señales de temor.

—¿Qué quiere ahora, Benvenuto?

—¡Mandarte al infierno, *maledetto*!

Y tronó su pistola, presidiendo al coro mortífero de las “Gatlings” de sus secuaces.

¡Pero Johnny siguió avanzando!

—*¡No puede ser! ¡Las balas no le hacen nada!*

Aquello los paralizó. Y en pocos minutos estuvieron los seis malhechores tendidos en tierra, y el gordo “capo” aterrado, sostenido en el aire por la presa poderosa de la diestra de Johnny Fifty.

—Ataque a mansalva con armas mortales. *Flagrant delit*, Benvenuto.

De nuevo a solas en su pieza, ahora en un hotel distinto, porque nunca permanecía muchos días en un mismo alojamiento, Johnny Fifty dio un suspiro de satisfacción por una obra bien realizada, al tiempo que hacía gemir la cama bajo su peso.

—Otro italiano malo fuera de circulación. Todavía quedan unos cuantos..., pero ya les llegará el turno.

Y pasó sus dedos entre sus teñidos cabellos, que marcaban, igual que sus pestañas y hasta el vello de los brazos, su repudio por su antigua persona de Gianni Cinquanta, hijo y nieto de mafiosos, que renegó de su raza cuando descubrió lo que era su “famiglia”.

No obstante, como le había dicho a su amigo Battista, el quiosquero, también había italianos buenos. Estiró un brazo y echó a andar un viejo tocadiscos que guardaba desde su adolescencia, único vestigio de su vida anterior del que no quiso desprenderse.

Giró el disco, regalo de un cantante argentino al que una vez salvara de una rapiña en un callejón de Brooklyn, y comenzaron a sonar los compases del tango “Canzoneta” (*):

*Quand' ascolto "O sole mio,
senza mamma e senz' amore",
sento un freddo qui n'el cuore
che mi piena d' ansietà...
Será el alma de mi mamma,
que dejé cuando era un niño...
¡Llora, llora, "O sole mio"!
¡Yo también quiero llorar!...*

Gianni no había vuelto a llorar desde que se convirtiera en Johnny. Y por supuesto, se dijo, no lloraría por haber terminado con tanto “italiano malo”, como este Benvenuto, monarca del vicio. Y pudo hacerlo por haber “convencido” a su manera al “Chueco” Labruna, encargado de proveer las

municiones a la banda del “capo”..., municiones que, por aquella vez, eran completamente inocuas, según sus instrucciones.

El comisario Burks estaba perplejo. ¿Nunca terminaría por desentrañar el enigma del tal Johnny?

¡Ahora resulta que, además de ser un gigantón, temible por sus puños, era inmune a las balas..., como Superman! Al menos, eso le habían asegurado los impactados nuevos huéspedes del presidio. ¡*Invulnerable!* ¿Nunca develaría sus misterios?

Aunque, eso sí, algo le decía que aún iba a oír hablar de Johnny Fifty.

Y sus caminos volverían a cruzarse.

Tragó un analgésico y se rascó la infamante zona desnuda de su cráneo.

BRENT SHERWOOD
Uruguay

Ilustración: **NORMAN SAUNDERS** (Modificada)

(*) Canzoneta (sic): [Tango de Erma Suárez y Enrique Lary. En la voz de Héctor Mauré](#)

(**)Brent Sherwood” es un seudónimo del autor, Carlos María Federici



CORTOS
ONÍRICOS
LUCIANO ANDRÉS
VALENCIA

La Responsabilidad de los sueños

“Queréis ser responsables de todo, excepto de vuestros sueños! ¡Qué lamentable debilidad, qué falta de valor lógico! ¡Nada os es más propio que vuestros sueños!”
Friedrich Nietzsche, *Aurora*, Libro Segundo, 128.

Todas las noches soñaba que cometía terribles delitos. En sus sueños era el asesino más cruel e implacable: disparó en reiteradas oportunidades a un hombre en la puerta de su casa, cortó el cuello de mujeres en una plaza, mató de un hachazo en la cabeza decenas de veces, torturó, mutiló, cometió canibalismo... Esos sueños lo atormentaban, sentía que merecía un castigo por tanta violencia contenida en su inconsciente. Por eso, la mañana que despertó tras soñar una masacre y encontró a la policía en la puerta de su casa, nuestro atormentado personaje se entregó sin resistencia. Ahora podía volver a dormir tranquilo.

Traslocación

(1)

Hace unas noches tuve un sueño de lo más extraño. Me encontraba en una especie de reunión social en lo que parecía ser la Biblioteca Popular a la que iba a buscar libros viejos, de esos que ya no se consiguen en las librerías, cuando estudiaba Literatura en la Universidad. En el salón las sillas se ubicaban formando un círculo. Yo me hallaba sentado sobre la pared del fondo, teniendo de frente la entrada principal. De repente alguien ingresó al salón: era la jefa de Recursos Humanos de un empleo del que me había ido sin una buena relación. Ella comenzó a saludar a cada uno de los presentes. No sé si me habrá visto, pero yo deseaba salirme antes de que llegara a mí. Comencé a observar a mí alrededor, pero no había puerta trasera por la que escapar.

Solo podía salir por la puerta principal, pero tendría que pasar junto a ella y sería un momento incómodo. Ya estaba a pocas sillas de mi lugar cuando lo recordé: esto es un sueño, solo debo despertar. Cuando abrí los ojos estaba en mi habitación. El corazón me latía fuerte, pero comencé a relajarme al notar que todo había terminado.

(2)

—*Martina, ¿no viste a donde se fue Roberto?*

—*No, estaba sentado a mi lado pero de repente desapareció.*

—*Yo quería saludarlo, no volví a verlo desde que renunció a la empresa. Vi que se encontraba sentado al fondo, pero cuando me acerqué ya no estaba. Me sorprendió no verlo pasar cuando se retiraba. Como si se hubiera esfumado.*

—*Capaz que estaba apurado o tenía algo que hacer.*

—*A lo mejor, le preguntaremos cuando regrese.*

LUCIANO ANDRÉS VALENCIA

Argentina

Página WEB: <https://elrefugiadodelaspalabras.blogspot.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/luciano.andres.valencia/>



LA SUEÑERA

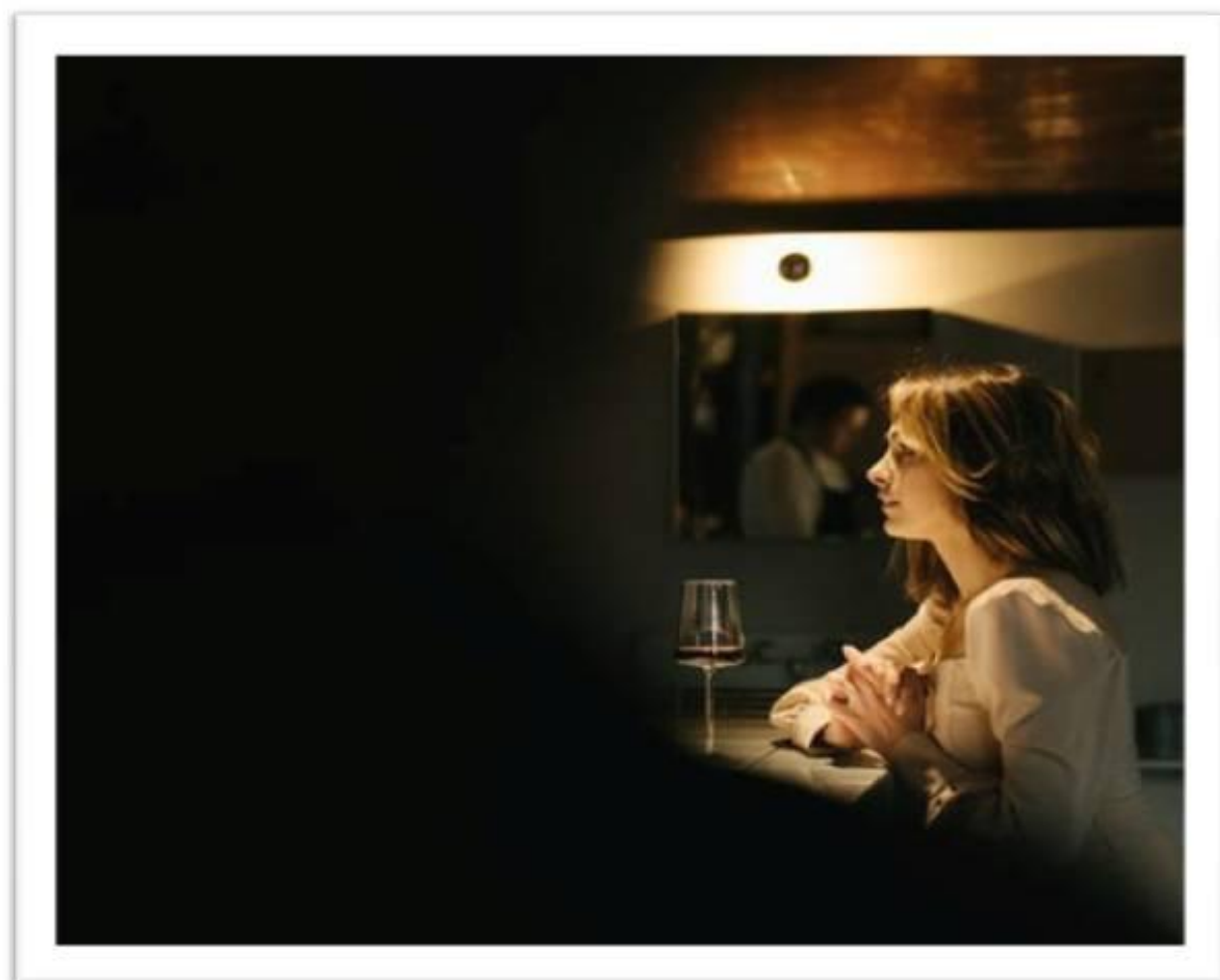
RICARDO BUGARÍN

“Amar es un sueño eterno”
(De una carta de Luisa Pía a Francisco/s.XVII)

Siempre tuvo deseos de mar, de arena, de acantilado, de proa bogando hacia el ensueño. Siempre añoró ser poseedora de un camino propio más allá de los designios del pescador que era su hombre. Amó siempre a ese hombre, modesto y simple, y lo cuidó como se cuidan los recuerdos más preciados pero, un hambre de libertad le inundaba las venas. Ansias de libertad y poesía. Recordaba aquel decir lejano que, desde una costa ajena, le había acercado la voz preciada que pedía: *«Ovillate a mi lado como si tuvieras miedo»*, la que prometía ir *«...marcando con cruces de fuego el atlas blanco de tu cuerpo»* y así, en esa pleamar que solamente el corazón conoce, solía dormirse a altas horas en espera de ese deseo que habría de corporizarse. Dicen los que saben (o los que inventan) que una noche llegó el esperado viajero. Hubo un eclipsar de estrellas en el firmamento azulado y, al otro día, solamente hallaron cenizas y un entramado de huellas de tentáculos en el piso de la morada. Dicen, también, que del modesto pescador jamás se tuvo noticias. Dicen los que saben (o los que inventan) que de allí nació la poesía.

RICARDO BUGARÍN
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100056328734189>



AMIGOS

PATRICIA LINN

Mario y Federico eran amigos desde la niñez. Aun estudiando carreras diferentes y ambos con novias, dos motivos para estar mucho tiempo ocupados, se continuaron viendo regularmente hasta que ocurrió lo que ocurrió.

Federico acababa de perder el examen de Botánica Avanzada, lo que implicaba que el año siguiente no iba a poder inscribirse para todas las asignaturas, la graduación se postergaría un año más. Su novia, María Julia, estaba esperando que se recibiera y comenzara a trabajar para casarse. “Se va a molestar”, pensó Federico, “¿Cómo se lo digo?”

Malhumorado y decepcionado de sí mismo, el estudiante ideal, el joven que todo lo podía, decidió ir a tomar una copa a Los Mariachis. Le gustaba el lugar, el clima era alegre y acogedor, había una zona de mesas, una barra y una pista de baile pequeña que solo en algunas ocasiones se llenaba. Cuando entró miró entre las mesas por si había algún amigo que no encontró, entonces decidió ubicarse en la barra. Ya había clientes acomodados allí, dos eran mujeres que parecían estar solas. “Es lo que necesito”, se dijo, “que una mujer estimule mi autoestima”.

Las observó. La cantina no estaba bien iluminada, pero veía lo suficiente. Una estaba de perfil, la otra de espaldas a él. Se tomó tiempo, pero estaba decidido a abordar a alguna de ellas e ir hasta donde hubiera camino. La de perfil era linda tenía el pelo agarrado en una cola de forma que se veía su cuello, delgado y desnudo. La otra tenía lindas piernas, vestía una pollera corta y calzaba unas botas cortas también. Las piernas se destacaban en su campo visual, pero por más lindas que fueran tenía que ver su cara, quería ver si mostraba apertura, si había algún signo que indicara que lo aceptaría si él se acercaba.

De una mesa de cuatro muchachos se levantó uno que se acercó a la barra y pidió una segunda rueda de cervezas para su mesa y a la vez encaró a la

joven con cola de caballo. Hablaron un poco y parece que la invitó a ir con él. Ella lo siguió y los otros muchachos la recibieron contentos, todos le hablaban al mismo tiempo. “Bueno me queda la de espaldas, debo decidirme”, se dijo Federico.

Antes de que los pensamientos tristes le invadieran, se decidió, se levantó y acercó a la joven de lindas piernas, le tocó el hombro y cuando ella se dio vuelta y él vio su cara, se asombró. “Ufa, qué mala suerte”, pensó. Era Irene, la novia de Mario.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? —le dijo Irene.

—Vine a consolarme con unos tragos, no me fue muy bien en un examen ¿y tú? —preguntó Federico, cambiando rápidamente su modo de conquistador al de amigo.

—Yo espero a una amiga, también vine a consolarme, estoy amargada, quiero cambiar de carrera, enfermería me cansó.

—¿Sí? ¿Por qué?

Irene empezó a contarle y hablaron un rato. La conversación y las copas le hicieron bien a Federico. Se olvidó de su pena y cuando pensó en el examen se dio cuenta que no era tan grave, solo un inconveniente, y que si había que cambiar de planes se haría.

La amiga de Irene no apareció. Federico quería irse, pero no sabía si esperar para no dejar a Irene sola, se sentía protector como si fuera su hermano. En realidad, ella había ido sola, no estaba mal dejarla y, además, quizás ella quería que le pasara lo que a la otra, que alguno de los presentes la requiriera en su mesa, o quizás esperaba a un amigo o más que amigo.

Finalmente se fue solo, y en el camino empezó a pensar qué haría cuándo viera a su amigo Mario. ¿Le contaría que se topó con Irene en un boliche? Decidió que no y que debía “olvidar” lo que hablaron para no deschavarse.

Ya en su casa, cansado y con sueño se metió en la cama. Tardó en

dormirse. Seguía pensando en su deseo de transgredir la regla, de serle infiel a María Julia, nunca le había pasado. También pensaba en Irene. Que ella estuviera sentada en la barra del bar la sexualizaba, y aunque había apagado su deseo de conquista en cuanto la reconoció, y hablaron como verdaderos amigos, él recordaba que le dirigió una mirada impúdica a sus piernas. Algo que estaba prohibido con ella. Tenía que pensar que se trataba de dos mujeres, una la sentada en el banco de la barra, mostrando sus hermosas piernas y otra la novia de Mario, de lo contrario cambiaría la relación que tenían.

El otro día, en cuanto se despertó, Federico llamó a su novia.

—¿Cómo te fue ayer? —le preguntó María Julia.

—Bien —dijo Federico, pero enseguida se dio cuenta que le había errado, ella preguntaba por su examen— en realidad no —agregó—, ya te contaré.

Acordaron almorzar juntos en El Fortuna, un bar que estaba a una cuadra de la facultad.

En la mañana, María Julia fue al shopping y allí se encontró con Judith, la amiga de Irene. Judith le contó que Irene había estado deprimida, mal, pero que ahora parecía que se sentía mejor, que se había encontrado con un amigo del novio y habían charlado largamente, lo que la había calmado.

‘Amigo del novio’ escuchó María Julia, su Fede era amigo del novio, pero por supuesto que Mario tendría más amigos así que apagó la alarma enseguida.

—¿Qué le pasa a Irene? ¿de qué se siente mejor? —preguntó María Julia.

—¿No te acordás que nos contó que se llevaba mal con la profesora de práctica hospitalaria?

—Sí, me acuerdo.

—Bueno parece que tuvieron un desencuentro serio, la profe le marcó una cantidad de errores sin lástima. Eso le hizo pensar en desistir, entre el

dolor de la crítica y pensar que quizás la profe tiene razón, se desanimó.

—¿Y el amigo de Mario qué hizo? ¿La consoló? ¿Le hizo mimos?

—No, no sé, solo me dijo que se sentía mejor. Yo pensaba encontrarme con ella, pero me sentí mal y la llamé para avisarle. Entonces me contó eso, lo del amigo y que se sentía mejor. Hasta le hice una broma, pero ella no me dio entrada y cortó.

Más tarde, cómo habían acordado, María Julia y Federico se encontraron en el bar El Fortuna. De lo primero que hablaron fue del examen. A María Julia le bajoneó saber que Federico lo había perdido, solo pensaba en las consecuencias que afectarían su futuro. Si la graduación de él se alejaba, el casamiento se alejaba y eso la frustraba, ¿qué haría el próximo año? Federico trató de animarla diciéndole que buscaría trabajo, con menos materias tendría más tiempo, podría encontrar un trabajo medio horario.

—¿Medio horario?! Con eso no vamos a vivir.

—Quizás no con todo lo que queremos, pero podemos empezar.

Mientras comían Federico recibió una llamada de Mario que le preguntó si querían ir al teatro el sábado, que daban una obra algo especial: Vida íntima de una muñeca.

Federico se lo comentó a Julia. Ella dijo que sí encantada, así que volvió al teléfono y le dijo a Mario que sí, que irían y que quedaban en contacto para arreglar horario, lugar de encuentro, etc.

En cuanto Federico cortó María Julia se reanimó recordando lo que se había enterado de Irene y sin pre-aviso le dijo:

—¿Sabés que Irene estuvo con otro?

—¿Qué?!

—Sí, parece que anoche fue a una cantina y se encontró con un amigo de Mario, y hubo química.

—¿Química?! ¿quién te contó eso?

—Hoy me topé con Judith en el shopping y me contó que eso le

había contado la propia Irene. No sabe en qué terminó la cosa, pero sabe que Irene se sentía mejor.

—¿Mejor?

—Sí, parece que se peleó con su supervisora del práctico y quería abandonar enfermería.

—María Julia, escuchame, no cuentes eso a cualquiera, no está bien, no sabés si pasó algo.

—No, claro que no voy a contar, te cuento a ti que sos amigo de Mario. No sé si tendrías que decirle.

—No, por supuesto que no. ¿Cómo le voy a contar? Es un chisme y además un chisme a medias.

Federico quedó un poco asustado. Si Judith andaba comentando a cualquiera lo que Irene le había dicho y lo mismo hacía María Julia, muy pronto el “amigo del novio de Irene” sería descubierto y acusado de haber hecho alguna maldad. Y él era inocente.

En los días que pasaron hasta llegar al sábado, Federico se entretuvo preparándose para otro examen que tenía en un mes. Sobre el encuentro que tuvo con Irene en Los Mariachis solo esperaba que cuando se encontraran en el teatro no se hablara de los temas que habían hablado. Se había equivocado al no confiarle a María Julia que él era el amigo del novio. Ahora solo rezaba para que no se enterara.

Las dos parejas se encontraron en la puerta del teatro, y después de ver la obra se fueron a un bar a comer algo y conversar.

—¡Qué locura la obra! ¿Alguien la entendió? —dijo Mario.

—Sí —contestó María Julia— yo conocía el argumento.

—Me impresionó cuando la muñeca decía que le habían dolido las puntadas que daba la costurera al crearla... —comentó Mario.

—Eso me recordaba mi trabajo de enfermería. Nosotros hacemos cosas que hieren a los pacientes, pero es por su bien, esa muñeca era una

desagradecida, le estaban dando la vida y ella odiaba a la costurera...

—¿Y al final dejarás enfermería? —preguntó María Julia.

—¿Por qué preguntás? —le dijo Irene sorprendida.

—Hace unos días me encontré con Judith y me contó que estabas mal, que pensabas dejar...

Mario se sorprendió y dirigiéndose a Irene preguntó:

—¿Acaso no me dijiste que Judith te sacó de tu conflicto, que te convenció que eras buena para enfermería?

—Sí, sí —dijo Irene— se habrá confundido.

—Mirá Irene, a mí no me cerró eso de que te fuiste a su casa a hablar del problema. ¿Fuiste? ¿A dónde fuiste en verdad?

María Julia notó que Federico se había puesto nervioso, la alarma... y repitió la pregunta de Mario:

—¿Fuiste?

—No es cosa tuya —le contestó Irene, molesta.

—Cómo que no, fuiste a un boliche, te encontraste con un amigo y hubo química... —dijo María Julia enojada.

—¿Qué decís? —le dijeron Irene y Mario al mismo tiempo. Federico callado.

—Eso —contestó María Julia, ahora mirando a Mario—, un amigo tuyo, enterate.

—¡María Julia! ¿qué te pasa? —le dijo Federico.

—Decime tú ¿qué tenés que decir? ¿No serías tú el amigo?

Mario se levantó enojado y con las manos apoyadas sobre la mesa, mirando a los demás, uno por uno, dijo:

—¡Me explican ya!

—Tranquilizate —le dijo Irene.

—Primero explicame, ¿qué pasó esa noche?

—Sí, fui a un boliche, a Los Mariachi, Judith no llegó, me llamó más

tarde diciendo que no podía ir.

—Ok, pero ¿Por qué no me dijiste? ¿Hubo algo más? ¡Decilo ya! — insistía Mario.

—Nada, tranquilo, me encontré con un amigo.

—No —acotó María Julia—, con un amigo cualquiera no, se encontró con un amigo tuyo, Mario, decí la verdad Irene.

Irene miró a Federico y este al final intervino:

—Se encontró conmigo. Yo estaba amargado porque perdí el examen de Botánica y me fui a tomar unas copas, me encontré con Irene y charlamos un rato mientras esperábamos a su amiga, a Judith.

—¿Y por qué no me lo contaste? —reclamó María Julia.

—Te pondrías celosa e imaginarías cosas que no pasaron.

A todo esto, Mario, se empezó a poner la campera.

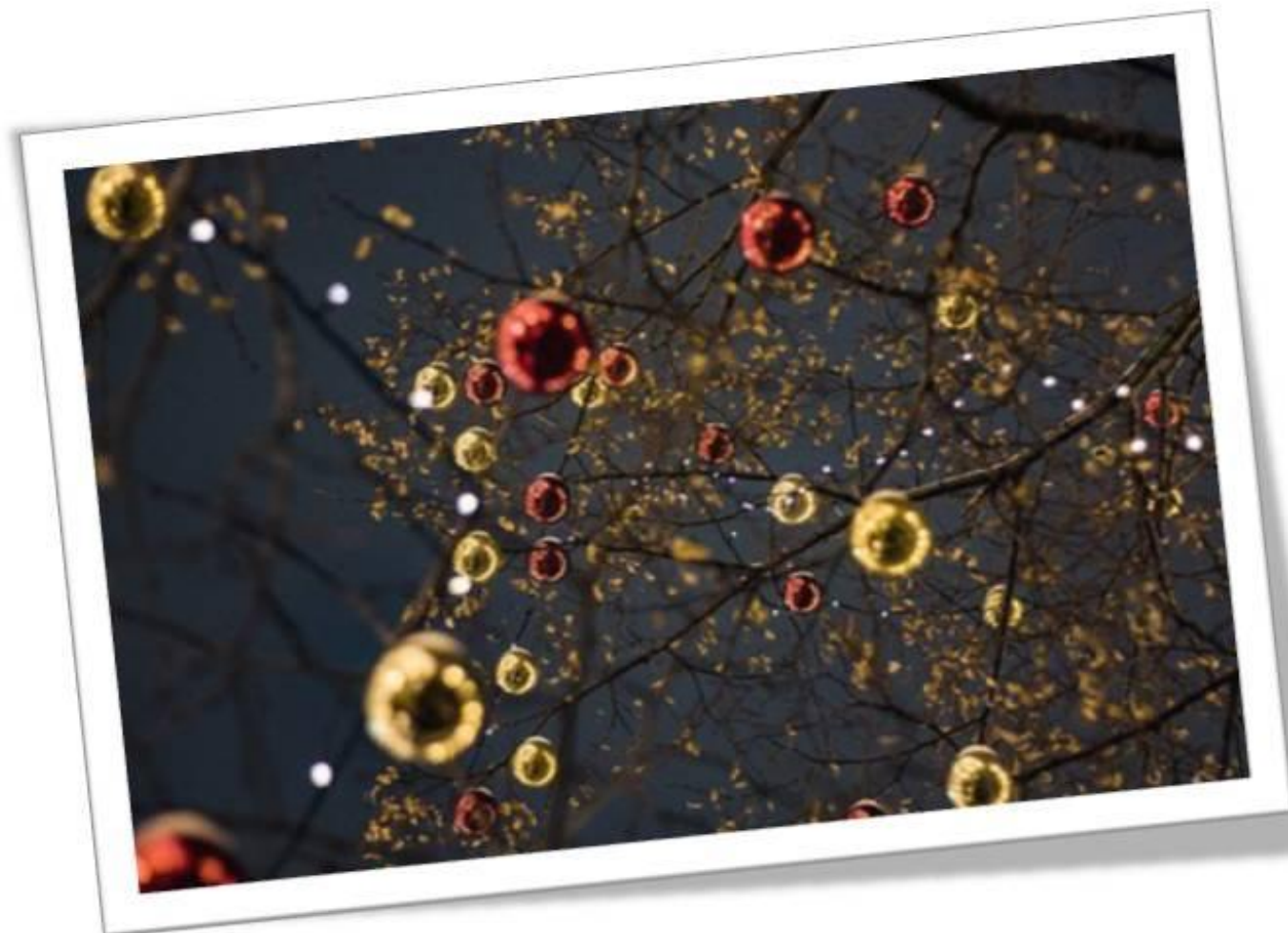
—No me gusta nada lo que estoy escuchando, me voy, y ustedes váyanse todos al carajo.

—¡Mario! Esperame —le decía Irene poniéndose su saco y tratando de alcanzarlo.

La siguiente en levantarse fue María Julia.

—Y con vos todo terminado —le dijo a Federico—. ¡Perdedor! ¡Mediocre! y además: ¡Mentiroso!

PATRICIA LINN
Uruguay



UNA NAVIDAD SOÑADA

NATALIA ALVES
FERREIRA

Me encontraba caminando algo desorientado, cuando de repente gritan:
—No es por ahí, ven. Estamos reunidos aquí en el fondo.

Giré la cabeza, tratando de entender de dónde provenía aquella voz y cuando creía que lo había descubierto comencé a correr en dirección a ese lugar. Estaba oscuro y solo podía escuchar voces de personas que conversaban entre ellas.

—María, recuerda que esta navidad debes comportarte y vestirme como una verdadera señorita en la cena navideña. Estarán todos, si no que van a pensar y decir.

—Pero mamá, ya sabes que no me gustan los vestidos y me gusta hablar de fútbol. Está bien, haré lo que tú digas.

—Mateo, mañana llegan tus tíos, sácate ya esos aros de las orejas y ni se te ocurra usar ropa de mujer. Ya hablamos de eso.

—Está bien, papá. Perdón por no comportarme y ser como tú deseas.

—Te amo, Susi. Sabes que esos golpes fueron producto de mi enojo porque tú no me escuchaste cuando te comenté que ya no podías juntarte con María. Te amo, esta noche navideña te prometo que te voy a tratar como una reina y toda tu familia estará muy contenta. Maquíllate bien esos moretones.

—Perdón, amor. Ya no hablaré con mi amiga de la infancia, María. Gracias por ir conmigo a la casa de mis padres.

—Chicas, después de la cena navideña deben lavar los platos y cubiertos. Sin quejas.

—Bueno, no te preocupes tía.

—Mamá, no quiero que pasemos navidad en lo del tío Pedro. Porque

en el colegio todos se burlan del color de piel de mi primo Facundo y si me sacan una foto con él, se reirán de mí también.

—Tienes razón, hijo. Nos quedaremos aquí.

Cada palabra que escuchaba me causaba mucho dolor, ya no podía soportarlo, me tapé fuerte los oídos, aquellas voces cada vez se escuchaban más y más fuertes. Resonaban una y otra vez, no lo entendía. No podía estar sucediendo, esas historias llenas de comentarios despreciables me las contaba mi abuelo de épocas muy lejanas y de todo lo que se había luchado por cambiarlos. De pronto, sentí que me moría. No podía resistir el daño que me causaban esas palabras y cuando grité:

—¡PAREN! —con los ojos llenos de lágrimas, el corazón acelerado, las manos cubriendo mis orejas y los ojos cerrados... Me desperté asustado y llorando. Mi mamá corrió a ver que me pasaba.

—Lucas, hijo ¿Estás bien? —me abrazó desesperada.

Pero cuando la vi entendí que no hacía falta explicarle nada. Todo había sido la peor pesadilla de mi vida. Miré a mi alrededor, mis vestidos y mis aros seguían allí. Vivía en un mundo real, la navidad era amor y paz.

En la noche hicimos una gran cena navideña. Mis oídos se endulzaron cuando escuché:

—Hola sobrino, tanto tiempo. Estás espléndido con ese vestido. Gracias por invitarme.

—¡YA SON LAS 12! —gritó mi abuela—. Brindemos por seguir apostando a este mundo sin discriminación, sin machismo, sin violencia, sin comentarios hirientes. Sigamos luchando por un mundo con igualdad de género, igualdad de oportunidades, sin prejuicios, sin dolor, sin hambre. Brindemos para que entre todos señalemos a esa persona que no cumple, para enseñarle que no es el camino correcto. Brindemos por seguir inculcándoles a nuestros hijos valores importantes y a manejar sus emociones. Porque este

mundo tan maravilloso lo creamos entre todos, con esfuerzo y compromiso. Y, por último, brindemos por el RESPETO, eso que todos nos merecemos. Los amo, familia.

Aplaudimos todos muy emocionados y chin, chin, chin brindamos con tanta felicidad que era inexplicable.

—Gracias, abuela. ¡Feliz Navidad a todos!

NATALIA ALVES FERREIRA

Argentina

Facebook: <https://m.facebook.com/natii.alvesferreira>
<https://m.facebook.com/Natalia-Alves-Ferreira-103575375531284/>



MIRADA
INDISCRETA
CLARA GONOROWSKY

Una llamada telefónica me sacó de mis meditaciones esta tarde estival: “demasiado calor para estas latitudes”, — me dije y atendí con pereza.

—Aló, Ana.

—Sí, Maurice, ¡tanto tiempo!

—Efectivamente, estuve muy ocupado pero ahora te llamo para pedirte un favor. Mi madre se ha enfermado, debo viajar a Toulouse, urgente. Necesito a alguien de confianza que cuide mis plantas y alimente al gato y se me ocurrió que eres la persona indicada, es por dos días, no más, ¿me harías el favor?

Mi silencio fue elocuente pero no me animé a negarme, él me había ayudado mucho cuando llegué a París, con poco idioma y muchos temores y ahora era el momento de retribuirle.

—Está bien, me preparo y voy, calcula una hora.

—Bien, el TGV sale a medianoche.

Puse unas prendas en la mochila y partí.

Ya el tren local me puso inquieta pero más me espantó la Gare du Nord con su marea humana.

Llegué al departamento con el tiempo exacto para despedirlo.

Me llamó la atención que solo el dormitorio mantenía privacidad ya que una gruesa cortina de brocato cubría el ventanal.

El salón, con cocina incluida a un costado tenía una puerta ventana grande que se abría con dificultad a un balcón abarrotado de plantas; en el diván el gato dormía con placidez.

Me disponía a preparar la cena cuando la luz se cortó, no solo en el edificio sino en toda la cuadra incluyendo la calle.

Mi mente presurosa empezó a desembalar viejas fobias como el miedo a la oscuridad, a lugares estrechos, a los ruidos de la gran ciudad que aún en esas circunstancias, seguían estando presentes, especialmente la sirena de

bomberos y policías.

Me asomé a la ventana y cuando la iba a abrir para que entrara aire, el movimiento de personas en el departamento de enfrente me hizo permanecer quieta para poder observar y no ser vista.

Las velas se encendieron y vi tres parejas que se disponían a cenar. La anfitriona portaba grandes fuentes y el anfitrión descorchaba botellas de vino; todos reían y gesticulaban a la vez.

Desistí de preparar la cena, me hice un sandwich y me senté en un taburete a mirar.

La soledad y los miedos me hacían aferrar a esos seres que no conocía pero que estaban ahí, a pocos metros de distancia.

Después de un largo rato, cuando ya me empezaba a bajar el sueño, empecé a observar movimientos extraños. Comenzaron a bailar abrazados y de a ratos cambiaban de pareja. Al baile le siguieron besos y caricias proyectados en la pared por las llamas que titilaban. Así las sombras tomaban vida y protagonismo.

Vi pasar prendas que volaban por el aire y el muro se vestía de escenas eróticas, de historias insinuadas que yo trataba de completar.

Un calor invadió mi cuerpo y la sequedad de mi boca me llevó a buscar agua fresca.

Al volver a mi sitio de observación, la luz volvió con intensidad, alcancé a ver cómo el televisor se encendía y se apagaba en un instante.

Inmediatamente sentí seis miradas caer sobre mí. Con vergüenza agaché la cabeza y partí al dormitorio. El gato me siguió.

Me acosté a dormir con el peso de esas imágenes plagadas de erotismo que a la mañana siguiente mi memoria intentó resguardar. Me levanté y fui directo a la ventana. Lo primero que me llamó la atención fue ver al televisor en la vereda. Al rato vi salir a dos parejas riendo, con los zapatos en la mano y muestra de estar bebidos. Caminaban en zig zag y reían sin parar.

Pocos minutos después, pasó el camión de la basura y se llevó el plasma.

Mientras regaba las plantas observaba el comedor de los vecinos, vacío, silencioso, con la vajilla con restos de comida y las copas de vino a medio llenar; un corpiño y una camisa, colgando en un extremo, completaban el cuadro.

La calle mostraba una estela de ausencias, de la partida de los visitantes, alegres, de la muerte definitiva del televisor arrojado con fuerza en el camión de la basura.

Yo quedé acurrucada en el sillón con el gato en mi regazo tratando de dilucidar si la visión de la noche anterior había sido real o producto de mi mente.

La imagen de la mesa del comedor del departamento de enfrente, me devolvió certezas.

CLARA GONOROWSKY

Argentina

Blog: poesiadesdeelsentimiento.blogspot.com



TURISTAS DEL TIEMPO

J. R. SPINOZA



—¿Cómo está el abuelo?

—Dormido. ¿Pudiste conseguir los pañales?

—Sí. Creo que son los indicados.

—Bien, no tardes.

Cuelgo, me toma un momento descubrir cuál es el botón para bloquear la pantalla. Es una gran molestia usar un aparato tan antiguo. Lo guardó en el bolsillo del pantalón antes de sentarme en el asiento del conductor. Giro la llave. Y después de un ronroneo enciende. Piso el acelerador y conduzco. ¡Pero qué maldita suerte!, tantos años por vivir y por un maldito error estoy obligado a cuidar del abuelo. A Sonia no parece molestarle tanto, quizá aún no se da cuenta de la magnitud de la falla, tal vez aún no repara en todo de lo que se tendrá que privar por servir a alguien que no puede valerse por sí mismo.

Una pelota choca contra mi parabrisas. Freno. Me dijeron en la academia que por estos tiempos, cuando un balón pasa, un niño irá detrás. No se equivocaban. Un regordete niñito de no más de siete años corre despreocupado tras su pelota, mientras a mí, casi se me sale el puto corazón. No te preparan para esto en las simulaciones. El pequeño termina de cruzar la calle con su balón en brazos y con una amplia sonrisa en el rostro. Pese al susto, es lindo ver a los niños jugar en la calle. Es un buen momento para vivir, buscar una bella esposa, ¿por qué no?, respirar el aire limpio del campo, ver el atardecer acompañado de un gran vaso de agua fresca y dulce.

Giro el vehículo. Me sudan las manos y el corazón me late con violencia. Acelero. Pero al poco tiempo me empieza a doler el estómago. Es una náusea que viene desde muy adentro. El carro comienza a reducir su velocidad. Quito mi mano derecha del volante solo para verla desvanecerse. Entonces freno. Doy media vuelta al automóvil y solo después de haber girado los ciento ochenta grados me permito abrir el vidrio y vomitar por la ventana. La boca me sabe a heces. Mi teléfono suena. Lo dejo sonar un poco antes de

coger la llamada.

—¿Qué mierdas estás haciendo?

—Lo siento. Voy enseguida.

—No hagas más estupideces y vete haciendo a la puta idea.

Me miro al espejo. Apenas si tengo cabello y de mis orejas brotan vellos de color blanco y gris. Así no debería verse alguien de veinticinco. ¡Sonia y sus malditas ideas!

—Vamos a ver al abuelo. Será divertido —me había dicho. Aunque para ser honestos yo fui quien quiso entrar a la casa.

A la bisabuela no le sentó nada bien vernos. El registro no mencionaba que era hipertensa. Su esposo fue alertado por el grito último de su mujer y entró con una escopeta a la habitación. Pensó que éramos ladrones o secuestradores. Y sin decir ninguna palabra como tal, más que el torpe balbuceo de insultos entremezclados, disparó.

Debí desactivar el modo reflector de mi reloj. Quizás ahora estaría en mi hogar recuperándome de una herida de bala en el brazo y no condenado a jugar a la casita con mi hermana.

Después de eso llegaron los hombres de gris. Nunca los había visto pero cuando entraron a la habitación supe de inmediato que eran ellos. Siempre vienen de a dos. Uno de ellos cargaba un maletín de color plateado.

Nos escanearon con sus armas, las cuales les proporcionaron nuestros nombres y datos básicos.

—¿Son esos sus nombres?

—Sí —me recuerdo contestando mientras tragaba saliva.

—Han incurrido en un delito tipo C del artículo vigésimo sexto. La

pena es cadena perpetua.

Yo negaba con la cabeza buscando desesperado alguna excusa o solución, pero sentía el cerebro seco, y ver los cadáveres en el suelo no le ayudaba a mi cordura. Por su parte Sonia se aproximó a ellos y extendió sus brazos, en señal de que le esposaran.

—Negativo —dijo el otro, aunque de no haberlo visto mover los labios hubiese jurado que lo había dicho el mismo, no solo se parecían en el rostro y la complexión, también sus voces eran muy similares —cumplirán su condena aquí.

Abrió su maletín y nos colocó un par de collares de metamorfosis. Recolectaron una muestra de sangre de los difuntos y de un momento a otro Sonia lucía como la bisabuela Teresa, con su cabello chino y nariz afilada. Y yo había tomado la anciana forma de mi bisabuelo Jared.

—¿Qué pasará con el abuelo? —preguntó Sonia.

—Cuídenlo.

—¿O sí no? —repliqué en un último intento de cambiar la situación.

Pero los sujetos solo se miraron entre sí y después intercambiaron una sonrisa maliciosa. Empaquetaron los cadáveres y tan pronto como llegaron se retiraron.

He arribado a la casa. Estaciono el auto en la cochera. Salgo y abro la puerta trasera. Tomo el paquete de pañales y el bote de leche en polvo.

Dentro de la casa me espera Sonia cargando al abuelo quien llora como si deseara que se le reventaran los pulmones.

—Creí que dijiste que estaba dormido.

—Lo estaba, pero despertó hace cinco minutos. Tiene hambre.

—Dámelo, yo lo cuido en lo que tú preparas la comida.

Apenas lo comienzo a mecer y deja de llorar. Se ríe. Estira su manita para sujetar mi dedo índice. Lo aprieta con fuerza. Mi dulce abuelito.

J . R . S P I N O Z A

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>

Instagram: [@winchesterrudy](https://www.instagram.com/winchesterrudy)

Twitter: [@r_spinoza](https://twitter.com/r_spinoza)



JUVENTUD IMPRUDENTE

SHANNEL PELÁEZ
CÓRDOVA

Lloraba desconsoladamente la familia, mientras era enterrado en una fosa el hijo menor.

Carlos, un amigo mío de la primaria, en medio de la pandemia, salió de su casa con su amigo en una moto.

—Vamos a una fiesta —dijo Martín.

—Sí, a divertirnos —respondió Carlos.

Gastó sus ahorros y compró ropa nueva para ir a la fiesta.

Él tenía una novia, Lucrecia. Ella lo amaba mucho, por eso no estuvo de acuerdo en que fuera.

—Tengo miedo —dijo Lucrecia.

—No va a pasar nada —contestó Carlos.

—Y si te contagias, te puedes enfermar, cuídate por favor —replicó Lucrecia.

—Me cuidaré —respondió Carlos.

Era las nueve de la noche, Carlos y Martín estaban listos para subir a la moto e ir rumbo a su destino, la fiesta.

Estaban a mitad de camino, ninguno de los dos se dio cuenta que un camión venía delante de ellos. Cuando menos lo esperaban chocaron.

El impacto fue tan violento que el cuerpo de Carlos quedó destrozado, al salir volando de la moto. Por otro lado, Martín, quien iba con casco, sí logró sobrevivir, pero tuvo fuertes heridas.

Al poco tiempo, la noticia del accidente corrió rápidamente. Algunos reporteros llegaron al lugar del incidente. Así todos nos enteramos de la muerte de nuestro gran amigo. Esa misma noche, sus padres ya habían recibido el funesto suceso.

—Él falleció, lo siento —dijo aquel policía en la llamada.

La madre sin saber qué hacer y llorando desconsoladamente, fue a la morgue y reconoció el cuerpo de su hijo. Cuando lo vio, estaba irreconocible, bañado de sangre, con la cara aplastada y el pecho abierto por las heridas.

—Él es —dijo la madre.

—Lo siento mucho —respondió el doctor.

En la tarde del día siguiente, ya estábamos listos para asistir al funeral de nuestro amigo, entre llantos y tristeza. Caminamos hasta el cementerio. El dolor era tanto que sus padres se desmayaron en medio de la gente.

El féretro fue depositado en la tumba. Su familia, amigos y su novia lloraban desconsoladamente. El cielo se tornó gris, mientras el viento gemía tristemente.

Ahora yo lo estoy esperando con los brazos abiertos en el paraíso.

SHANNEL PELÁEZ CÓRDOVA
Perú

Facebook: [Shannel Pelaez Cordova](#)

CONVOCATORIA

JULIO 2022

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano .

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 77

a: elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

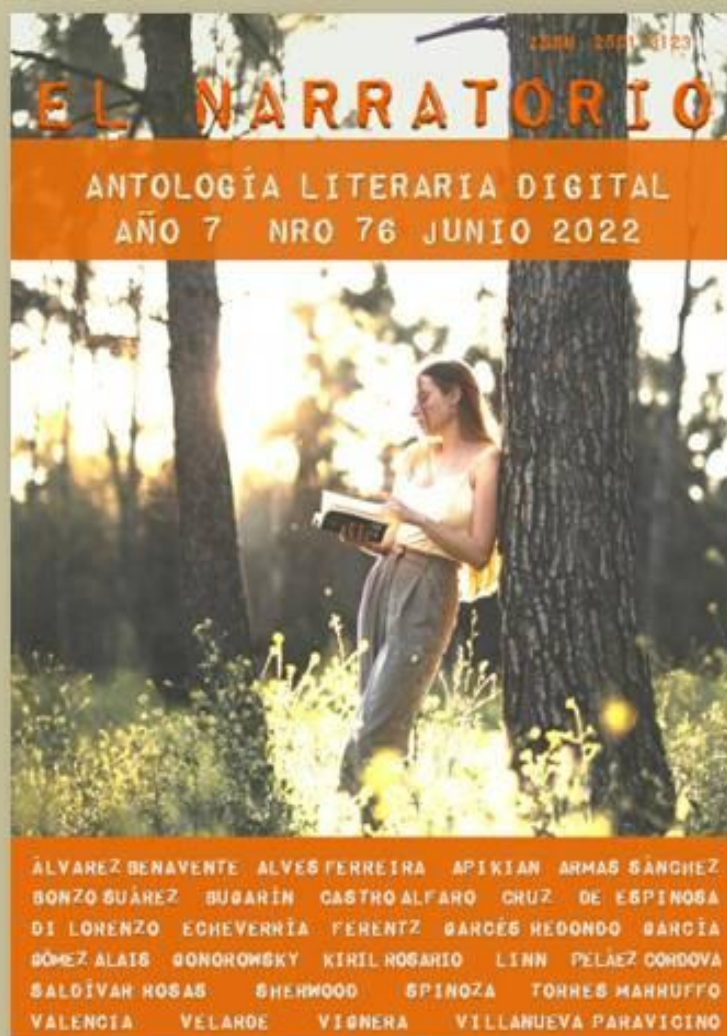
La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

25 de JUNIO de 2022



EL NARRATORIO



ISSUU: www.issuu.com/el-narratorio

PÁGINA WEB: www.elnarratorio.com.ar

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el-narratorio/>

TWITTER: @narratorioblog

INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/el-narratorio>

E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com

elnarratoriodigital@gmail.com

